



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

**ÉLITES Y DEMOCRACIA: UNA CONTRIBUCIÓN AL DEBATE
TEÓRICO E IDEOLÓGICO, SOBRE LA RELACIÓN ENTRE LA
MINORÍA DOMINANTE Y EL IGUALITARISMO SOCIAL**

T E S I S

QUE PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE
**LICENCIADO EN CIENCIAS POLÍTICAS Y ADMINISTRACIÓN
PÚBLICA
(OPCIÓN CIENCIA POLÍTICA)**

P R E S E N T A:

LUIS FELIPE RODRÍGUEZ CISNEROS

DIRECTOR DE TESIS:

DR. HÉCTOR H. ZAMITIZ GAMBOA

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX., OCTUBRE DE 2018



**APOYADA POR LA DIRECCIÓN GENERAL DE ASUNTOS DEL PERSONAL ACADÉMICO,
UNAM**

**PROGRAMA DE APOYO A PROYECTOS DE INVESTIGACIÓN E INNOVACIÓN
TECNOLÓGICA (PAPIIT)**

CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX.

2018



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A Margarita Cisneros y Gildardo Rodríguez, mis amados padres. Su cariño, comprensión, ejemplo, paciencia y apoyo incondicional, son sólo algunas de las virtudes que me permitieron llegar hasta este punto. Brindarme la oportunidad de estudiar la universidad es, sin duda, la mejor herencia y por ello mi deuda jamás podrá ser saldada. Espero que este trabajo los llene de orgullo y satisfacción, puesto que es de ustedes y para ustedes.

A mis hermanos: Edwina y Rodrigo. Por creer siempre en que puedo lograr grandes cosas. Me prepararon para afrontar las dificultades de la vida y saber responder a los eventos impredecibles. Les agradezco las enseñanzas y el fortalecimiento que me han transmitido con su ejemplo, recordándome en todo momento cuál es el camino correcto a seguir.

A mi hermana: Mara. Por apoyarme siempre y recordarme la calidez de la hermandad. Juntos somos el mejor equipo y sin tu apoyo no llegaría a ningún lado. Espero que estés satisfecha con este trabajo y te motive en tus futuros proyectos, porque estoy convencido que lograrás cosas más grandes de las que yo puedo aspirar.

A mis abuelos. A pesar de encontrarse ausentes para compartirles este logro, tengo la certeza de que están muy satisfechos con lo que he logrado al seguir su sabio consejo.

A Georgina Cisneros. Por procurarme en todo momento y ser un pilar esencial para mí y mi familia. A mis padrinos Juana y Alberto, por estar siempre ahí en todos los momentos decisivos a lo largo de mi vida.

A mis amigos: Marco Antonio, Roberto, Fátima, Karla, Yuma, José Antonio, Luis Antonio y Luis Ángel; por compartir tantos momentos juntos y hacer más sencilla y alegre la carga estudiantil. A Fernando, por seguir juntos después de tantos años y apoyarme en los momentos difíciles. A Daniela y Rodrigo, reconociéndoles y agradeciéndoles el ser tan cercanos conmigo, pues su afecto me permitió encontrar sentido en la carrera y en mi vida personal.

A Isabel, Teresa, Joaquín y Enrique. Por brindarme su amistad y cobijo en mi primer acercamiento al campo laboral, enseñándome lo gratificante que es el ejercicio de la profesión cuando uno ríe a diario y se rodea de personas con buen corazón.

A Juan Rodríguez, por siempre mi estimado jefe. Por transmitirme los valores de la ética y el trabajo en equipo, forjando en mí una conciencia social al servicio de la comunidad.

A todos los profesores que me han formado a lo largo de mi vida. Agradezco sus enseñanzas y dedicación día con día, motivándome a explotar mis habilidades y dar lo mejor de mí en todo momento. Hago un reconocimiento especial a la profesora Concepción, pues su disciplina y métodos de estudio elementales, me llevaron hasta este punto y siguen conduciendo todavía mi formación académica.

A la Universidad Nacional Autónoma de México y su Facultad de Ciencias Políticas y Sociales. Su constante labor para generar conocimiento desde la perspectiva social y humanista, brinda esperanza a los jóvenes de este país. Agradezco por darme todo sin pedir nada a cambio.

A mi tutor: Héctor H. Zamitiz Gamboa. Por brindarme su apoyo, confianza y guía metodológica para elaborar esta investigación. En usted encontré la motivación en los momentos más difíciles del proceso, inculcándome la pasión por la disciplina, la docencia y el mérito académico; pero sobre todo, una amistad confiable que espero sea duradera.

A mis sinodales: Matilde Luna Ledesma, Laura Hernández Arteaga, José María Calderón Rodríguez y Omar Báez Caballero. Sus observaciones, correcciones y felicitaciones, fueron un elemento fundamental para la culminación de esta investigación.

A Gaetano Mosca. Conocer su vida y obra reafirmó mi compromiso con la disciplina y la política, mostrándome las virtudes que aportan la teoría, la praxis y el apego a nuestros ideales. Me considero uno más de sus alumnos y heredero de su legado, con la responsabilidad que ello implica; pugnando siempre por constituir una clase política profesional y responsable.

A todos los mexicanos que han contribuido con sus ingresos a lo largo de mi educación pública. Me comprometo con ustedes a construir un país que honre su trabajo.

Esta investigación fue realizada gracias al Programa de Apoyo a Proyectos de Investigación e Innovación Tecnológica (PAPIIT) de la UNAM, "Política y gobierno en el sexenio de Enrique Peña Nieto: un balance de la gestión (2012-2018)" con clave IN304818. Agradezco a la DGAPA por el apoyo recibido.

Índice

Página

Introducción	7
Capítulo I. Elementos teóricos e ideológicos del concepto élite: una discusión en torno a su aplicación	17
I.1 Dilucidaciones en relación al concepto de élite.....	17
I.2 El valor del realismo político para la construcción de los estudios de la minoría dominante.....	29
I.3 La incompatibilidad de las élites con el principio clásico de igualdad política entre individuos	38
Capítulo II. Los estudios clásicos de la minoría dominante y su confrontación con el igualitarismo social	45
II.1 La pretensión de enunciar leyes políticas como respuesta a las ideologías imperantes del siglo XIX	45
II.2 Gaetano Mosca y la doctrina de la clase política	52
II.3 La teoría del equilibrio social en Vilfredo Pareto	69
II.4 Precisiones en torno a la ley de hierro de la oligarquía de Robert Michels	86
Capítulo III. El debate teórico e ideológico entre élites y democracia, en la búsqueda de una perspectiva convergente de las posturas.....	99
III.1 La difusión de los estudios elitistas en el ámbito internacional. El paradigma en reestructuración	99
III.2 La perspectiva liberal y su defensa de las libertades políticas	111
III.3 La perspectiva marxista y su advertencia de la unión de intereses entre élites	121
III.4 Los críticos en favor de una tercera perspectiva que recupere al ciudadano como actor esencial en democracia.....	133
Conclusiones	151
Fuentes de consulta	161

Introducción

A lo largo del siglo XX, la ciencia política se instauró como aquella disciplina que permitiría estudiar las estructuras y acontecimientos políticos de forma sistemática, respaldando sus afirmaciones en métodos objetivos, distintos a la influencia ideológica y las opiniones que no se remiten a la prueba de los hechos. Dado que el objeto de estudio de esta disciplina es fundamentalmente el ejercicio del poder público, es menester indagar sobre aquellos individuos que se encuentran en la cima de dicho poder y cómo ha sido abordado su estudio; ya que al comprender la motivación que se encuentra detrás de sus decisiones, la forma en que influyen dentro del régimen político y los criterios de análisis utilizados en su investigación, seremos capaces de explicar con mayor detalle la forma en que se desarrollan las relaciones de poder y dominio en el ámbito social.

En ese sentido, la presente investigación abordará el desarrollo de los estudios de la minoría dominante dentro de las ciencias sociales y su discusión histórica con los postulados de la teoría democrática.¹ Las también llamadas de forma general “teorías de las élites”, hacen referencia a un conjunto de elaboraciones conceptuales que sustentan, a grandes rasgos, la existencia de individuos en todas las civilizaciones que conforman una o varias minorías detentadoras del poder en sus diversas expresiones; contraponiéndose a una mayoría que carece de este aspecto para la dominación.

Recordemos que el interés por los actores que conforman los más altos estratos de la sociedad, es una inquietud planteada en el pensamiento político desde los tiempos de Aristóteles, cobrando mayor importancia para la disciplina cuando Gaetano Mosca lo concibió como el tema central que ayudaría a la

¹ Entendemos por estudios de la minoría dominante aquellas elaboraciones teóricas que tienen por objetivo explicar el acceso, comportamiento y ejercicio de los individuos que ocupan los estratos más altos de la jerarquía social, cuyo desarrollo está inserto en el contexto de las sociedades modernas representativas. A su vez, entendemos por teoría democrática el conjunto de postulados ideológicos y teóricos que sustentan la premisa del gobierno de la mayoría y el principio de igualdad, donde el *demos* se convierte en el actor fundamental para el funcionamiento de este tipo de régimen.

naciente ciencia política a adquirir su consolidación y reconocimiento dentro de las ciencias sociales.

Desde que el jurista italiano formuló su “doctrina de la clase política” a finales del siglo XIX, el pensamiento político moderno se ha preocupado cada vez más por indagar los factores informales del poder y describir el actuar de los poderosos en las distintas sociedades. En un intento por desmitificar “lo que debería ser” y develar “los hechos tal como son”, siguiendo las lecciones del realismo de Maquiavelo; las teorías de las élites reflexionan sobre uno de los principios más destacables del ejercicio del poder: la presencia de una minoría gobernante y una mayoría gobernada en todas las sociedades.

La anterior afirmación supone, a primera vista, una afrenta directa con la noción generalizada de “gobierno de la mayoría” que promueve la teoría democrática clásica, así como su principio de igualdad entre individuos. Sin embargo, el estudio de la realidad democrática con carácter representativo, ha demostrado la existencia de minorías gobernantes o élites en su interior, traduciéndose en una necesidad el replantear la forma en que se concibe la democracia y sus relaciones con las élites en un mismo entorno social.

Esta investigación retoma la discusión teórica entre los principios constitutivos de las élites y la democracia (entendida en su versión moderna) al cuestionar, ¿qué se debe entender por élite?, ¿cuáles son los debates teóricos e ideológicos inmersos entre el enfoque elitista y la democracia?, ¿quiénes son los autores representativos de dichas discusiones? y ¿cómo es posible su coexistencia en los regímenes democráticos modernos?

Tomando como guía estas preguntas, surge la problematización de esta investigación, al considerar que los teóricos clásicos de la minoría dominante (Gaetano Mosca y Vilfredo Pareto) tenían en mente la democracia en su versión clásica y no en su forma moderna, insinuando en sus primeros textos una incompatibilidad entre los principios de igualdad y jerarquía. No obstante, los teóricos de la segunda posguerra mundial, ya sea desde la corriente elitista,

democrática o marxista, demostraron que era posible la convergencia entre el principio de igualdad y jerarquía, dado que el problema era la forma en que se concebía la democracia y su interpretación del principio de igualdad.

Considerando las premisas anteriormente expuestas, fue posible sustentar la siguiente hipótesis: el principio teórico de jerarquía inmerso en las teorías elitistas es compatible con el principio de igualdad democrático, si y sólo si se entiende a este segundo principio como acceso igual de oportunidades a los cargos de poder político y no como igualdad social entre individuos.

Por consiguiente, el argumento central que aparece constantemente a lo largo de toda la investigación, es la manera en cómo interpretaron los autores elitistas el principio democrático de igualdad en sus teorías. En esta obra se destaca que la incompatibilidad teórica e ideológica, no yace en los principios por sí mismos; en todo caso, se debe a la forma en cómo se introdujeron en las teorías y el escaso cuidado del contexto temporal al que pertenecen. Retomando las palabras de Giovanni Sartori,

El defecto mortal de la construcción participacionista es que no percibe que la democracia de los antiguos no es la democracia de los modernos. Aquella es directa, circunscrita a la ciudad y no tenía en cuenta al individuo (no es liberal). La democracia de los modernos es representativa, posee una dimensión nacional y tiene en consideración al individuo (es liberal); naturalmente, puntos de referencia tan diversos exigen diferentes teorías.²

En otras palabras, el principio elitista de jerarquía nunca será compatible con el principio democrático de igualdad social entre individuos, dado que el primero es una construcción teórica e ideológica moderna y el segundo una clásica. Empero, el principio elitista moderno de jerarquía converge con el principio democrático moderno de igualdad, puesto que ésta adquiere en contextos representativos el significado de igual acceso de oportunidades a los cargos de poder político.

² Giovanni Sartori, *Teoría de la democracia 1. El debate contemporáneo*, Madrid, Alianza Editorial, 1º edición, 1988, p. 206.

En ese sentido, la argumentación precedente permitió definir los siguientes objetivos:

- a) Examinar etimológica e históricamente el concepto de élite para sustraer los principios constitutivos que rigen su *corpus* teórico
- b) Señalar la incompatibilidad teórica e ideológica que hay entre el principio democrático clásico de igualdad social entre individuos y el principio elitista de jerarquía
- c) Describir la confrontación histórica que ha sostenido el concepto de élite con la democracia a través de sus teorías sociales modernas.
- d) Demostrar las causas que permitieron la convergencia de ambos principios en un mismo *corpus* teórico, a partir de una constante reinterpretación del principio de igualdad.

Así como los estudios de las élites señalaron a finales del siglo XIX las fallas inmersas en el discurso igualitarista, tanto en su versión democrática como en su expresión socialista; creímos posible hallar explicaciones de carácter objetivo si recurriamos una vez más a sus postulados esenciales, aplicándolos al ejercicio y la conservación del poder político en el contexto democrático contemporáneo.

Reconocimos también en el estudio del pensamiento elitista una ingeniosa oportunidad para retomar el polémico y siempre atractivo realismo político, aplicado específicamente a la era de la consolidación y consenso democrático. Ello permitió revalorar la vieja discusión entre “el ser” y “el deber ser” de este tipo de régimen, reflexionando cuidadosamente sobre los tópicos que lo rigen y a los que debe dirigirse en el futuro inmediato.

En ese sentido, la reinterpretación de estos elementos mantiene vigencia en el estudio actual de la política y hacen de este enfoque un objeto de estudio valioso e interesante. La pertinencia de esta obra radica también en contribuir a la ardua tarea de reflexionar la democracia desde una trinchera poco usual: la óptica de las élites. Esta decisión responde a que la dosis de realismo inmersa en sus planteamientos, contribuirá a reestructurar la forma en que concebimos la

democracia y brindará elementos que favorezcan su solidez como forma de gobierno.

Atendiendo a las demandas ciudadanas y académicas que exigen nuevas respuestas a los desafíos actuales; esta investigación fue pensada con el propósito de desmitificar el aparente y generalizado antagonismo teórico e ideológico entre las élites y la democracia, mediante una valoración crítica y esquemática que dé cuenta de sus alcances y limitaciones como enfoque teórico útil para comprender las decisiones que toman aquellos que detentan el poder.

Aunado a ello, se decidió elaborar este trabajo con la intención de reivindicar el pensamiento elitista y compartir las grandes aportaciones que ha traído a la ciencia política en particular y las ciencias sociales en general. Estamos convencidos que promover su desarrollo ayuda a comprender de manera más amplia el sistema político en su conjunto, ya que el concepto de “élite” penetra las instituciones y analiza las acciones de aquellos individuos que se desempeñan en sus organismos nodales, tales como los partidos políticos, el Poder Legislativo, Ejecutivo y Judicial, la iniciativa privada, los medios de comunicación, las fuerzas armadas, la religión, los centros de investigación y la sociedad civil.

A pesar de ser un enfoque concebido propiamente dentro del seno de la ciencia política, su difusión en la disciplina se ha visto reducida en las últimas décadas en favor de otras perspectivas de análisis político con mayor popularidad en los últimos años.³ En el caso concreto de la ciencia política mexicana, observamos que se le ha dado un escaso desarrollo e importancia al pensamiento elitista, particularmente a las propuestas teóricas posteriores a la década de los años 50.⁴

³ La teoría de la elección racional, el nuevo institucionalismo y la perspectiva de género, son algunos de los enfoques más importantes que han ganado notable presencia dentro de la disciplina, en comparación con el enfoque elitista. Para un breve esbozo de estos enfoques y las causas que conllevaron a su éxito, remito al lector a Marsh, David y Gerry Stoker, *Teoría y métodos de la ciencia política*, Madrid, Alianza Editorial, 1º edición, 1997, 338 p.

⁴ Véase Matilde Luna y Antonieta Hidalgo Ramírez, “Élites” en Baca Olamendi, Laura, et. al., *Léxico de la política*, México, Fondo de Cultura Económica-FLACSO, 1º edición, 2000, pp. 207-213.

Si bien es cierto que hay una cantidad considerable de literatura bajo el título de la palabra élite, en su gran mayoría son investigaciones abocadas a estudiar las relaciones entre dirigentes y dirigidos desde la teoría de los partidos políticos, grupos parlamentarios, movimientos sociales o políticas públicas; pero escasamente se realizan desde una perspectiva propiamente elitista que tome en cuenta la condición de los actores en función de un análisis posicional, decisonal o reputacional.

Consideramos que dicha condición se debe, en gran medida, a que la mayoría de los estudios elitistas se han visto imbuidos preponderantemente por el prejuicio y la sobre-interpretación de sus postulados, en detrimento del rigor académico en sus elementos constitutivos y el contexto político-social que los precede. Por ello, creemos que es necesario recuperarlo como un enfoque propio de la disciplina e impulsar su uso a la par de los demás enfoques, explicando de manera integral y desde ópticas muy distintas, la compleja realidad en la que se desenvuelve el fenómeno de lo político.

Para alcanzar estos objetivos, fue indispensable la consulta de fuentes documentales enfocadas al estudio de las élites en las ciencias sociales, particularmente los trabajos publicados en el campo de la ciencia política, la sociología y la economía. Un requisito básico consistió en profundizar los conceptos y categorías esenciales del lenguaje elitista, dado que la especialización y el rigor teórico del investigador, se alcanzan a percibir en cómo emplea los conceptos para explicar los acontecimientos sociales.

Debemos reconocer en este aspecto la valiosa contribución que han hecho los diccionarios especializados y las enciclopedias abocadas a la terminología en ciencias sociales, puesto que la diferenciación ente conceptos y sus explicaciones especializadas, permitieron reconstruir histórica y etimológicamente el uso del vocablo “élite” para su posterior reestructuración.

Otro eje fundamental para la realización de este trabajo estuvo en la pertinente vinculación del concepto “élite” con la perspectiva del realismo político.

Fue mediante esta línea de pensamiento que se pudo extraer del concepto “élite” los principios constitutivos que dan forma a todo su *corpus* teórico en general, comprendiendo así la razón de la disputa histórica con los principios democráticos.

Se recurrió al método histórico para elaborar una periodización del pensamiento elitista que permitiese destacar las semejanzas y diferencias entre las propuestas de una época y otra, haciendo más fácil señalar las causas y acontecimientos que favorecieron la modificación de los principios en los conceptos de élite y democracia, hasta dar como resultado su inminente complementación.

De igual manera, fue crucial la comprensión de las obras más representativas del pensamiento elitista moderno. Se hizo indispensable estudiar a profundidad los conceptos y la metodología empleada por Mosca, Pareto, Michels, Mannheim, Lasswell, Aron, Schumpeter, Mills, Bottomore, Bachrach, Dahl, entre otros; involucrándonos en las causas académicas y personales que conllevaron a sus autores a optar por una u otra técnica de investigación.

Para lograr este cometido, se empleó la metodología propuesta por Pablo Sánchez Garrido para la comprensión de la historia del pensamiento político⁵, en la cual se une la perspectiva teórico-abstracta y textual de Leo Strauss, con la perspectiva contextual de Quentin Skinner. De este modo, fue posible estudiar las obras primordiales del elitismo moderno mediante la secuencia autor-contexto-texto, recorriendo minuciosamente la biografía histórico-intelectual de cada autor, el contexto histórico-político que justificó su realización y finalmente el análisis político de cada autor a través de sus textos, en una doble labor de descripción y de exposición crítica.

Al llevar a cabo esta metodología, fue posible destacar las semejanzas y diferencias entre las propuestas de cada autor, o bien, las perspectivas y el modo de afrontar el mismo fenómeno, permitiéndonos desterrar múltiples mitos y

⁵ Véase Pablo Sánchez Garrido (ed.), *Historia del análisis político*, Madrid, Tecnos, 1º edición, 2011, p.43.

falacias que han llevado a lo largo de los años a agrupar indiscriminadamente a los autores en conjuntos o “escuelas” que no tiene ningún sustento.

Se recuperó además la metodología de élites en estricto sentido, dado que el tema a estudiar posee sus propias herramientas metodológicas para abordar el objeto de estudio en cuestión y constituye un indicador más para reforzar la importancia que tiene este enfoque. La intención, además de aplicarlos al análisis de las propuestas teóricas, fue señalar las fortalezas y debilidades de cada uno, destacando los resultados distintos que pueden ofrecer al implementarse en el mismo objeto de estudio.

Con el propósito de conseguir los objetivos señalados anteriormente y responder a la estrategia metodológica precedente, ésta investigación se compone de tres capítulos que se explican de manera general a continuación.

El capítulo I recupera etimológica e históricamente el concepto de élite, señalando las semejanzas y diferencias que han conllevado a vincularlo con falsos sinónimos dentro del lenguaje político. Esta diferenciación responde a la necesidad de brindar claridad al pensamiento y desarrollar el análisis posterior de las teorías mediante un uso correcto y especializado de los conceptos y las categorías.

Se aborda también el realismo político y los elementos que lo conforman, ya que a partir de esta perspectiva de análisis fue donde se sustentó el pensamiento de la minoría dominante y todavía hoy sigue nutriendo con especial vigor los postulados elitistas. Describiremos las dificultades por las que ha atravesado para ser acogido en la disciplina y los enfrentamientos teóricos más importantes que ha librado con las ideologías sobresalientes de finales del siglo XIX y XX.

Al término de este capítulo, se señala la incompatibilidad de las élites con el principio clásico de igualdad entre individuos, resaltando de manera especial la forma de concebir la igualdad en una democracia clásica y una moderna, sus limitantes y beneficios, según sea el criterio con el cual se está interpretando.

En el capítulo II se describen los elementos esenciales que permitieron la conformación de los estudios clásicos de la minoría dominante; entendida como la primera etapa de pensamiento en la era moderna. Se argumenta además una serie de aspectos que permiten desmitificar algunos de los supuestos más consolidados dentro de la historia de las ideas políticas, particularmente la idea de agrupar estas aportaciones en un mal llamada “escuela italiana de las élites” o la creencia de que son un sustento ideológico para impulsar regímenes totalitarios.

Mediante una profundización extensa en la vida y obra de cada autor individual y posteriormente comparativa, se ofrece una apreciación histórica de los motivos y la evolución que impulsaron a cada *corpus* teórico. Se aporta, además, una radiografía completa de los conceptos básicos en su sentido original que permita entender las futuras teorías y discusiones académicas que se desprenden del trabajo de estos padres fundadores.

Gracias a este esfuerzo y abordaje metodológico, ha sido posible sustentar la exclusión de Robert Michels como padre fundador de este enfoque moderno. Si bien es cierto que su legado es todo un referente por la manera de aplicar los postulados elitistas al estudio de las organizaciones, se han aportado elementos sólidos que demuestran la ausencia de una propuesta propia, orientando la investigación a cuestionar la famosa triada Mosca-Pareto-Michels.

Por último, el capítulo III profundiza con mayor intensidad el objeto de estudio de esta investigación. Abunda puntualmente sobre los motivos que conllevaron a transitar de la etapa clásica, ligada generalmente a una visión monolítica de la élite, hacia la postura plural de mutua interacción entre los grupos de la alta jerarquía.

Se describen con especial detalle las tres perspectivas que componen esta segunda etapa del pensamiento elitista: la postura liberal, la marxista y una tercera propuesta donde puedan converger las dos precedentes. Al integrar, pero a su vez contrastar estas perspectivas tan distintas en sus fundamentos esenciales y a la vez similares en cuanto al estudio del mismo fenómeno en particular; se ofrece la

oportunidad de comparar los diversos razonamientos teóricos en torno a un hecho en común, aportando elementos que permitan reivindicar la riqueza de contenido teórico inmerso en la cuestión de las élites.

Una vez contemplada la densa discusión teórica que desarrollaron las tres perspectivas entre ellas y la forma en que las élites atraviesan por los pilares fundamentales de la teoría política, procederemos a reflexionar sobre el pensamiento elitista mediante la contemplación del panorama en general y su evolución. Se hablará de la situación actual del enfoque elitista y las directrices que debe tomar la disciplina para seguir impulsando su desarrollo en el futuro.

Si bien es cierto que esta investigación analiza a profundidad el pensamiento elitista con la intención de ofrecer un panorama amplio de su evolución; empero, está muy lejos de convertirse en una obra definitiva que sintetice la cuestión de las élites en la historia de las ideas políticas. Más allá de ofrecer certezas, nos orientamos a despertar inquietudes y desarrollar preguntas que den pie a nuevas investigaciones.

En el mejor de los casos, creemos aportar elementos que resuelven la aparente contradicción entre principios elitistas y democráticos, señalando puntualmente cuáles fueron las causas teóricas, ideológicas y temporales que permitieron su convergencia y uso en el análisis político aplicado a los regímenes democráticos actuales. Aspiramos a que estos hallazgos fortalezcan la comprensión del pensamiento elitista moderno y su desarrollo contemporáneo, manteniendo viva la convicción de que este enfoque se volverá cada vez más recurrente en función de la crítica objetiva y minuciosa que ofrece, explicando el modo en que intervienen los actores con poder político.

En suma, esperamos que aquellos interesados y apasionados en comprender el enfoque de las élites encuentren en esta obra un esbozo general del pensamiento elitista moderno, animándose a profundizar y desarrollar este fascinante pero a la vez complejo enfoque de análisis político.

Octubre de 2018

Capítulo I. Elementos teóricos e ideológicos del concepto élite: una discusión en torno a su aplicación

Todo concepto y teoría sociológica tiene una fuerza ideológica a causa de su influencia sobre los pensamientos y acciones de los hombres en su vida cotidiana.

Tom B. Bottomore

I.1 Dilucidaciones en relación al concepto de élite

Este capítulo tiene por objetivo recuperar etimológica e históricamente el concepto de élite, señalando las diferencias y semejanzas que han conllevado a vincularlo con otros términos dentro del lenguaje político. Además, se abordará su génesis realista y los enfrentamientos ideológicos que ha hecho a los principios del igualitarismo en la historia de las ideas políticas durante el último siglo y medio.

Se sabe que el éxito de una teoría descansa en buena medida en la precisión de sus conceptos, independientemente de la disciplina que se esté abordando. Dentro de la ciencia política y la discusión en torno a ¿quién gobierna?, el concepto de “élite” denota una carencia de sistematización, dado que no existe aún consenso de sus límites y características que permitan ofrecer un significado certero.

Esto se debe a la heterogeneidad de posturas y disciplinas desde las cuales puede ser abordado, convirtiéndolo en un concepto nebuloso que dificulta la explicación de este aspecto del poder. Para atender dicha condición, es necesario elaborar una reconstrucción etimológica e histórica del concepto “élite”, con el fin de brindar un concepto más operativo aplicado a la ciencia política y sus investigaciones. En primer lugar, recordemos que un concepto se compone de tres elementos fundamentales: la palabra, el significado y el referente.⁶

⁶ Véase Giovanni Sartori, *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 3ª edición, 2002, p. 57; Paolo Zannoni, “Il concetto di elite” in *Rivista Italiana di Scienza Politica*, Vol. 7, No. 3, diciembre, 1977, p. 358.

El concepto de “élite” presenta dos desafíos para su construcción. En primer lugar, al no existir suficiente claridad entre palabra y significado, se observa un problema de ambigüedad; esto es, que puede interpretarse y entenderse de diversas maneras sin tener un significante concreto. En segundo lugar, la poca precisión entre significado y referente provoca vaguedad, que se traduce en falta de claridad, precisión o exactitud, por la ausencia de una extensión claramente delimitada.

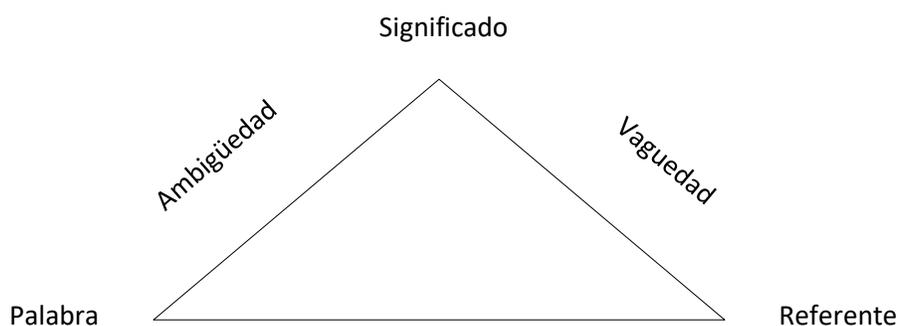


Figura I. Elementos del proceso cognitivo y su interrelación.⁷

Por lo tanto, la dificultad del concepto “élite” radica principalmente en determinar su significatividad y extensión, siendo la ambigüedad el principal obstáculo de la primera y la vaguedad en la segunda.

De acuerdo con Paolo Zannoni, en la cuestión de la ambigüedad se pueden considerar dos tipos: a) El uso de una misma palabra atribuida a significados diversos, o b) el uso de palabras diversas atribuidas al mismo significado. El primer caso es muy frecuente en la ciencia política, pues los conceptos son utilizados a lo largo de los siglos en distintos contextos culturales, empleando la misma palabra para explicar hechos que, si bien mantienen características distintas entre sí, comparten un vínculo con la misma palabra.

La palabra “élite” representa muy bien esta condición, pues deriva directamente del verbo latino *eligere* (elegir, parte selecta), hallándose por primera

⁷ Tomado de Sartori, *op. cit.*, p. 57.

vez en el siglo XII en la lengua francesa con el antiguo participio de *élire* (elegir, selecto) para referirse a una parte de un conjunto de cosas.⁸ Es hasta el siglo XVI cuando la palabra comenzó en Francia a hacer referencia de las mercancías más selectas o de calidad excepcional, extendiéndose rápidamente al lenguaje político para aplicarse a los grupos sociales superiores, tales como los militares más distinguidos o la nobleza.

En la lengua inglesa como en la española, la italiana o la alemana, “élite” adquirió también el significado de la parte seleccionada, la mejor. Empero, en estos países, el sentido político del concepto que hace referencia a los grupos sociales más distinguidos, comenzó a usarse hasta finales del siglo XIX, pero no alcanzó a consolidarse y tener una difusión amplia en la literatura politológica y sociológica sino hasta principios del siglo XX, especialmente en los años 30 en Inglaterra y los Estados Unidos con la difusión de los escritos de Vilfredo Pareto.

El segundo caso es en realidad un problema de sinónimos. Mientras las palabras sean intercambiables entre sí manteniendo el mismo significado, no existe problema de ambigüedad, pero si se introducen conceptos parecidos que no coinciden del todo, la confusión prevalece perjudicando la claridad del pensamiento. “En efecto, si algunos conceptos resultan estrechamente vinculados pero no coinciden completamente, es necesario especificar y definir el significado de cada uno de ellos.”⁹

En la ciencia política contemporánea, se utilizan indiscriminadamente cinco conceptos como sinónimo de élite: aristocracia, oligarquía, clase dominante, clase política y grupo de poder; por mencionar sólo los más recurrentes. Si bien se relacionan entre sí al tratar algunos elementos en común, cada uno de ellos se compone de un cuerpo conceptual específico que busca explicar una cuestión distinta. Veamos a continuación la definición de estos conceptos para resaltar por qué no son intercambiables con el concepto de “élite”.

⁸ Véase Rodrigo Borja, “Élite” en *Enciclopedia de la política*, tomo 1, México, Fondo de Cultura Económica, 4ª edición, 2012, pp. 702-704.

⁹ Zannoni, *op. cit.*, p. 363. La traducción es mía.

“Aristocracia” tiene su origen etimológico en el antiguo griego *aristokratía*, literalmente el gobierno de los mejores, donde el *krátos* (dominio, mando) lo ejercen los *áristoi* (los mejores).¹⁰ Entendida como forma de gobierno, Platón añade en su descripción de la república ideal que la *areté* (excelencia), es la característica que deben poseer aquellos que componen la aristocracia, pero no entendida como el antiguo valor guerrero, sino como virtud de sabiduría y conocimiento al servicio del pueblo.

Al ser los *áristoi* los mejores moral e intelectualmente, necesariamente pertenecen a los estratos más elevados de la sociedad a consideración de Platón como de Aristóteles, pues la educación se obtiene mediante la descendencia de una buena familia, vinculada en aquellos tiempos a la nobleza. Es en este punto donde la aparente equivalencia entre “aristocracia” y “élite” marcan sus diferencias, pues si bien etimológicamente la aristocracia es equiparable al concepto de élite al ser ambos cualitativos, históricamente no lo es debido a la intrínseca vinculación que adquirió la “aristocracia” con el carácter nobiliario.

A lo largo de la historia, la aristocracia está caracterizada por el elemento del nacimiento, configurándose como criterio de distinción entre la nobleza y la plebe. Además, es diferente a la élite por el hecho de que ésta última considera a los mejores en un determinado aspecto de la vida social, contemplando en política a quienes comprenden de manera excepcional los principios del poder y no por las virtudes morales e intelectuales. Por tal motivo, aunque el término aristocracia denomina etimológicamente a los mejores al frente del gobierno, en los hechos históricos define a la familia que ejerce el poder a través de la herencia.

En cuanto la palabra “oligarquía”, tendremos un caso similar al anterior. Oligarquía también tiene su origen en el griego clásico *oligarkía*, gobierno de pocos, derivado de *olígos* (pocos) y *krátos* (dominio, mando); observando que prácticamente no difiere con la definición etimológica de aristocracia.

¹⁰ Remito a la definición de Giampaolo Zucchini, “Aristocracia” en Bobbio, Norberto, Nicola Matteuci y Gianfranco Pasquino, *Diccionario de política*, México, vol. 1, Siglo XXI Editores, 15 ° edición, 2007, p. 83.

La distinción yace en la connotación negativa que le adjudicaron Platón y Aristóteles en el campo de la moral, ya que la consideraron una degeneración de la aristocracia por el hecho de que sus miembros solamente buscan servir a sus intereses propios, olvidándose completamente del *demos*.¹¹ Por consiguiente, “oligarquía” también es diferente de “élite” en tanto que el segundo no contiene en su esencia una connotación negativa, aunque en el imaginario colectivo se promueva a veces esta visión.

El concepto de “clase dominante” se remonta a la teoría socialista del siglo XIX concebida por Karl Marx y Friedrich Engels. Si bien es cierto que construyeron este concepto en la *Ideología alemana* y el *Manifiesto comunista*, debemos señalar que no lo desarrollaron sistemáticamente.¹² Su noción interpretativa parte de la economía política de la época, considerando que la burguesía compone a la clase dominante en tanto que posee los medios de producción, pues su posición ventajosa le permite controlar los aspectos más importantes de la vida social.

En ese sentido, a fin de conservar y reproducir el modelo actual de producción, accede a los cargos gubernamentales para conquistar la hegemonía exclusiva del poder político del Estado, erigiéndose así como la junta que administra los intereses comunes de la burguesía mediante la dominación política.

La dificultad para considerar sinónimos este concepto y el de “élite”, yace en primer lugar en la palabra “clase”, pues engloba en general a todos los individuos que poseen los medios de producción (burguesía) sin realizar una distinción interna entre los sujetos que componen dicho grupo. De esta manera, no se está hablando propiamente de un grupo concreto compuesto por los mejores o los selectos, sino que se resume a dividir a la sociedad en función de los medios de producción que poseen sus individuos y la posición económica que ocupan dentro del sistema laboral.

¹¹ Para un desarrollo más detallado del concepto, remito a Norberto Bobbio, “Oligarquía” en *op. cit.*, p. 1067-1070.

¹² Véase Tom Bottomore (edit.), *Diccionario del pensamiento marxista*, Madrid, Tecnos, 1º edición, 1984, pp. 131-133.

Además, hay que destacar que la distinción marxista se restringe a la vertiente económica como condición totalizadora, de la cual se desprende el acceso a los demás campos de la vida social. Si bien es cierto que el aspecto económico es una variable constante en las élites y sub-élites, no puede considerarse el único elemento para su acceso y permanencia, mucho menos para incursionar en otros ámbitos sociales ajenos al económico propiamente.

Por otra parte, el concepto italiano de “clase política” acuñado por Gaetano Mosca se remonta a finales del siglo XIX, refiriéndose en síntesis a la minoría organizada presente en todas las civilizaciones y épocas que gobierna frente a una mayoría desorganizada que la obedece.¹³ A pesar de que el concepto de Mosca reconoce en la característica de la organización, el hecho de que sus miembros destaquen de la mayoría común por poseer cualidades excepcionales y con ello logren organizarse para escalar hasta los estratos más altos de la sociedad; se enfrenta al problema de la limitación autoimpuesta con el carácter de “política”.

A diferencia de la amplia gama de campos que abarca el concepto de “élite” para integrar a los sujetos más aptos y excepcionales, la clase política sólo reconoce a aquellos que incursionan en los altos mandos del poder público dentro de la administración estatal. Ahora bien, en estricto sentido etimológico, una vez más se puede argumentarse que la palabra “clase” engloba en general a todos los individuos que participan en la política, impidiendo una delimitación específica entre los participantes con poca relevancia en la toma de decisiones y los más influyentes.

Mención especial requiere, en cambio, el concepto de “clase dirigente”, formulado también por Mosca años más tarde como una corrección y ampliación a su primer concepto. Ante la ventaja que suponía el concepto de “élite” en la lengua francesa para explicar los hechos políticos, debido a la elasticidad con la que abarcaba todos los grupos que componían la vida social; Mosca acuñó el

¹³ Apareció por primera vez en la obra *Sulla teorica dei governi e sul governo parlamentare. Studi storici e sociali*. Este concepto será desarrollado a profundidad en el apartado II.2.

concepto de “clase dirigente” para integrar más campos de la sociedad, tales como el militar, el de la administración, la religión, la economía y la moral.

Observando la comparación entre “élite” y “clase dirigente”, pareciera no haber objeción en intercambiarlos como sinónimos en tanto que, entendido a la manera de Mosca, tienen el mismo significado mediante palabras que provienen de contextos distintos. Desafortunadamente este concepto también deja de ser del todo compatible con el de “élite” en sentido etimológico, pues la palabra “clase” mantiene el problema mencionado anteriormente aun cuando “dirigente” es bastante compatible.

Si en el caso de “aristocracia”, la compatibilidad etimológica respondía a las características de “élite” pero no así la compatibilidad histórica o de facto, en el caso de “clase dirigente” es a la inversa, la historia los hace compatibles pero no así su significado etimológico en estricto sentido.

Finalmente, examinaremos brevemente el concepto “grupo de poder” integrado por los estadounidenses formalmente a la literatura al final de la Segunda Guerra Mundial. Este concepto alude al conjunto de personas o entidades privadas asociadas bajo intereses en común, cuyo poder tiene injerencia en la sociedad de manera formal o informal. Su implementación surgió por la necesidad de investigar adecuadamente las instituciones políticas formales en las sociedades relativamente desarrolladas, pues se consideraba que no era posible realizar esta tarea sin tener en cuenta, además, las interconexiones que mantenían con los grupos no gubernamentales o informales.¹⁴

Aun cuando se habla de unidad entre sus miembros y la capacidad de ejercer poder de manera formal o informal, el inconveniente de “grupo de poder” como sinónimo de “élite”, yace en la ausencia del criterio de selección para su composición. No se enfoca en distinguir a los sujetos más destacados o notables en un determinado campo del espectro social para reclutarlos, pues aun sin ser

¹⁴ Para un desarrollo más elaborado del concepto y sus variantes, remito a David B. Truman, “Grupo político, análisis del” en Sills, David L., *Enciclopedia de ciencias sociales*, volumen 5, Madrid, Aguilar, 1º edición, 1974, p. 208-211.

tan amplio como el concepto de “clase”, permite la entrada a todos los miembros que compartan el mismo objetivo, dejando en segundo término su posición social y atributos personales.

Además, ya se ha mencionado que la cohesión es un elemento central para este concepto, pues de ahí deriva en buena medida la cantidad de poder que posee el grupo para influir en las decisiones sociales. En contraparte, la élite y la condición excepcional de cada uno de sus miembros permite trascender, en algunos casos, esta limitante. Individualmente cada sujeto puede poseer una gran capacidad de influencia sin mantener la cohesión del grupo necesariamente, pero si decide actuar en conjunto, su marco de acción e injerencia social se potencia al ser todos miembros notables de un determinado ámbito social.

Como se puede constatar con esta breve revisión, el desafío de la ambigüedad inmerso en el concepto de “élite” no es una cuestión menor, por lo que es necesario tenerla en consideración al momento de abordar su cuerpo conceptual. Ahora pasaremos al problema de la vaguedad que conlleva a determinar la extensión o alcance del concepto.

Recapitulando que la vaguedad de un concepto se produce cuando el significado no identifica con precisión el referente, Zannoni contempla dos aspectos bajo los cuales puede ser tratada la vaguedad de un concepto. El primer tipo de vaguedad determina una situación en la que el concepto es demasiado general para identificar un referente específico. La naturaleza genérica del concepto se debe a una falta de dimensiones. El segundo tipo de vaguedad surge cuando el concepto no puede considerar a ciertas entidades marginales como referentes particulares dentro de él.¹⁵

En ese sentido, el concepto de élite es vago según el primer tipo cuando no distingue a la élite como grupo social concreto y diferenciado de otros a partir de una característica particular. De igual manera, el concepto es vago de acuerdo al segundo tipo si las características particulares que distinguen a la élite de los otros

¹⁵ Zannoni, *op. cit.*, p. 384.

grupos, no incluyen a todos los grupos que puedan considerarse élite o bien, integran a quienes no lo son sin una justificación debidamente sustentada.

Si bien debemos a Zannoni el haber evidenciado las causas de confusión inmersas en el concepto de élite y la forma de abordar el problema de su construcción, no podemos decir que ofrezca un concepto satisfactorio, pues recurre a la idea de conceptos-familia acuñada por Ludwig Wittgenstein en sus *Investigaciones filosóficas*.¹⁶ A partir de esta categoría, Zannoni reconoce la imposibilidad de asociar un significado particular al concepto de élite, prefiriendo conglomerar todas las variantes similares de sus aparentes sinónimos en un elemento común.¹⁷

Recuperamos las premisas de Zannoni, más no así su conclusión. Al retomar los esfuerzos de algunos estudiosos del elitismo por esclarecer los conceptos empleados en este campo¹⁸ y la comparación que ofrecen los diccionarios especializados sobre su definición¹⁹; creemos que es posible ofrecer una construcción conceptual que satisfaga los desafíos anteriormente expuestos, cuyo objetivo sea contribuir a la precisión del concepto central de esta investigación.

¹⁶ Véase Ludwig Wittgenstein, *Investigaciones filosóficas*, México, UNAM-IIF, 1ª edición, 1988, 547 p.

¹⁷ Véase *ibid.*, p. 382-383.

¹⁸ Véase Raymond Aron, "Clase social, clase política y clase dirigente" en Bendix, Reinhard y Seymour Martin, Lipset, *Clase, status y poder*, tomo II, Madrid, Euramerica, 1ª edición, 1972, pp. 11-32; Tom B. Bottomore, *Minorías selectas y sociedad*, Madrid, Gredos, 1ª edición, 1965, 201p.; Hugo Alejandro Borjas García, "Élites: apuntes para su entendimiento" en *Élites y democracia*, Año 2, No. 3, julio-diciembre, 2012, pp. 12-20.; Alan Zuckerman, "The concept 'political elite': Lessons from Mosca and Pareto" in *The Journal of Politics*, Vol. 39, No. 2, May, 1977, pp. 324-344.; Paolo Zannoni, *op. cit.*, pp. 357-391.

¹⁹ Véase Donald Gunn MacRae, "Élites, doctrina de las" en Bogdanor, Vernon (edit.), *Enciclopedia de las instituciones políticas*, Madrid, Alianza Editorial, 1ª edición, 1991, pp. 258-260.; Giovanni Busino, "Élite" en Raynaud, Philippe y Stéphane Rials (edits.), *Diccionario Akal de filosofía política*, Madrid, Akal, 1ª edición, 2001, pp. 222-225.; Günter C. Behrmann, "Élite" en Görlitz, Axel, *Diccionario de ciencia política*, Madrid, Alianza Editorial, 1ª edición, 1980, pp. 216-222.; Luciano Gallino, "Élite" en *Diccionario de sociología*, México, Siglo XXI Editores, 1ª edición, 1995, pp. 357-363.; Norberto Bobbio, "Élites, teoría de las" en *op. cit.*, pp. 519-527.; Rodrigo Borja, "Élite" en *op. cit.*, pp. 702-704.; Suzanne Keller, "Élites" en Sills, David L., *Enciclopedia de ciencias sociales*, volumen 4, *op. cit.*, pp. 180-183.

Por consiguiente, dentro de la sociedad se debe entender por élite al conjunto de personas organizadas en torno a un interés común, que ocupa las posiciones más influyentes y privilegiadas en cada uno de los distintos ámbitos de la sociedad, ya sea por poseer un talento excepcional para el campo en que se desenvuelven²⁰ o bien por contar con habilidades que les permiten relacionarse con los sujetos más influyentes, o ambas.

Dentro de la élite se pueden ubicar dos tipos, tal como lo señaló Pareto en su *Trattato di sociologia generale*: élites que gobiernan y élites que no gobiernan.²¹ En el primer tipo se encuentran aquellos individuos que se ven implicados en el proceso y negociación de la toma de decisiones públicas, ocupando formalmente los cargos más altos dentro de la administración con injerencia pública. De ahí se derivan, a su vez, otros tipos en función del ámbito social al que pertenecen, componiéndose tradicionalmente por la élite política, la élite militar, la élite empresarial y la élite religiosa.

En el segundo tipo se ubican todos aquellos individuos que si bien destacan en el ámbito en que se desenvuelven, no son suficientes estas habilidades por sí solas para actuar directamente en el gobierno. En el mejor de los casos, influyen en las decisiones que toma la élite en el gobierno, pero no están al frente de los cargos de mando. Se desprenden igualmente otros tipos internos en casi todos los ámbitos sociales restantes, tales como la élite intelectual, la élite del deporte, de la farándula, etcétera.

Las características que posee la élite, en cuyo caso parece estar de acuerdo toda la literatura politológica, es *a) un número reducido* (la élite se identifica con un grupo minoritario) y *b) la distinción* (existe un criterio con el cual la minoría se diferencia de la mayoría). Como se ha advertido anteriormente, el

²⁰ La concepción de talento que proponemos engloba el conjunto de habilidades que se aprecian útiles por los miembros bien consolidados en algún sector de la élite.

²¹ Vilfredo Pareto, *Forma y equilibrio sociales. Extracto del tratado de sociología general*, Madrid, Alianza Universidad, 1ª edición, 1980, párrafo 2032. En adelante, las referencias a la máxima obra de Pareto serán tomadas del extracto elaborado por Giorgio Braga, utilizando la numeración original en párrafos establecida por Pareto.

problema está en que el número y la distinción varían de un autor a otro, por lo que a continuación precisaremos lo que entendemos por estos dos aspectos.

La palabra minoría hace referencia “a unos pocos”, pero no sabemos en concreto si dentro de esos pocos se está hablando de diez, cien o mil individuos. Aunque no es posible determinar un número genérico aplicable a todo tipo élites, es posible conocer de manera aproximada quiénes y cuántos miembros las integran mediante los estudios de caso concretos y el análisis estadístico desarrollado por el neELITISMO en los últimos años.

El aspecto del criterio de distinción es más sencillo de reconocer puesto que está descrito en la definición ofrecida con anterioridad. Tener talento excepcional para desarrollar las actividades de un campo concreto, o sea, comprender sus principios y utilizarlos en beneficio propio para destacar mediante resultados satisfactorios; además de contar con habilidades que permitan relacionarse con los sujetos más influyentes, entre las cuales están el carisma, el alago y la determinación; son los elementos que hacen transitar a un individuo de la no-élite a la élite.

Para concluir el apartado, dedicaremos especial atención a profundizar en la élite “política”, debido a que esta investigación se centra principalmente en este tipo de élite y la manera en cómo se ha desarrollado su concepto en el pensamiento político a lo largo de los años.

Al adquirir la connotación de “política”, este tipo de élite se compone del conjunto de personas organizadas que ocupan las posiciones más influyentes y privilegiadas en la administración estatal. Para alcanzar dichas posiciones, estos individuos deben emplear de manera excepcional los llamados “principios de la política”, (sistema de lealtades, capacidad de negociación, uso racional de la fuerza, manipulación y astucia) como talento distintivo que sirva a los intereses propios y del conjunto.

Como bien se sabe, el talento no es estrictamente proporcional al éxito y en el caso de la élite política, poseer habilidades excepcionales para el ejercicio de la política no asegura por sí mismas un lugar dentro de la minoría. Sería ingenuo de nuestra parte considerar que son los más talentosos o los mejores quienes se encuentran conformando los más altos estratos, pues sólo revelaría un auténtico desconocimiento de la lógica del poder y restaría importancia al sistema de lealtades y acuerdos que circulan dentro de esta.

Es por ello que se destaca especialmente la socialización y relación con los miembros que ya están consolidados dentro de la élite como uno de los talentos que permiten integrarse al grupo. Especialmente considerando que éste es uno de los tipos de élite donde es más común observar individuos que no poseen talento en el ámbito político, pero que sin embargo, se encuentran al frente de los cargos de mando.

Hemos señalado que ejercer el poder político al frente de los cargos de la administración estatal o carecer de una posición privilegiada que nos permita hacerlo, es el criterio de distinción fundamental que indica si se es parte de la masa o la élite política. Sin embargo, es necesario profundizar más en este aspecto para brindar mayor claridad a su comprensión y es en este punto donde el uso adecuado de los conceptos facilita la explicación.

Si se considera que una gran cantidad de sujetos posee formalmente poder político al ocupar algún cargo relevante dentro de la administración estatal, entonces no necesariamente forman parte de la élite política, puesto que una de sus características es la minoría. En todo caso, es mucho más correcto llamarlos clase política o clase gobernante.

Dentro de la clase política –entendida no a la manera de Mosca–, se aglutinan todos los individuos que poseen poder político en relación a su cargo dentro de la administración estatal, sin considerar el grado de influencia que puedan ejercer. Reservaremos el término de élite política para aquellos sujetos que pertenecen a la clase política pero poseen además una condición de notables

o distinguidos, proporcionalmente ligada al grado de influencia que tienen en la negociación y la toma de decisiones.

No obstante, es importante recordar que el fenómeno de la renovación o circulación de las élites, está siempre presente en la política, por lo que los individuos pueden transitar de la élite política a la clase política y viceversa, según la pericia que demuestren en su actuar político.

Con los elementos anteriormente expuestos se ha resaltado la dificultad implícita que conlleva el concepto de élite, haciendo notar la necesidad e importancia de una terminología más diversificadora y bien empleada para comprender con claridad su estudio. Mediante el vasto conocimiento de los términos utilizados en los estudios de la minoría dominante y su implementación de forma no arbitraria, es como se conseguirá la consolidación de este enfoque de la ciencia política y por ello, un tratamiento mejor elaborado de los actores políticos y sus acciones.

A pesar de que el tema está muy lejos de encontrarse agotado y de generar un acuerdo que satisfaga todas las posibles posturas desde las que puede ser abordado, la propuesta que aquí se ofrece pretende contribuir a esclarecer la forma en la que se comprenden las élites, motivando su diálogo dentro de los debates políticos actuales para configurar un lenguaje más especializado dentro de la disciplina.

En consecuencia, una vez analizada la conceptualización del término élite y los componentes que conllevan a su integración, pasemos al factor ideológico que motiva y nutre su influencia en el comportamiento de las personas, reflejándose en la realidad de lo político.

I.2 El valor del realismo político para la construcción de los estudios de la minoría dominante

Al utilizar el concepto de élite en el lenguaje político, se invoca directa o indirectamente la observación de un aspecto específico de la realidad política.

Cuando se pretende escudriñar la forma en que se componen y actúan los estratos más destacables de la sociedad, se asume el riesgo de mirar en su expresión más cruda y real el ejercicio del poder, separando a conciencia todas las preconcepciones enmarcadas en la lógica de la moral.

El realismo político es también uno de los términos más utilizados y erróneamente comprendidos en el léxico de la política. Al igual que sus homónimos en el campo de la filosofía y la literatura, se configura como una expresión ambigua debido a los múltiples significados que posee, en virtud de la pluralidad de formas que existen de entender el concepto de “realidad”.

El realismo es también una construcción polémica, cuyo objetivo es ser un antídoto que contrarreste la utopía y las ideologías que buscan la absolutización de los valores morales. Sin embargo, el realismo político no es reductible a una ideología del pensamiento político, mucho menos una teoría o una familia de doctrinas, pese a que así se haya entendido equivocadamente. Es más adecuado considerarlo una perspectiva que considera insuficientes los enfoques existentes para explicar el poder y prioriza por tanto la descripción de los hechos empíricos.

Mientras el utopista procura la perfección política en un ciclo de abstracciones y el ideólogo transfigura con “apariencias engañosas” la realidad del poder, el realista “busca el verdadero rostro de la política por *debajo* del mundo de las ideas y *detrás* de las máscaras legitimadoras, rechazando los sueños de la utopía y las falsificaciones de la ideología”.²²

La reflexión en torno al realismo político implica una irresistible atracción por develar el lado más oscuro del poder y tener acceso al conocimiento de los *arcana imperi*. Haciendo hincapié en las técnicas y métodos que emplean sus detentadores para alcanzar y conservar el poder, superando así los convencionalismos que tradicionalmente dicta la moral; el estudio del realismo político supone la desmitificación de la política para acercarse de lleno a su construcción arquitectónica.

²² Michelangelo Bovero, “Gramsci e il realismo político” citado en Pier Paolo Portinaro, *El realismo político*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1ª edición, 2007, p. 28.

El realismo político no nace en Occidente, pues el *Arthasastra* de Kautilya o *El arte de la guerra* de Sun-Tzu, sugieren que el conflicto y la jerarquía son los pilares del dominio. Sin embargo, la historicidad desde una postura desencantada y la autonomía de la política se mantienen aún carentes en estas obras, constituyéndose solamente como referentes lejanos.

Si la génesis del realismo está directamente vinculada a la génesis de la historia, en tanto que pretende sacar a la luz los orígenes y las causas ocultas de los acontecimientos, se debe atribuir a Tucídides la fundación de esta perspectiva de análisis. A diferencia de Heródoto, Tucídides no relata en la *Historia de la Guerra del Peloponeso* las grandes gestas, las buenas costumbres y las virtudes excelentes de los hombres dentro del marco de la moral. En cambio, indaga la relación esencial entre lo que los hombres hacen y lo que dicen hacer, o quieren hacer y deben hacer.

La obra de Tucídides había dejado como herencia dos logros fundamentales referidos al ámbito de lo político: el descubrimiento de la dinámica imperialista del poder, con su nexo de autoconservación y autoafirmación, y el de la fragilidad de las instituciones políticas, predispuestas a disciplinar el conflicto interno, pero incapaces de regir el impacto del externo.²³

A su vez, el realismo estuvo estrechamente ligado al nacimiento de la filosofía política helénica, ya que esta última surgió como una respuesta normativa al desencanto que produce la investigación histórica de la realidad. Platón fue el encargado de formular una respuesta a la propuesta de Tucídides mediante la utopía política delineada en su obra *La República*, fundando así el paradigma del idealismo político.

Por consiguiente, si en el ámbito de la filosofía el realismo tiene como contraparte al idealismo, el realismo político en particular se opone al moralismo en el lenguaje de la política, “[...] para el que, en cambio, lo real resulta siempre inadecuado al ideal y a la norma, el ser al deber ser.”²⁴ De ahí que sea Nicolás

²³ *Ibid.*, p. 39.

²⁴ *Ibid.*, p. 55.

Maquiavelo el punto de referencia obligado para la comprensión del realismo político en su expresión más apegada a la lógica del poder. En el célebre capítulo XV de *El príncipe*, el florentino establece la raíz y los fundamentos de esta perspectiva de pensamiento, al señalar que:

[...] Pero siendo mi intención escribir algo útil para quien lo lea, he considerado más apropiado ir directamente a la verdad objetiva de los hechos, que a su imaginaria representación. Pues, muchos son los que han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto ni conocido jamás realmente, y está tan lejos el cómo se vive del cómo se debería vivir, que quien renuncie a lo que se hace en aras de lo que se debería hacer, aprende más bien su ruina que su conservación; y es que un hombre que quiera hacer en todo profesión de bueno, acabará hundiéndose entre tantos que no lo son.²⁵

Con ello, Maquiavelo hace una declaración de método: “la vía para el conocimiento político es la de la observación directa y del registro, sin “coloraciones” emotivas, de cuanto sucede.”²⁶ Es por esa razón que para el realismo político, la política no puede ser otra cosa que la lucha que tiene como fin el poder y como medio la fuerza, erigiéndose como las directrices constantes en las relaciones entre individuos.

A partir de la pregunta ¿qué es ser realista en política?, esta perspectiva contempla que para conocer empíricamente los mecanismos del poder, es imperante involucrarse en su ejercicio; pero para develar su racionalidad es preciso apartarse de su acción y recluirse a la elaboración reflexiva de sus lecciones. Este punto de encuentro entre la vivencia del actor y la reflexión del espectador, aparece reflejado en las biografías de Tucídides y Maquiavelo, quienes después de la desilusión o la pérdida del ejercicio del poder, reflexionaron magistralmente sobre la forma en que éste se ejerce, convirtiéndose en los máximos exponentes de esta línea de pensamiento.

²⁵ Nicolás Maquiavelo, “El príncipe” en *Obras*, Madrid, Gredos, 1ª edición, 2011, p. 51.

²⁶ Portinaro, *op.cit.*, p. 22.

Por tal motivo, el primer paso para comprender el pensamiento del realista se encuentra en su biografía. Si el realismo es un saber recabado de la experiencia práctica en el mundo de la historia, la clave para descifrarlo está en las experiencias de quien lo adopta: experiencias de desilusión, desengaño, desencanto. Esta recomendación merece ser adoptada para comprender el realismo de los estudiosos del pensamiento elitista en sus distintas etapas, pues mucha de su motivación se encuentra arraigada a sucesos de su vida personal o contexto histórico, tal como podremos constatarlo más adelante.

Hay que tener cuidado de no confundir el ser realista con ser amoral, pues como hemos advertido anteriormente, conferir el carácter de sinónimos a palabras que no lo son, solamente contribuye a nublar la claridad del pensamiento. En consecuencia, las directrices que rigen a la ética corresponden a una racionalidad distinta a la esfera del poder público y por ello, no pueden ser juzgadas con la misma medida.

La ética corresponde a la esfera de privada y a la relación del hombre con la trascendencia; la política concierne a la dimensión estratégica de las relaciones de interés y de poder. La esfera de la política es “la esfera de acciones instrumentales que, en tanto tales, se deben juzgar no en sí mismas, sino sobre la base a su mayor idoneidad para el logro del objetivo”.²⁷

Volviendo a la esencia y recursos de los que se sirve el realismo, observamos que su núcleo primordial está en beber constantemente de los estudios del pasado, formulando conjeturas racionales en el presente sobre las acciones de los ancestros, para delinear el camino a seguir a futuro. En ese sentido, el realista pondera la autoridad de la historia y la experiencia del presente para configurar previsiones insertas en la razón objetiva. No es casualidad que se pueda considerar al realismo como un pariente bastante cercano del positivismo, que se presentó históricamente como el abanderado de la verdad.

“Realista sería la voluntad política que sabe aprovechar las necesidades objetivas. [...] En efecto, si la política concierne a los cambios factibles y si éstos

²⁷ *Ibid.*, p. 60-61.

dependen del correcto conocimiento de las “leyes sociales”, entonces el realismo es encarnado por el experto”.²⁸ De esta premisa se desprende el primer acercamiento entre el realismo político y las doctrinas de la minoría dominante, pues esta perspectiva alude indirectamente a que “los mejores”, o en términos más precisos, “los más aptos”, dirijan las sociedades en tanto que conocen los principios que gobiernan la realidad social.

Tomando como pregunta guía ¿qué realidad se oculta bajo la apariencia?, el realismo político tiene como objeto de estudio no las ideologías, sino los hechos del poder, o como lo llamó Maquiavelo: “*la verità effettuale della cosa*”.²⁹

La política no es sólo idealidad, programa, artificio, construcción institucional, ficción jurídica, sino entrelazamiento de intereses, móviles profundos, factores viscerales, tendencias de largo plazo. Sobre todo, la política no es solo representación de la acción en público, sino que tiene relaciones, en su mayoría disimuladas o sólo parcialmente manifiestas, con las dimensiones de lo privado y lo secreto. Ahora bien, el realismo es en primer lugar un análisis de la política que saca a luz lo que está oculto y lo que ella esconde: lo privado y lo secreto, de lo que forma parte lo inmoral y lo ilícito.³⁰

Su crítica se dirige principalmente hacia los ingenuos, los soñadores y los jacobinos extremistas del pensamiento político, pero en su pretensión de descubrir la verdad de lo político, puede convertirse en un arma de doble filo. En manos de los cínicos y dictadores, el realismo ha permitido legitimar el uso de la fuerza desmedida, el fraude, la violencia y la corrupción. Por ello, está destinado a vivir bajo esta paradoja compartiendo el destino de Maquiavelo, considerado por unos consejero de tiranos y por otros, promotor de la libertad republicana.

Partiendo de su origen y consolidación en las discusiones del pensamiento político, surge entonces la pregunta: ¿cómo entender al realismo en política? Complementando las características esbozadas en las líneas anteriores,

²⁸ Norbert Lechner, “11. ¿Qué es realismo en política?” en *Obras II. ¿Qué significa hacer política?*, México, Fondo de Cultura Económica-FLACSO, 1ª edición, 2013, p. 261.

²⁹ Maquiavelo, *op. cit.*, p. 51.

³⁰ Portinaro, *op. cit.*, p. 28.

tomaremos la definición en términos cognoscitivos formulada por Giovanni Sartori, quien afirma que:

Cualquier proposición descriptiva correcta, cualquier aserto verificado empíricamente, es una afirmación “realista”. Por tanto, el realismo político es, nada más, pero nada menos, que el ingrediente fáctico de cualquier y de toda política. El realismo político consiste en hacernos sabedores de la *base fáctica de la política*. No puede extenderse a los grandes *ismos* de la política. Y si lo hace es un fraude. Pues los grandes ismos –las políticas del racismo, nacionalismo, liberalismo, socialismo, comunismo, populismo y así sucesivamente– giran en torno a operaciones valorativas que no derivan de los hechos, sino que se superponen a los hechos.³¹

Diremos que al invocar el realismo se habla de distinguir lo factible de lo no factible, dejando atrás la vieja discusión de lo que es y lo que debería ser, pues apegándonos a estos postulados, nunca se ha establecido con éxito en la historia una política auténticamente realista o genuinamente ideal. De ahí que la forma correcta de entender la política desde el realismo, sea como “el arte de lo posible”.

A través del cálculo entre los medios y los fines, el realismo contempla las posibilidades en el devenir y orienta las acciones políticas en función del ejercicio racional y objetivo de los acontecimientos. Retomando la autoridad de la historia y los hechos empíricos verificables, se desprenden como consecuencia dos principios que componen el núcleo teórico del realismo político: a) el principio de conflicto y b) el principio de jerarquía.

El principio de conflicto hace alusión a la continua disputa por el poder entre los hombres, pues considera que en la base de la política se encuentra una relación de enfrentamiento para su obtención. Las posturas más radicales del realismo político equiparan el conflicto con la violencia, seleccionando al detentador del poder mediante la habilidad que emplea éste en el uso de la fuerza. No obstante, ésta es sólo una de las diversas expresiones por las que se puede desarrollar la relación de dominio. También existe la negociación y el acuerdo en

³¹ Sartori, *Teoría de la democracia 1. El debate contemporáneo*, op. cit., p.67.

función de los intereses, donde la disputa por el poder se mantiene en una arena de competencia más pacífica.

Por otra parte, el principio de jerarquía es consecuencia directa del primer principio, ya que una vez alcanzado el poder, el humano tiende a la conservación del mismo valiéndose de la instauración de los cargos de mando para preservar el orden establecido. Así, se resalta el hecho de que a lo largo de la historia siempre hay hombres que tienen más poder que otros y por consiguiente, unos cuantos son los que gobiernan frente a los muchos que son gobernados.

El mayor desafío para el realismo político se presenta con el advenimiento de la modernidad y la afrenta que propone a sus principios constitutivos. El racionalismo junto al contractualismo del siglo XVII, provocaron que la deducción histórica de la política como método para extraer sus reglas y principios, entrara en una severa crisis. Tanto la nueva fe en la ciencia como la metáfora del estado de naturaleza del hombre, el cual supone la igualdad entre individuos, condenaron al realismo político a ser un enfoque más ligado a justificar el *Ancien Régime* que a extraer los mecanismos del poder político.

La modernidad trabaja para echar por tierra estos supuestos, 1) estableciendo la primacía de la voluntad humana en el curso histórico y redimensionando factores como la necesidad y la fortuna, 2) adoptando una perspectiva teleológica que incluya la perfectibilidad humana y que, por lo tanto, rompa con el supuesto del carácter cíclico del tiempo histórico, 3) postulando el proceso de civilización como progresiva neutralización de la hostilidad y la violencia, 4) reemplazando la autonomía dinámica del poder y la guerra por las lógicas del derecho y la economía.³²

Especialmente el intento por someter el conflicto del poder a la mediación del derecho y la economía tuvo consecuencias notorias para la forma de concebir la política en general, pues el mayor bien que pudo otorgarle la modernidad al realismo político, fue demostrarle que la política no está ligada única y

³² Portinaro, *op. cit.*, p. 48.

necesariamente a la guerra y la fuerza, ya que el dominio puede configurarse también a través del conceso y la concordia.

Sin embargo, esta pretensión orilló la comprensión del objeto de estudio al otro extremo, polarizando ambas perspectivas hasta constituir las como antagónicas en el imaginario político. En realidad, quien niega la política pacífica está ciego de sus beneficios como la negociación. Quien niega la política bélica, olvida que la mayor parte de la humanidad ha vivido históricamente bajo condiciones de fuerza y que los grandes cambios en la sociedad responden a esta postura.

Con el avance del proyecto político de la modernidad, el realismo político se constituyó como el enfoque del desencanto hacia el “dogma cientificista” que pretende explicarlo todo, como también de las utopías e ideologías imperantes de aquella época. Los realistas estuvieron motivados principalmente por la desilusión de las promesas que acompañaba el liberalismo y los procesos revolucionarios del momento.

Paradójicamente, el retorno de la discusión del realismo político en los debates teóricos, está vinculado como en su origen, a la dura revisión de la historia que trae a la luz los defectos posrevolucionarios. “Es la experiencia de las revoluciones la que restituye fuerzas al realismo, cuando pierden vigor las ‘alcinescas seducciones’ iusnaturalistas de igualdad, libertad y fraternidad.”³³

No es coincidencia que se apele al realismo en tiempos turbulentos, donde la crisis de las ideologías y el desencanto de las utopías demandan una explicación de los hechos orientada hacia un pragmático escepticismo. Incluso hoy en día, con la crisis del modelo neoliberal cada vez más latente, el desvanecimiento del nuevo orden mundial que prometía la globalización, la amenaza mundial que supone el terrorismo y el desencanto de la ciudadanía con las instituciones tradicionales de la política; la discusión y adopción del realismo cobra más importancia de la que se intuye.

³³ Portinaro, *op. cit.*, p. 53.

En los periodos posrevolucionarios, el realismo político se convierte en un férreo conservadurismo, descalificando sin moderación las revoluciones al considerarlas sinónimos de anarquía, cuyo referente histórico se encuentra en el terror jacobino y el gobierno bolchevique. Recordando que el principio de jerarquía del realismo político apela a mantener el orden como garantía de estabilidad, cualquier proceso que tienda a irrumpir este orden de manera violenta es, por definición, una potencial amenaza al progreso humano y una afrenta directa al estado conflictivo del hombre demostrado por la historia.

Es en este aspecto donde el realismo político dota de contenido a los estudios de la minoría dominante, pues “la teoría que afirma que en toda sociedad una minoría es siempre la única que detenta el poder en sus diversas formas, frente a una mayoría que carece de él”³⁴; descansa en los dos principios anteriormente analizados.

I.3 La incompatibilidad de las élites con el principio clásico de igualdad política entre individuos

El constitucionalismo liberal y su pretensión de someter el poder a la ley jurídica, conllevó a que la faceta violenta de las relaciones de poder se trasladara a los regímenes políticos bajo una legalización de sus posibilidades, es decir, la competencia mediante elecciones. Al no poder expulsar el conflicto del espacio político, se optó por monopolizarlo y organizarlo jurídicamente, pero se debe tener presente que no puede resolverse completamente en la arena del derecho y la negociación, dado que está latente el riesgo de que el conflicto vuelva a estallar y sea necesario el uso de la fuerza para resolverlo.

El proyecto político de la modernidad consideraba, recuperando el ideal de Platón, que la fuerza es barbarie y sólo la ley es propia de los civilizados.³⁵ Sin

³⁴ Norberto Bobbio, “Élites, teoría de las” en *op. cit.*, p. 519.

³⁵ Platón, “Leyes” en *Diálogos*, tomo IX, Madrid, Gredos, 1ª edición, 1999, parágrafo 874e-875a.

embargo, los realistas se oponían a esta visión retomando el mito del centauro expuesto por Maquiavelo, que implica saber complementar la ley y la fuerza.³⁶

Acompañando estas premisas, la democracia liberal en boga impulsó la idea de igualdad entre individuos, cuya garantía se encontraba en el constitucionalismo cada vez más incipiente dentro de los regímenes políticos. Dicha concepción es el punto de quiebre entre el realismo y el proyecto de la modernidad, permitiendo a los partidarios del realismo ser opositores férreos de la democracia, impugnándola desde la trinchera de los estudios de la minoría dominante.

Los estudiosos clásicos de la minoría dominante adoptaron el principio de conflicto y el de jerarquía propuestos por el realismo para enfrentar la oleada democrática que vivió Occidente a finales del siglo XIX, señalando que son “los menos” los que se hacen elegir y no “los más” los que eligen.

Siguiendo esta afirmación, los estudiosos de la minoría dominante se complacieron con sus investigaciones al creer que demolían la ilusión de que el poder pertenece a todos por igual, sintetizando su pensamiento en la sentencia: “todo pensamiento político debe comenzar por el principio de la desigualdad originaria de los hombres”. No es sorpresa que esta línea de pensamiento desconozca la categoría de “contrato social”, ya que considera que el origen de los Estados y sus múltiples transformaciones se encuentran en la supervivencia del colectivo y no en establecer una relación entre iguales rumbo al progreso social.

Nutriéndose de las bases expuestas por el realismo político, los estudios de la minoría gobernante consideraron la realidad política intrínsecamente como poder, conflicto y jerarquía. Defendieron las grandes desigualdades entre los hombres como una constante histórica inamovible, ya sea en la propiedad, el poder o el saber, frente a la confianza en la posibilidad de eliminar o racionalizar las desigualdades sociales que promueve el proyecto de la democracia moderna.

³⁶ Véase Maquiavelo, *op. cit.*, p. 58

[...] Los hombres son desiguales por dotación natural y la sociedad sólo acentúa las desigualdades; el reconocimiento de las desigualdades es, por otra parte, factor de integración y dinamismo, principio de orden y desarrollo de las sociedades. La igualdad jurídica de los individuos (como la de los Estados) no es un presupuesto natural, sino un producto histórico del desarrollo de la humanidad y ejerce una influencia positiva sólo al combinarse con el reconocimiento de más sustanciales desigualdades.³⁷

Por consiguiente, la disputa emprendida por los estudios de la minoría gobernante hacia el igualitarismo ascendente de la época, mantiene en el fondo el objetivo primario del realismo político: la crítica de las ideologías. A partir de ahí, se desprende que el pensamiento de la minoría dominante se conciba como un antídoto al socialismo y el liberalismo principalmente, pues ellos encarnan en sus postulados la esencia del argumento igualitarista, especialmente el primero.

El liberalismo contempla que el mercado es un instrumento de integración y cooperación, en contraposición al poder, que sólo acentúa la división y el conflicto entre los individuos. En consecuencia, la crítica del realismo a las restricciones económicas y jurídicas del poder, conllevan a que entre automáticamente en conflicto con el liberalismo, al no poder aceptar la primacía de la sociedad civil y mucho menos la idealización que se hace de esta.

Por otro lado, el rechazo es aún más feroz en el caso del socialismo, pues su concepción igualitaria de la sociedad se contrapone a los principios más elementales del realismo. La pretendida igualdad económica liberada de la organización coercitiva del trabajo, inserta en una sociedad sin clases y sin Estado, es la contraposición más radical a los principios insuperables del conflicto entre sujetos y la necesidad de jerarquía. Es por ello que el pensamiento de la minoría dominante considera aberrante la postura del socialismo, pues a su parecer, promueve una utopía jamás alcanzada por la humanidad que desemboca inexorablemente en la caótica anarquía, responsable de la decadencia de las sociedades.

³⁷ Portinaro, *op. cit.*, p. 123.

Ahora bien, como se puede apreciar con todo lo anterior, el debate teórico de fondo es una disputa de principios políticos, enfrentándose el conflicto y la jerarquía defendidos por el pensamiento elitista, al principio de igualdad entre individuos encabezado por el socialismo y la democracia liberal. Con anterioridad se han descrito las implicaciones que tienen los dos principios fundamentales del pensamiento elitista, pero ¿qué tipo de igualdad es la a la que se hace referencia como oposición a estos principios?

No existe (ni en nuestros mejores esfuerzos imaginativos) algo como la igualdad *en todo*, es decir, en relación con todas las características posibles. Los individuos son diferentes en todo: salud, longevidad, belleza, inteligencia, talentos, encanto, gustos, preferencias, etc. Y si pensamos en los pormenores de cada una de esas rúbricas generales dispondremos de listas de características verdaderamente innumerables. Incluso cuando hablamos de la igualdad sin matización alguna, nunca imaginamos realmente todas las diferencias concebibles, sino sólo relativamente *algunas de ellas*: las que en determinados momentos históricos consideramos *relevantes*, notoriamente *injustas* e implícitamente *remediables*.³⁸

La cita de Sartori es pertinente para aclarar el principio de igualdad, recordándonos que se debe especificar el tipo de igualdad al que se hace referencia, sea esta jurídico-política, social o de oportunidades. Por esa razón, afirmaremos que los principios de orden y jerarquía son incompatibles con el principio de igualdad social; esto es, “igualdad de *status* y consideración y, por lo tanto, ausencia de distinciones en virtud de la clase social y de la riqueza”³⁹, o bien, del mérito o talento.

La antítesis de estos principios políticos encuentra su explicación, en primer lugar, en la confrontación dominante del pensamiento político encabezada por el moralismo y el realismo político. La pretensión moral de la igualdad social es un deseo en tanto que se considera una meta justa, no porque efectivamente se constate una semejanza entre los individuos. Al impulsar un trato de semejantes, se lucha contra el destino y la fortuna, contra los azares de la naturaleza y la

³⁸ Sartori, *Teoría de la democracia 2. Los problemas clásicos*, op. cit., p. 424-425.

³⁹ Tipología de la igualdad, tomada en *ibid.*, p. 418.

realidad impuesta de manera rutinaria. En contrapartida, el conflicto y la jerarquía entre individuos se sustenta en la objetividad histórica de las acciones del hombre, reafirmando una y otra vez el hecho de que los hombres sean diferentes.

En segundo lugar, se debe añadir la estrecha vinculación que tiene este principio político en el imaginario colectivo con la conceptualización de la democracia clásica. Esta forma de gobierno implementada por los atenienses en el siglo V antes de Cristo, se concebía como una simbiosis con la *polis*, absorbiendo al individuo totalmente de forma que era impensable hablar de la noción moderna de individuo como persona.

Por consiguiente, era posible hablar en “cierta manera”, de una igualdad social entre ciudadanos, dado que todos eran partícipes de los asuntos públicos en favor de la comunidad, cuya relación comunal motivaba la desconfianza de las personalidades destacadas al no permitir que un ciudadano fuera mejor que los otros, anulando en consecuencia el principio de jerarquía.

A pesar del paso de los siglos y el enriquecimiento de la teoría democrática, los principios fundamentales de la democracia directa ateniense quedaron arraigados en el concepto de “democracia” a secas, omitiendo la enorme diferenciación de valores y metas que añadieron la concepción iusnaturalista de los derechos humanos y el liberalismo principalmente. Dicha situación contribuyó a reducir este debate teórico de principios políticos a una disputa irreconciliable entre el pensamiento de la minoría dominante y el pensamiento democrático.

Sin embargo, esta falacia sería cuestionada y superada por los científicos sociales a mitad del siglo XX, retomando el debate desde sus orígenes para encontrar la manera de formular una compatibilidad entre el pensamiento elitista desarrollado en esa época y la democracia liberal triunfante. La revisión del pensamiento elitista y su debate teórico mantenido con el principio de igualdad, desembocó en la convergencia e incluso complementación de los principios

elitistas de jerarquía y conflicto con el principio democrático de igualdad, pero entendido esta vez como igualdad de oportunidades para acceder al poder.⁴⁰

Si bien el pensamiento elitista se mantuvo firme en despreciar la idea de que la democracia, tanto clásica como liberal, permite la igualdad social entre individuos; aceptó, no obstante, que su versión moderna ofrece la posibilidad de competir por el poder político a todos sus individuos. Pese a ello, hay que reconocer que dentro de este tipo de igualdad, existe a su vez, una subdivisión: a) *igualdad de oportunidades entendida como acceso igual*, es decir, igual reconocimiento a igual mérito y b) *igualdad de oportunidades entendida como comienzo igual*, es decir, como condiciones materiales iniciales iguales para la competencia.⁴¹

Las teorías elitistas de la posguerra adoptaron la primera subdivisión debido a la flexibilidad que posee este tipo de igualdad para mezclarse con sus propios principios y potenciar la esencia de ambos.

El acceso *igual* equivale, en esencia, a la no discriminación en la entrada o promoción; el acceso se equipara a capacidades iguales (no acceso para todos); y si la capacidad desigual es el resultado de la naturaleza o del hecho de haberla cultivado no es algo que esta fórmula se plantee o pueda plantearse. Así, pues, esta versión de la igualdad de oportunidades no iguala, de hecho, las circunstancias. El acceso igual implica que lo que se reconoce y se recompensa es el desempeño o la actuación reales y, como resultado, la igualdad de mérito, capacidad o talento.⁴²

Una vez más se reconoce que el talento excepcional en un determinado ámbito de la sociedad, es el eje articulador que compone a la élite, puesto que esta diferencia natural entre las personas es apreciada tanto en los gobiernos más despóticos como en las democracias altamente consolidadas.

⁴⁰ Esta reconciliación entre principios políticos y su posterior desarrollo, serán abordados a profundidad en el capítulo III.

⁴¹ Sartori, *Teoría de la democracia 2. Los problemas clásicos*, op. cit., p. 421. Las cursivas son mías.

⁴² *Ibid.*, p 423.

La continua disputa por el poder político entre las múltiples élites que componen a la sociedad, es el motor de las democracias liberales y del pensamiento elitista contemporáneo, pues la concentración del poder en manos de la oligarquía de antaño, da paso a la competencia entre las élites; cuyos miembros comprenden, en esencia, los principios de la política.

Como se ha constatado a lo largo de este capítulo, los elementos teóricos e ideológicos presentes en los estudios elitistas son abundantes y ricos en contenido, atravesando por la historia de las ideas políticas desde sus comienzos hasta la actualidad. El desarrollo que hemos elaborado de esta problemática conceptual es mínimo en comparación al trabajo que requieren sus categorías y términos con el fin de dotar de claridad el lenguaje y el pensamiento político. De ahí que en la política cotidiana, las palabras democracia o élite sean suficientes para darse a entender; pero en la teoría política, no podemos darnos ese lujo. Los elementos teóricos exigen que se abunde en el *corpus* conceptual y se explique con bastante precisión, aquello que parece obvio y en realidad no lo es.

Capítulo II. Los estudios clásicos de la minoría dominante y su confrontación con el igualitarismo social

Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad.

Italo Calvino

II.1 La pretensión de enunciar leyes políticas como respuesta a las ideologías imperantes del siglo XIX

El objeto de este capítulo es describir los elementos esenciales que dieron cabida al estudio moderno de la minoría dominante. Mediante la descripción individual y comparativa, se reconstruirán las teorías que sustentaron sus fundadores y se destacarán las divergencias y similitudes entre una perspectiva y otra, con la pretensión de desmitificar algunos aspectos inmersos en los principales conceptos y categorías que las componen.

La idea de un grupo minoritario y destacado que posee los medios de poder para gobernar a la mayoría de la sociedad que carece de estos, encuentra sus orígenes en los primeros escritos de la antigüedad. Sus precedentes hallan algunas referencias en la filosofía griega de Platón y Aristóteles, la teología de Santo Tomás de Aquino, el pensamiento político de Maquiavelo y la sociología de Marx y Saint-Simon; por mencionar sólo algunos. No obstante, si el principio minoritario como mera intuición era ya conocido en la antigüedad, su estudio como categoría analítica y las consecuencias derivadas de ello, son sin duda alguna, un descubrimiento moderno.

Es bastante común encontrar en la literatura politológica que a las teorías de Gaetano Mosca, Vilfredo Pareto y Robert Michels; se les atribuye ser la primera formulación explícita del principio minoritario, adquiriendo el rango de clásicos en la materia. Con la pretensión de formular “leyes universales” que explicaran el desarrollo de la sociedad, estos autores buscaron posicionar las nacientes

ciencias sociales a la par de las ciencias naturales, utilizando el método inductivo e histórico para eliminar el utopismo vago y falaz de la filosofía política clásica.

Sin embargo, sería una equivocación ubicarlos dentro de la corriente positivista, ya que todos ellos dudaron del optimismo ilustrado que confiaba en la ciencia como eje organizativo de la sociedad para convertir la conducta del hombre en racional, interesándose más por descubrir las emociones y acciones escondidas detrás de las ideologías que logran seducir a las grandes conglomeraciones.

Por consiguiente, sus teorías son, en esencia, estudios críticos de la ideología. Su relevancia yace en sentar las bases de una nueva forma de comprender la relación entre gobernantes y gobernados, pasando del institucionalismo formal de la política a un estudio más respetuoso de la “verdad fáctica”. Si Maquiavelo contribuyó a desmitificar la política dando a los ingenuos o crédulos una lección de sano realismo, los estudiosos de la minoría dominante harían lo propio, casi cinco siglos después.

Italo Calvino afirmaba, de una manera poética, que “tu clásico es aquel que no puede ser indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él”.⁴³ Pues bien, estos tres pensadores tomaron los principios del realismo político y emprendieron la compleja tarea de enfrentar a los clásicos del pensamiento político, especialmente a Jean Jaques Rousseau y Karl Marx.⁴⁴

Los estudios clásicos de la minoría dominante fueron concebidos como opositores a la idea de clases sociales sustentada por el marxismo y la representación e igualdad jurídica defendida por el parlamentarismo. No es ninguna sorpresa que arremetieran ferozmente contra sus postulados, pues al

⁴³ Italo Calvino, *Por qué leer los clásicos*, México, Tusquets, 1ª edición, 1992, p. 17.

⁴⁴ Los sociólogos descolantes de fines del siglo XIX y comienzos del XX, desarrollaron sus teorías recogiendo y enfrentando el desafío intelectual del iluminismo y el marxismo. Véase la tesis central de Irving Zeitlin en *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 2ª edición, 2001, 365 p.

adoptar el realismo político como perspectiva teórica, era de esperarse la afrenta a los principios de igualdad (social) inmersos en estas ideologías.

De una manera esquemática y bastante general, podemos señalar cinco aspectos en común inmersos en la obra de estos autores.

1. Afirmación de la posibilidad de una ciencia objetiva de lo político y lo social, comparable, en sus métodos, a otras ciencias empíricas.
2. El objetivo principal de la ciencia política no es sino el estudio de la lucha del poder en sus diferentes formas, bien sean reconocidas o disimuladas.
3. El conocimiento de las leyes de la vida social y política implica tener que ir más allá de las declaraciones verbales y creencias de los hombres (derivaciones) puesto que la acción lógica o racional juega un rol muy pequeño en la evolución política y social de las comunidades humanas.
4. La división social más importante para comprender la evolución política de las sociedades es la que se establece entre la clase dirigente y la dirigida. La historia de las sociedades humanas, es, por tanto, la historia de la élite o de la clase dirigente.
5. Una visión cíclica de la historia que se ve marcada por cambios periódicos en la composición y estructura de la élite.⁴⁵

Dichas similitudes han conllevado a que las teorías de Mosca, Pareto y Michels, sean frecuentemente agrupadas en una supuesta “escuela italiana de las élites”. Si bien es cierto que establecieron, relativamente a la par, los parámetros del estudio moderno de la minoría gobernante, es un error asociarlos arbitrariamente de esta forma. Como bien lo ha señalado Ettore A. Albertoni

La ‘escuela maquiaveliana italiana’ y ‘el elitismo’ son resultado de una intensa pero muy posterior obra de acercamiento y refundición del pensamiento de los tres estudiosos, realizada en los años treinta sobre todo en los cuarenta, por una cultura política norteamericana de lengua inglesa. Sin embargo, esta elaboración posterior, y hasta extraeuropea, de ninguna manera puede ser presentada como el fruto consiguiente de un entendimiento ideológico y científico entre estas tres muy

⁴⁵ María Luz Morán, “Introducción” en Pareto, Vilfredo, *Escritos sociológicos*, Madrid, Alianza Editorial, 1ª edición, 1987, pp. 44-45.

diferentes personalidades que constituyen este rumbo de estudio, de investigación y de interpretación de los fenómenos políticos modernos.⁴⁶

En primer lugar, no es posible utilizar el término “escuela” dado que no existe un sentimiento de unidad, conciencia o pertenencia de grupo entre Mosca, Pareto y Michels, aun cuando hayan intercambiado ideas de manera epistolar o en persona. En segundo término, es incorrecto inferir una asociación italiana entre ellos puesto que, en sentido estricto, el único italiano de origen fue Mosca. Pareto nació en París y Michels era originario de Alemania. Esta percepción parece estar orientada por la reflexión que hacen los tres autores con respecto al contexto italiano de finales del siglo XIX y principios del XX, que si bien puede considerarse un punto de encuentro común en un espacio temporal concreto, no es suficiente para otorgar el adjetivo “italiano” a sus posturas.

Por último, es imposible utilizar el concepto de “élites” para explicar la obra de los tres autores, pues en estricto sentido, Pareto es el único que acuña el concepto. Mosca utiliza su concepto de “clase política”, o bien, “clase dirigente” para guiar sus investigaciones. Michels, por su parte, habla de oligarquías y líderes para tratar los fenómenos dentro de las organizaciones modernas.

Comparándolos desde otro punto de vista, existen diferencias significativas entre los tres autores con respecto a la forma de abordar el análisis de la minoría dominante. A continuación, se sintetiza el grado de cobertura al que responde cada autor y su respectiva aportación.

⁴⁶ Ettore A. Albertoni, “Poder y oligarquía. Una introducción a Roberto Michels (1900-1910)” en Rafael Pérez Miranda (comp.), *La circulación de las elites en las nuevas condiciones mundiales*, México, UNAM-Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1ª edición, 1993, p. 43.

Autores Grados de Cobertura	Gaetano Mosca (Doctrina de la clase política)	Vilfredo Pareto (Teoría del equilibrio social)	Robert Michels (Ley de hierro de la oligarquía)
Diagnóstico cualitativo	Estudio institucional	Estudio socioeconómico	Estudio organizacional
Diagnóstico cuantitativo	Macroestudio de las instituciones políticas	Macroestudio a partir del análisis global de la dinámica económica	Microestudio de la organización política
Diagnóstico disciplinar	Análisis económico extendido	Análisis político	Análisis sociológico

Tabla I. Grados de cobertura en los estudios clásicos de la minoría dominante.⁴⁷

Atendiendo a estas consideraciones, es primordial tener en cuenta que el periodo comprendido por el estudio clásico de la minoría gobernante debe romper con la famosa triada Mosca-Pareto-Michels; restringiéndose desde un punto de vista teórico y conceptual, al contraste del binomio Mosca-Pareto. Aunque el trabajo de Michels es novedoso para la época y estudia aspectos propios de la minoría gobernante, su obra sólo reproduce y busca confirmar las ideas de sus contemporáneos en estudios de caso específicos, faltando por tanto un cuerpo teórico-conceptual propio orientado a desarrollar esta corriente de pensamiento.

Por último, atenderemos el prejuicio ideológico que comúnmente vincula las teorías de Mosca y de Pareto como discursos ideológicos en favor del fascismo, proveniente de una mala contextualización de las ideas políticas de finales del siglo XIX y principios del XX en general, y de la realidad italiana de aquellos años en particular.

Cabe recordar que todas las teorías son resultado de un contexto social determinado y los estudios clásicos de la minoría dominante no son la excepción.

⁴⁷ Elaboración propia utilizando las observaciones de José Francisco Puello-Socarrás, "Élites, elitismo, neELITISMO: perspectivas desde una aproximación politológica en el debate actual" en *Espacio Crítico*, No. 2, enero-junio, 2005 pp. 6-7.

Tras el final de la unificación italiana, no existía realmente una burguesía bien diferenciada que sustentara los ideales del *Risorgimento* y su proyecto liberal, manteniéndose firmemente arraigadas las prácticas nobiliarias. Por consiguiente, Mosca y Pareto crecieron presenciando que la realidad de la democracia parlamentaria no concordaba con su seductor ropaje verbal.

Además, el descontento con la democracia de masas era un sentimiento generalizado a principios siglo XX, tanto por los liberales de tinte aristocrático como por los socialistas. En el caso de Mosca y Pareto, hay un fuerte repudio hacia los radicalismos, entendiendo el arribo de las masas y la extensión de derechos políticos como jacobinismo desmesurado, pues consideraban que las masas son presa fácil de la manipulación por parte de los demagogos. A pesar de esta postura, no eran antidemócratas, sino ademócratas, dado que no creían realizable el ideal de la igualdad (social de *status*).

A diferencia de Max Weber y Émile Durkheim, Mosca y Pareto no alcanzaron a comprender los hechos sociales que cambiaban al ritmo del nuevo siglo, rechazando los nuevos ideales de la sociedad de masas mediante la apelación de recuperar los principios liberales instaurados a mitad del siglo XIX. Eran auténticos conservadores, entendido a la manera de Michael Oakeshott.

Ser conservador es preferir lo familiar a lo desconocido, preferir lo experimentado a lo no experimentado, el hecho al misterio, lo efectivo a lo posible, lo limitado a lo ilimitado, lo cercano a lo distante, lo suficiente a lo excesivo, lo conveniente a lo perfecto, la risa presente a la felicidad utópica. [...] los cambios pequeños y lentos le parecerán más tolerables que los grandes y repentinos; tendrá en alta estima cada apariencia de continuidad.⁴⁸

La motivación de fondo para Mosca y Pareto estaba en encontrar los elementos que permitieran construir un Estado fuerte, dirigido por clases medias versadas en el ejercicio del poder en alusión a Maquiavelo y su anhelo por el pasado a través del ejemplo de los grandes gobernantes. En ese sentido, el fascismo se

⁴⁸ Michael Oakeshott, "Qué es ser conservador" en *El racionalismo en la política y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 2000, p. 376.

presentaba ante ellos como una novedad que llegaba después de muchas desilusiones e intentos fallidos por ordenar el sistema político italiano, encarnando la figura de Benito Mussolini aquel líder fuerte con la capacidad para lograrlo.

Mosca apoyó el fascismo en sus primeros años porque veía en su proyecto un medio de destrucción del socialismo ascendente, suponiendo que el régimen de *Il Duce* era un estado de excepción coyuntural que requería emplear el uso de la fuerza. Estaba convencido que una vez derrotado el socialismo, el fascismo también sería superado y se restablecerían las libertades. Empero, al observar que la situación no era así, Mosca se volvió uno de sus detractores, quedando como prueba de ello sus intervenciones en el Senado que apelaban a recuperar el sistema parlamentario⁴⁹ y su firma del “contramanifiesto” propuesto por Benedetto Croce, en respuesta al *Manifiesto de los intelectuales del fascismo* redactado por Giovanni Gentile.

A su vez, Pareto enarbolaba las hazañas de Mussolini en tanto que veía confirmadas sus teorías, pero nunca abrazó el fascismo de lleno, ya que lo consideraba una reacción natural a las perturbaciones causadas por el exceso de residuos del tipo I, por el desarrollo exagerado del humanitarismo y por el debilitamiento de la voluntad burguesa.

A pesar de ello y los altos cargos que el régimen le ofreció pero nunca desempeño, Pareto se mantuvo fiel a su liberalismo moderado, aconsejando al fascismo que debía evitar las aventuras guerreras, la sumisión a la Iglesia, centralizar la administración pública, suprimir la autonomía del Poder Judicial, aplicar impuestos excesivos, suspender la garantía del derecho de huelga y, sobre todo, limitar la libertad de prensa, enseñanza y asociación.⁵⁰ Pero a diferencia de

⁴⁹ Discursos de Mosca dirigidos a Mussolini en las sesiones del 27 de noviembre de 1922 y 19 de diciembre de 1925. Véase un extracto de estos en Ettore A. Albertoni, *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1° edición, 1992, p. 187 y 190.

⁵⁰ Remito a Vilfredo Pareto, “Libertà” in *Gerarchia*, Anno II, No. 2, luglio, 1923, pp. 1059-1063. y “Pochi punti di un futuro ordinamento costituzionale” in *La vita italiana*, Anno VIII, Vol. XXII, settembre-ottobre, 1923, pp. 165-169. Véase además Emanuela Susca, “Recidere il ‘nodo gordiano’: ancora su Vilfredo Pareto e il fascismo” in *Studi Urbinati B. Scienze umane e social*, Anno LXXX, 2010, pp. 69-92.

Mosca, Pareto no alcanzó a vivir lo suficiente para ver el corporativismo, los acuerdos de Letrán, la conquista de Etiopía y el juramento de fidelidad impuesto a los profesores universitarios; hechos que sin duda, lo hubiesen llevado a repudiar el programa de *Il Duce*.

Además, resta decir que los estudios de la minoría dominante no fueron un referente para los mayores ideólogos del fascismo: Giovanni Gentile y Alfredo Rocco. La defensa jurídica de Mosca y el equilibrio social que proponía Pareto, hacían difícil proclamarlos como pilares fundamentales del proyecto totalitario. Si algunos fascistas llegaron a emplear sus postulados, lo hicieron partiendo de una lectura equivocada, sólo con la pretensión de legitimar sus actos.

En síntesis y parafraseando a Raymond Aron, en el campo de la doctrina económica, eran liberales que permitían ciertas intervenciones del Estado en favor del mercado, pero en el plano político, su pensamiento se inclinaba hacia un régimen al mismo tiempo autoritario y moderado.⁵¹ Todos los señalamientos que asocian los estudios de la minoría dominante con la propaganda totalitaria, no son más que prueba de un desconocimiento de los principios del realismo político y su intención originaria en un contexto en concreto.

A continuación se abordará la propuesta de cada autor de manera individual, destacando los conceptos nodales que las componen y la motivación que hubo detrás de cada planteamiento.

II.2 Gaetano Mosca y la doctrina de la clase política

El estudio de las minorías dominantes como categoría analítica dentro de las ciencias sociales, aparece por primera vez con “la doctrina de la clase política”, formulada por Gaetano Mosca en Turín, Italia. Mosca retomó el realismo político de Francesco Guicciardini y en menor medida el de Nicolás Maquiavelo, con la pretensión de desterrar los mitos inmersos en el estudio del poder que impedían, a

⁵¹ Raymond Aron, “Vilfredo Pareto” en *Las etapas del pensamiento sociológico*, tomo II, Buenos Aires, Fausto, 1ª edición, 1996, p. 200.

su juicio, explicar la realidad de la política y hacer que ésta estuviese al nivel de las ciencias naturales.

El empirismo metodológico y el realismo político son los fundamentos en los que sustentó su doctrina, teniendo por método la comparación histórica. Al contrastar los hechos históricos de diferentes épocas y diferentes naciones, Mosca pretendía extraer de su estudio las “tendencias psicológicas constantes que determinan la acción de las masas humanas”⁵², permitiéndole enunciar las “leyes” que explican la grandeza y la decadencia de los Estados. Norberto Bobbio precisaba que

la teoría de la clase política de Mosca fue ciertamente una teoría realista, pero realismo no significa identificar groseramente el poder con la fuerza. Una cosa es afirmar que el poder pertenece siempre a una minoría; otra, extraer la conclusión de que el dominio de la minoría sobre la mayoría se resuelve en una relación de brutal sometimiento.⁵³

Mosca corroboró que la “constante histórica” en la cual podía sustentar su ideal de ciencia política, era el hecho de que cualquier gobierno está regido por una minoría organizada, constituyéndose como la base de lo que él llamaría “la doctrina de la clase política”. Con el objetivo de comprender mejor la esta doctrina, se recupera a continuación la propuesta de Albertoni con respecto a las etapas del pensamiento mosquiano.

⁵² Gaetano Mosca, *La clase política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1° edición, 1984, p. 43. En adelante, las referencias a la máxima obra de Mosca serán tomadas de este extracto realizado por Norberto Bobbio.

⁵³ Norberto Bobbio, “Introducción” en *Ibid.*, p. 22.

Periodo de pensamiento	Años	Obras donde se desarrolla el concepto de “clase política”
1. La sistemática abierta (Formulación)	1879-1895	<i>Sulla teorica dei governi e sul governo parlamentare. Studi storici e sociali.</i>
2. La sistemática científica (Desarrollo)	1896-1922	1ª edición de los <i>Elementi di scienza politica</i>
3. La codificación doctrinaria (Corrección)	1923-1937	2ª y 3ª edición de los <i>Elementi di scienza politica</i> e <i>Storia delle dottrine politiche</i>

Tabla II. Etapas de desarrollo en la doctrina de la clase política.⁵⁴

El concepto de “clase política” se esbozó por primera vez en su obra *Sulla teorica dei governi e sul governo parlamentare. Studi storici e sociali* en el año de 1884, representando la nueva forma en la que debía teorizarse la política mediante la siguiente enunciación.

En todas las sociedades regularmente constituidas en las cuales existe lo que se llama “gobierno”, además de observar que la autoridad de éste se ejerce en el nombre universal del pueblo, o bien de una aristocracia dominante o de un único soberano... encontramos muy frecuentemente otro hecho: que los gobernantes, aquellos que tienen en sus manos los poderes públicos y los ejercen, siempre son una minoría y que debajo de ellos existe una clase numerosa de personas, las cuales, al no participar nunca *realmente* de ningún modo en el gobierno, no hacen más que soportarlo; ésos se pueden llamar los gobernados.⁵⁵

Sobre esta premisa de hecho, Mosca presentó una férrea crítica al parlamentarismo y ofrecía a su vez, un desafío a las clasificaciones de las formas de gobierno escritas por Aristóteles, Polibio y Montesquieu; cuyo desarrollo fue, a sus ojos, producto de formalismos y principios apriorísticos en vez de una observación real de los hechos políticos. Sin importar cómo se autodenominen los gobiernos, él consideraba que el hecho empíricamente observable en todos los casos es la presencia de la dicotomía entre gobernantes y gobernados.

⁵⁴ Albertoni, *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, op. cit., p.81. La elaboración de la tabla es mía.

⁵⁵ Citado en *ibid.*, p. 80

Mosca revisó esta tendencia en las civilizaciones clásicas de Grecia y Roma, así como en toda Europa, desde el medievo hasta la etapa liberal. Creyó tener elementos suficientes para considerar a la clase política una “tendencia constante” en todas las sociedades y, por consiguiente, asignarle la connotación de “ley científica”. Sin embargo, su método histórico es criticable debido a la carencia de evidencias históricas y referencias documentales hacia las comunidades tribales de África, Japón, el mundo árabe y las civilizaciones precolombinas de América; que si bien son necesarias para poder hablar de generalidades, Mosca omitió en su estudio por no considerarlas Estados en forma o bien, por falta de información actualizada.

La doctrina de la clase política está compuesta, además, por el concepto de “fórmula política”, reforzando el de “clase política” en tanto que afirma que ésta

nunca confiesa que manda por la simple razón de que está compuesta de los elementos que son, o han sido hasta aquel momento histórico, los más aptos para gobernar; pero siempre encuentra la justificación de su poder en un principio abstracto, en una fórmula que nosotros llamaremos la fórmula política.⁵⁶

Este conjunto de creencias que otorgan a la clase política legitimidad y, en términos jurídicos, “soberanía para gobernar”; hacen que su poder, cuyo origen es de hecho, se convierta en un poder legítimo de derecho, digno de ser respetado y asumido.⁵⁷ Bajo esa lógica, Mosca ubicaba dos tipos de fórmulas políticas a través del tiempo y las civilizaciones: las fórmulas que se fundamentan en una creencia sobrenatural y las que están fundadas en un principio, al menos en apariencia, racional. Los ejemplos más destacables de estos dos tipos son el derecho divino de gobernar para el primer caso y la voluntad popular para el segundo.⁵⁸

El cometido de Mosca era, por tanto, crear una ciencia política que sobrepasara la cortina de las “fórmulas políticas” y rompiera la costra de las

⁵⁶ Citado en *ibid.*, p. 102.

⁵⁷ Nótese que la fórmula política de Mosca tiene una conexión estrecha con el concepto de “ideología” de Marx, aunque también es muy parecida a lo que estudiaron años más tarde Pareto y Weber, bajo el nombre de “derivaciones” en el primero y “tipos de legitimidad” en el segundo.

⁵⁸ Véase Albertoni, *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, *op. cit.*, p. 102.

instituciones, demostrando lo que hay detrás del ejercicio del poder para instruir a la futura clase política proveniente de la burguesía. Sólo entonces se podría configurar un Estado liberal sólido con la capacidad de poder integrar en el plano de lo social, económico y político; todos los valores que su sociedad manifestara.

Posterior a la juvenil y ferviente crítica política elaborada por Mosca en la *Teorica*, procede una etapa de maduración en el pensamiento del siciliano, la cual reconfiguró algunos aspectos de su doctrina. Esto se debe en buena medida a que en 1887, Mosca amplió sus horizontes metodológicos y políticos al ganar el concurso para ser revisor de los discursos parlamentarios en la Cámara de Diputados, llevándolo a vivir en Roma y ejercer el cargo hasta 1897.⁵⁹

Con este cúmulo de vivencias y conocimiento, publicó la primera edición de los *Elementi di scienza politica* en 1896, considerada por sus investigadores como “su trabajo mayor” y su “testamento científico”⁶⁰ en tanto que contaba con un sentido mucho más claro de la retrospectiva teórica e histórica. En esta obra que da paso a la segunda etapa de su pensamiento, la crítica del siciliano se enfocó en destacar los errores del igualitarismo formulado por Rousseau, el cual consideraba una “metafísica democrática” radical sin fundamento empírico.

No menos agresiva fue su postura con respecto a los herederos del igualitarismo en su versión socialista, pues a su parecer atentaban contra los dos principios de la política que más valoraba: el orden y la libertad. Sin embargo, es muy significativa la aclaración que hizo James H. Meisel respecto a que Mosca no conocía bien el marxismo que atacaba fervientemente, pues su acercamiento a esta corriente de pensamiento fue, en buena medida, a través de periodistas y

⁵⁹ Este suceso es digno de ser destacado por el hecho de que Mosca pudo ampliar sus nociones de la política práctica, siendo el Parlamento italiano el observatorio idóneo para extraer, de primera mano, el comportamiento de las instituciones y los líderes políticos en su terreno natural.

⁶⁰ Véase Boobio, *op. cit.*, p. 7. y Ferruccio Pergolesi, “Appunti sulla scienza politica di Gaetano Mosca” in *Bolletino dell’Istituto Luigi Sturzo*, Anno 2, No. 3, luglio-settembre, 1957, p. 219.

agitadores socialdemócratas que no representaban la verdadera complejidad que suponía la obra del erudito alemán.⁶¹

En los *Elementi*, Mosca dedicó el segundo capítulo completo a tratar la cuestión de la “clase política”, ofreciendo una definición más rigurosa al concepto que delineó en la *Teorica*, enunciándola de la siguiente manera:

Entre las tendencias y los hechos constantes que se encuentran en todos los organismos políticos, aparece uno cuya evidencia se le impone fácilmente a todo observador: en todas las sociedades, empezando por las medianamente desarrolladas, que apenas han llegado a los preámbulos de la civilización, hasta las más cultas y fuertes, existen dos clases de personas: la de los gobernantes y la de los gobernados. La primera, que es siempre la menos numerosa, desempeña todas las funciones políticas, monopoliza el poder y disfruta de las ventajas que van unidas a él. En tanto, la segunda, más numerosa, es dirigida y regulada por la primera de una manera más o menos legal, o bien de un modo más o menos arbitrario y violento, y a ella le suministra, cuando menos aparentemente, los medios materiales de subsistencia y los indispensables para la vitalidad del organismo político.⁶²

Para recalcar el papel fundamental que ha tenido esta minoría organizada en la historia y demostrar la continuidad inamovible de su hallazgo, Mosca trascendió los estudios formalistas del poder. Señaló que si bien existe un líder formalmente constituido al frente de todos los Estados, siempre hay a su alrededor un grupo reducido de personas que tienen un poder efectivo en el gobierno, impidiéndole al líder ponerse en su contra debido a que requiere de su apoyo para ejercer mandato. Además, Mosca advertía que

[...] si tal cosa fuese posible, se constituiría rápidamente otra clase, sin que su acción quedara completamente anulada. Y por otra parte, aun admitiendo que el descontento de las masas llegara a destronar a la clase dirigente, aparecería necesariamente en el seno de la masa misma [...] otra minoría organizada que

⁶¹ Remito a James H. Meisel, *El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la “élite”*, Buenos Aires, Amorrortu, 1° edición, 1975, p. 271.

⁶² Mosca, *op cit.*, p. 106.

pasaría a desempeñar el oficio de dicha clase. De otro modo, toda organización y toda estructura social sería destruida.⁶³

Mosca no se contentaba con la enunciación de la tendencia histórica que ya había presentado en la *Teorica*. En los *Elementi* fue más allá, empeñándose en explicar las características que componen a la clase política mediante la profundización del modo en que se organiza y las cualidades que la diferencian de la mayoría. Por ello, asumía que el aspecto que permite la polarización entre gobernantes y gobernados, reside en la característica de la “organización”. Las minorías están organizadas por su condición de minoría y, por consiguiente, a las mayorías les es “contra natura” estar organizadas debido a que son muchedumbre o masa.

Pero además de la enorme ventaja que proviene de la organización, las minorías gobernantes están constituidas por lo común de una manera tal, que los individuos que las componen se distinguen de la masa de los gobernados por ciertas cualidades que les otorgan cierta superioridad material e intelectual, y hasta moral; o bien son los herederos de los que poseían estas cualidades. En otras palabras, deben poseer algún requisito, verdadero o aparente, que sea altamente apreciado y se valore mucho en la sociedad donde viven.⁶⁴

Partiendo de sus observaciones en diferentes sociedades y épocas, Mosca reconoció 4 cualidades recurrentes en las distintas clases políticas, las cuales se sintetizan a continuación.

⁶³ *Ibid.*, p. 107-108.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 110.

Cualidad valorada	Sector de la sociedad que compone la clase dirigente
Valor militar	Militares
Riqueza	Ricos (nobles o burgueses)
Creencias religiosas	Sacerdotes
Conocimiento	Profesionales en un determinado campo de estudio. (Los intelectuales) ⁶⁵

Tabla III. Cualidades que han poseído los miembros de la clase política a lo largo de la historia

De esta manera, concluía su argumento afirmando que “las clases políticas declinan inexorablemente cuando ya no pueden ejercer las cualidades mediante las que llegaron al poder, o cuando no pueden prestar más el servicio social que prestaban, o cuando sus cualidades y los servicios que prestaban pierden importancia en el ambiente social donde viven”⁶⁶ No obstante, Mosca también advertía que la pérdida del poder político y su consecuente renovación podía provenir por influencia del extranjero, ya sea por dominación, descubrimientos científicos o adopción de nuevos ideales políticos en detrimento de los antiguos.

Mosca fue siempre un ferviente crítico del criterio monista de la historia, asentándolo a detalle en el capítulo I de los *Elementi*. Nunca aceptó la idea de que los miembros que componen la clase política estuviesen destinados a gobernar por derecho divino, aspecto racial o cuestiones climatológicas, aun cuando estas “teorías” estuvieron muy de moda a finales de siglo. De acuerdo con su investigación, lo que determina que unas personas gobiernen y otras sean gobernadas, son las cualidades valoradas antes mencionadas junto a la base jurídica y moral en la que se apoya la clase política, o sea, la “fórmula política”.

⁶⁵ Mosca señalaba que esta última no se ha constatado en la historia y lo más cercano que se ha tenido son grupos de personas que poseen conocimientos técnicos útiles para los miembros que componen la clase política. Por ello, la ciencia política que tenía en mente debía llevar a este sector social a conformar la nueva clase política que él idealizaba.

⁶⁶ Mosca, *op. cit.*, 126.

Sin embargo, Mosca reconocía en esta versión que en las diferentes clases políticas existen predominantemente las castas hereditarias. Esto es, que la clase política está restringida a un cierto número de familias y, en consecuencia, el lugar donde se nace es un criterio influyente para ser aceptado o rechazado dentro de la minoría. Partiendo de este hecho, Mosca dedujo dos conjeturas al respecto: 1) todas las clases políticas tienen la tendencia a volverse hereditarias, sino de derecho, al menos de hecho; y 2) cuando vemos establecida en un país una casta hereditaria que monopoliza el poder político, se puede estar seguro de que tal estado de derecho ha sido precedido por un estado de hecho. Por tal motivo

se puede decir que toda la historia de la humanidad civilizada se resume en la lucha entre la tendencia que tiene los elementos dominantes a monopolizar en forma estable las fuerzas políticas y a transmitirle su posesión a sus hijos en forma hereditaria; y la tendencia no menos fuerte hacia el relevo y cambio de estas fuerzas y la afirmación de fuerzas nuevas, lo que produce un continuo trabajo de endósmosis y exósmosis entre la clase alta y algunas facciones de las bajas.⁶⁷

Finalmente, para concluir la nueva versión de la doctrina de la clase política, Mosca acuñó el concepto de “la defensa jurídica”, el cual hay que decir, es bastante contradictorio por el hecho de añadir un elemento ético a la relación entre gobernantes y gobernados. Mosca entiende por defensa jurídica

[...] el conjunto de sentimientos merced a los cuales la natural propensión que tenemos los individuos humanos a desplegar nuestras facultades y actividades, a satisfacer nuestros apetitos y nuestra voluntad, a comandar y a disfrutar, se ve limitada por la compasión natural frente al daño y a al desagrado que podrían experimentar otros como consecuencia de nuestras acciones.⁶⁸

La paradoja de este concepto se encuentra en su carga moral, enfrentada al realismo que había sustentado a lo largo de la doctrina. En un inicio afirmaba que al observar las constantes históricas en la lucha por el poder político, resulta más útil la ambición, la insensibilidad, la mentira y la fortuna para su ejercicio. Sin

⁶⁷ *Ibid.*, p. 126. En términos generales, este es el proceso de renovación de la clase política en su forma cerrada o abierta.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 173.

embargo, dado que son precisamente estos rasgos los que caracterizan a las clases políticas en todas las civilizaciones y no los ideales morales de la buena conducta; Mosca se vio en la necesidad de recurrir al concepto de “la defensa jurídica”, cuyo sustento se encuentra en el fundamento de la libertad liberal.

De esta forma, “la defensa jurídica” tendría el rol de mantener el sentido moral en la sociedad, evitando que ésta agonice ante los engaños y fraudes propios de la clase política. Su introducción sólo puede explicarse mediante la convicción que tenía Mosca en la libertad liberal y su formación académica dentro del Derecho, dado que la enseñanza moral de “ama a tu prójimo como a ti mismo” o “no hagas a otro lo que no quieres para ti”; era insuficiente para la concepción pesimista que tenía sobre la humanidad.

Sólo a través del imperio de la ley, cuyo sometimiento involucrara tanto a gobernantes como gobernados, es como veía realizable “la defensa jurídica” y por consiguiente la primacía de la libertad que tanto le preocupaba.

Ahora bien, la pregunta queda en pie: si la clase política en cuanto clase dominante es la dueña del aparato coercitivo del Estado, ¿en virtud de qué razones hay que pensar que pueda someterse a él? Como sostiene Delle Piane, toda idea de control y la sumisión del gobernante no pasa de ser, desde sus premisas, un buen deseo, una nota moralista, pero sin efectividad alguna.⁶⁹

La introducción de este concepto representa un quiebre fundamental con la coherencia de su línea argumentativa que no debe pasarse por alto y que Pedro de Vega destacó acertadamente.

Se produce así una contradicción notable en su pensamiento: la clase política, producto de una ley científico histórica, según la cual, su dominio es inexorable en cualquier clase de sociedad resulta ahora, en alguna de ellas, sometida a controles sociales que, en definitiva, expresan la voluntad de las mayorías, esto es, el sentido moral general. La disyuntiva es evidente: o Mosca cree en la ciencia, en

⁶⁹ Pedro de Vega García, “Gaetano Mosca y el problema de la responsabilidad social del intelectual” en *Estudios político constitucionales*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1° edición, 1980, p.87.

cuyo caso se vería obligado a rechazar por moralismo utópico su concepto de defensa jurídica, o Mosca cree en la historia, diferenciadora de regímenes, con buenos o malos gobiernos (según prevalezca o no la voluntad de la ley), en cuyo caso tendría que abandonar sus supuestos metodológicos y conclusiones científicas. Su falta de pronunciamiento en uno u otro sentido es quien hace a la postre de él un liberal problemático y un científico confuso.⁷⁰

Los clásicos del liberalismo resolvieron este desafío mediante la coexistencia de la libertad y la participación democrática, a través de su representación en los parlamentos. En cambio, para Mosca no fue posible sustentar la defensa jurídica dentro de su doctrina, puesto que emprende una dura crítica contra el parlamentarismo y la democracia. En ese sentido, la crítica que elaboró Antonio Gramsci desde el marxismo hacia su doctrina es válida, juzgando que

la cuestión de la clase política, tal como es presentada en las obras de Gaetano Mosca, se ha convertido en un rompecabezas. No se entiende con exactitud qué entiende precisamente Mosca por clase política, a tal punto la noción es elástica y ondulante. A veces parece que por clase política entiende la clase media, otras veces el conjunto de las clases propietarias, otras veces aquello que llama la “parte culta” de la sociedad o el personal político (clase parlamentaria) del Estado: a veces parece que la burocracia, incluso en su estrato superior, esté excluida de la clase política en cuanto que debe ser controlada y guiada por la clase política.⁷¹

De esta forma, la nueva formulación de la doctrina de la clase política comienza a alejarse poco a poco del planteamiento radical que presentó el joven Mosca en su *Teórica*, concediendo tintes moderados en algunos de sus rasgos fundamentales para traducirse en imprecisión conceptual. Donde más se puede apreciar este aspecto es en su postura a favor de los gobiernos mixtos, pero no de la manera formal en la que lo entendía el barón de Montesquieu, sino en una postura de

⁷⁰ *Ibid.*, p. 88

⁷¹ Antonio Gramsci, “Cuaderno 13 (XXX). 1932-1934. Notas breves sobre la política de Maquiavelo” en *Cuadernos de la cárcel*, tomo 5, México, Ediciones Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1° edición, 1999, p. 21.

hecho, donde la presencia efectiva de las fuerzas sociales contrapuestas sea una realidad, todo esto bajo el marco de “la defensa jurídica”.⁷²

En los años sucesivos, Mosca participó en los periódicos más importantes de Italia y ejerció la docencia en la universidad comercial “Luigi Bocconi” de Milán, donde pudo formar a la naciente burguesía que dirigiría Italia. Se retroalimentó intelectualmente con su alumno Robert Michels en Turín y mantuvo una dura polémica con Vilfredo Pareto en 1907⁷³; hasta que finalmente, inauguró la historia de las doctrinas políticas como nueva disciplina en la Facultad de Jurisprudencia de Roma, consolidándose como pionero en la separación de la ciencia política y el derecho constitucional.

Estos saberes se complementaron con el ejercicio efectivo del poder, pues a partir de 1909 y hasta 1926, participó en la arena política como diputado dos veces, fue ministro de las colonias en el gobierno de Antonio Salandra por dos años y finalmente fue llamado a formar parte del Senado del Reino.

A la luz de todos estos antecedentes, en 1923 apareció la segunda edición de los *Elementi di scienza politica*. En ella adicionaba una segunda parte totalmente nueva, dando paso a la tercera etapa de la doctrina de la clase política. En el primer capítulo de esta nueva adición, Mosca comenzó elaborando una reconstrucción de su propia doctrina dentro de la historia de las ideas políticas, ofreciendo una definición nueva de su concepto central.

LA DOCTRINA que afirma que, en todas las sociedades humanas llegadas a cierto grado de desarrollo y de cultura, la dirección política en el sentido más amplio de la expresión, que comprende por lo tanto la administrativa, la militar, la religiosa, la

⁷² Mosca apenas acarició la síntesis que plantearían décadas más tarde los teóricos de la posguerra como solución al problema de la minoría dominante. Sin embargo, su concepción de la democracia entendida como igualitarismo social y su falta de comprensión con respecto a los cambios sociales que arribaron con la llegada del nuevo siglo, le impidieron desarrollar esta concepción a fondo.

⁷³ Para una revisión más completa de su relación con estos teóricos, remito a Meisel, “8. El rival y el discípulo” en *op. cit.*, pp. 161-178.; Dino Fiorot, “Las élites políticas en Vilfredo Pareto” en Pérez Miranda, Rafael y Ettore A. Albertoni (comp.), *Clase política y elites políticas*, México, Plaza y Valdez-UAM, 1° edición, 1987, pp. 91-112 y Renzo Sereno, “Note on Gaetano Mosca” in *The American Political Science Review*, Vol. 46, No. 2, June, 1952, pp.603-605.

económica y la moral, es ejercida constantemente por una clase especial, o sea por una minoría organizada, es más antigua de lo que comúnmente se cree, aun por aquellos que la propugnan.⁷⁴

En este sentido, el concepto adquiere una connotación y un fin totalmente nuevos al flexibilizarse, atendiendo un campo social mucho más amplio que el estrictamente político.⁷⁵ Debemos en buena medida al discípulo de Mosca, Guido Dorso, y al trabajo de Giovanni Sartori, su contribución al esclarecimiento de esta transformación conceptual, señalando que “[...] por *clase dirigente* se entienden todas las minorías dirigentes, políticas, económicas, sociales, religiosas, intelectuales, tecnológicas, militares, burocráticas, etc. *Clase política* es un subgénero de la clase dirigente, parte de la clase dirigente que se encarga del ejercicio del poder”⁷⁶ A su vez, Albertoni agrega que

aquella rigidez conceptual que ponía como característica de la *Teorica* la *clase política* entendida como sinónimo de “gobierno” y como característica de la primera edición de los *Elementi*, la *clase política*, entendida como sinónimo de “poder”, se transforma en el concepto más dúctil de *clase dirigente*; o sea aquel conjunto efectivo de las fuerzas que dirigen la sociedad en todos sus estratos.⁷⁷

Dejando explícita su nueva concepción de la clase política, Mosca aceptó que su doctrina encontraba sus antecedentes primigenios en la obra de Claude-Henri de Saint-Simon hace más de 100 años, pasando por Auguste Comte, Hippolyte Taine y Ludwik Gumplowicz. Además, presumía que a partir de la publicación de sus *Elementi*, sus contemporáneos se vieron motivados a investigar la cuestión de las minorías, reconociendo así a célebres estudiosos como Otto Ammon, Iakov A. Novikov, Giuseppe Rensi, Vilfredo Pareto y Robert Michels.

⁷⁴ Mosca, *op. cit.*, p. 221.

⁷⁵ Esta precisión conceptual puede atribuirse a que Mosca buscó dotar a su concepto de mayor contenido frente al reto que implicaba el concepto más abarcador de “élite” acuñado por Pareto.

⁷⁶ Giovanni Sartori, “Dove va il Parlamento?” citado en Albertoni, *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, *op. cit.*, p. 89 y Guido Dorso, *Dittatura, classe politica e classe dirigente*, citado en Meisel, *op. cit.*, p. 127.

⁷⁷ Albertoni, *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, *op. cit.*, p. 196.

Con este recuento, Mosca pretendió señalar la importancia que había adquirido el tema dentro de los círculos intelectuales, pero enseguida advertía las causas por las cuales su doctrina no se convirtió en un enfoque dominante dentro de las ciencias sociales. Como causa extrínseca, Mosca atribuyó a las instituciones vigentes europeas la responsabilidad, dado que su sustento ideológico se encontraba en ideas enunciadas por Rousseau y Montesquieu, haciendo ver a la doctrina de la clase política como antítesis del parlamentarismo y la democracia.

Agréguese que una concepción nueva, en política o en religión, no puede alcanzar mucha eficacia práctica hasta que no agota toda su fuerza de expansión la que la ha precedido en la mentalidad humana, o mejor todavía, hasta que no ha cumplido el programa histórico para el que nació y se difundió con mayor o menor rapidez.⁷⁸

Por otra parte, la causa intrínseca que Mosca ubicó en su doctrina era la carencia de aportaciones novedosas a la disciplina, pues el hacer notar la existencia de una minoría dirigente en todas las civilizaciones, no contribuye un conocimiento nuevo.

Atribuirle a una clase dirigente todo el mérito de la prosperidad de una sociedad, o la responsabilidad de su disolución política, sirve de poco cuando no se conocen los diversos tipos según los que se forman y organizan las clases políticas, porque es precisamente en esta variedad donde es preciso buscar el secreto de su fuerza o de su debilidad.⁷⁹

Dado que la presencia de una minoría organizada en todas las civilizaciones se daba por hecho, la doctrina de la clase política en particular y la ciencia política en general, tenían como nuevo reto estudiar y comprobar que no todas las minorías son del mismo tipo. Para lograrlo, Mosca hacía un llamado a los estudiosos para que recurrieran al conocimiento que ofrece la historia, la estadística y la economía, pues confiaba en que estas ciencias hermanas podrían proporcionar a la endeble ciencia política las herramientas para llevar a cabo su cometido.

⁷⁸ Mosca, *op. cit.*, p. 228.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 230.

En congruencia con este exhorto, Mosca se concentró en los capítulos subsecuentes de la segunda parte de los *Elementi* a describir la forma en la que se formaron y organizaron las civilizaciones a lo largo de la historia. Su análisis mantuvo los mismos prejuicios y errores metodológicos que presentó en la primera edición, los cuales ya se han mencionado con anterioridad. No obstante, es importante rescatar la tipología que formuló en el capítulo cuatro, pues una vez más derivó de la historia los principios y las tendencias en la formación y organización de la clase dirigente, sintetizándolos de la siguiente manera.

Principio	Características
Autocrático	El poder se transmite de arriba hacia abajo El gobernante no tiene límites
Liberal	El poder se transmite de abajo hacia arriba El representante tiene límites a través de leyes y estatutos

Tabla IV. Principios en la organización de la clase dirigente.

Tendencia	Características
Aristocrática (Herencia)	Clausura y cristalización
Democrática (Elección)	Apertura y renovación

Tabla V. Tendencias en la formación de la clase dirigente.

Principio	Autocrático	Liberal
Tendencia		
Aristocrática	Aristocrático-autocrático	Aristocrático-liberal
Democrática	Democrático-autocrático	Democrático-liberal

Tabla VI. Clasificación de las formas de gobierno a partir de sus clases dirigentes, de acuerdo con Mosca.

A partir de estas tipologías y retomando las consideraciones de Platón, Aristóteles, Polibio, Cicerón, Santo Tomás y Montesquieu con respecto a las formas de gobierno, Mosca concluirá al igual que todos ellos que la mejor forma de gobierno

es el mixto, donde los principios y las tendencias se fusionan para operar de manera atemperada. Por consiguiente, Mosca sugería que la manera de encontrar ese “justo medio” que evite la decadencia de las civilizaciones es mediante la observación de las “condiciones atmosféricas” reinantes en las épocas y pueblos, favoreciendo el principio que se encuentre ausente hasta alcanzar el equilibrio.

A pesar de haber criticado durante años al régimen parlamentario del siglo XIX, el fascismo hizo que Mosca cambiara su percepción en torno a este régimen. Lo consideraba lo más parecido en la historia de la humanidad al gobierno mixto que buscaba, palpable en los hechos y no en la mente de los regímenes que se deberían tener. Por ello, aun con las fallas que este modelo representaba, creyó que era la mejor apuesta en tanto que era el menor de los males posibles.

Ante todo, cabe notar que en esos gobiernos tuvo lugar una expansión extraordinaria no de una o de unas pocas fuerzas sociales, sino de una gran variedad de ellas, sin que ninguna de esas fuerzas llegara a predominar exclusivamente sobre las demás. Florecieron el comercio, las artes, la educación, la ciencia, la tecnología. Por lo tanto, el juicio que Mosca formula sobre esos gobiernos se deriva de sus principios generales; no elogia al gobierno parlamentario porque en sí mismo sea bueno, sino porque, dentro de las circunstancias específicas que imperaban en el siglo XIX, la civilización y la defensa jurídica alcanzaron un nivel relativamente alto.⁸⁰

En el tenor de estas concepciones mucho más moderadas pero no por ello menos conservadoras, Mosca señalaba que la historia se concentra por lo regular en destacar las proezas de los dirigentes y ocasionalmente las de la masa, pero raramente hacía justicia al talento potencial que proviene de los estratos medios.

Esta consideración lo llevó a reconocer un protagonismo histórico en las clases medias, ligadas directamente al éxito de la clase dirigente por vía de la renovación. En ese sentido, su rígida dicotomía entre gobernantes y gobernados se flexibilizó y, contrario a lo que muchos prejuicios advierten de este pensador,

⁸⁰ Burnham, James, *Los maquiavelistas. Defensores de la libertad*, Buenos Aires, Emecé, 2ª edición, 1953, p. 118-119.

las clases medias asumieron en su doctrina un rol trascendental para la conformación de la minoría dominante.

Y cuando se haga esta demostración resultará evidente que la obra de los jefes supremos de los Estados ha podido dejar huellas duraderas sólo cuando ha sabido tomar la iniciativa de una reforma oportuna de las clases dirigentes, y que el mérito principal de las clases populares ha consistido siempre en su capacidad congénita de extraer de su entraña nuevos elementos idóneos para conducirlos.⁸¹

Finalmente, dentro de esta tercera etapa aparece en 1939 la tercera edición de los *Elementi*, donde Mosca sólo hace algunas notas y observaciones a su doctrina, sin representar mayores cambios. La última versión que el siciliano presentó de su doctrina de la clase política, se encuentra publicada en el último capítulo de *Storia delle dottrine politiche*, publicada en 1937. En dicha obra, Mosca realizó un resumen de su doctrina a lo largo de los años, agregando una interesante conclusión final que evidencia, de manera clara, su preferencia por el liberalismo y sus implicaciones morales frente al realismo político esbozado en su juventud.

Una vez más reafirmaba su convicción sobre el gobierno mixto insertándolo en el marco de la defensa jurídica, agregando además una condición nueva que bien podía intuirse desde la primera edición de los *Elementi*.

Pero para que un régimen semejante pueda durar, precisa un complejo de circunstancias que no puede crear de improviso la sabiduría de ningún legislador; pues es necesaria aquella multiplicidad y aquel equilibrio de fuerzas dirigentes que sólo una civilización muy avanzada puede producir; es decir, que el poder religioso esté separado del político; que la dirección económica no esté captada enteramente por los regidores del Estado; que las armas no estén exclusivamente en manos de una fracción de la sociedad separada y distinta de las demás, y *que la cultura y la preparación técnica sean uno de los requisitos que abran el camino a la clase dirigente.*⁸²

⁸¹ Mosca, *op. cit.*, p. 231-232.

⁸² Gaetano Mosca, "XL. La teoría de la clase política" en *Historia de las doctrinas políticas*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1ª edición, 1941, pp. 266-267. Las cursivas son mías.

Con la inclusión de este último sector en la conformación de la clase dirigente, Mosca depositaba su último aliento de fe en “los más aptos” como verdaderos estandartes de la razón y el progreso. Los consideraba los defensores de la moralidad social que tanto le preocupaba en su vejez, añadiendo además:

Y todo esto no basta; pues es necesario también que una educación lentamente formada y una larga experiencia hayan conseguido encontrar en los medios prácticos de frenar los instintos violentos y malvados que a menudo acompañan al espíritu de dominio; instintos que tantas veces han reaparecido durante las grandes crisis políticas que un largo período de orden y de paz social había hecho creer a los observadores superficiales que ya se habían extinguido.⁸³

Vale la pena recuperar la interpretación que hizo James Burnham con respecto a la versión final de la doctrina mosquiana, destacando el hecho de reconocer que “en la vida real, sólo el poder puede ejercer control sobre el poder. La defensa jurídica sólo puede estar segura cuando están en acción distintas tendencias y fuerzas que se oponen y restringen mutuamente.”⁸⁴

Bajo esta convicción, Mosca se adscribió hasta el final de sus días en las filas de los moralistas y dejó atrás su visión conflictiva de la política. Su apuesta final por estudiar a las minorías dominantes poniendo atención en los detalles particulares y el ideal de poner los conocimientos de la ciencia política en favor de la conformación de un gobierno mixto y equilibrado, es el gran legado para la disciplina y las futuras investigaciones en torno a las élites, quedando hoy en día viva la esencia del trabajo iniciado en 1884.

II.3 La teoría del equilibrio social en Vilfredo Pareto

La obra de Vilfredo Pareto es, sin duda alguna, todo un referente para el estudio moderno de la minoría dominante, teniendo repercusiones directas todavía más en el campo de la economía y la sociología que propiamente en la ciencia política. Dieciséis años después de que Mosca esbozara por primera vez su doctrina,

⁸³ *Ibid.*, p. 267.

⁸⁴ Burnham, *op. cit.*, p. 116.

Pareto elaboró su famosa “teoría de la circulación de las élites”, la cual más que ser propiamente una teoría, es un medio o requisito inserto en su teoría del equilibrio social.

Utilizando el realismo político junto al método lógico-experimental para guiar sus investigaciones, intentó que los estudios de los procesos sociales se vieran libres de las múltiples derivaciones (ideologías) que impedían la conformación de un estudio social científico. Siempre advirtió que su intención era hallar objetivamente la verdad, explicando las causas de los hechos observables que permitieran enunciar las grandes “leyes” que rigen a la humanidad.

María Luz Morán ha señalado de forma acertada que la obra de Pareto está influida directamente por su biografía, pues buena parte de su motivación y desarrollo está ligada al hecho de haber sido rechazado por tres aristocracias distintas: “la de signo feudal o aristocrático que le correspondía por nacimiento, la del industrialismo burgués por el fracaso de sus intentos reformadores en el momento en que ejercía como ingeniero de ferrocarriles en la ciudad de Florencia y, finalmente, la de la aristocracia universitaria.”⁸⁵

Fiel al legado político que ejercieron sus antepasados, Pareto buscó incursionar en la política italiana bajo la influencia de los “moderados” toscanos, optando por abanderar una política económica de carácter liberal; aspecto que rara vez se veía en comparación con las propuestas de reforma constitucional que comúnmente defendían los políticos de la época.

Al igual que Mosca, estaba preocupado por la debilidad del sistema político italiano y su burguesía decadente, descalificando al gobierno de incompetente y corrupto. Sus críticas al régimen comercial y a las condiciones de la circulación monetaria y fiduciaria italiana, lo acercaron a las teorías de la economía política, especialmente a aquellas que abordaban el concepto de “utilidad”.

⁸⁵ María Luz Morán, “Capítulo III. La teoría de las élites” en Vallespín, Fernando (ed.), *Historia de la teoría política*, 5. *Rechazo y desconfianza en el proyecto ilustrado*, Madrid, Alianza Editorial, 1ª edición, 1993, p. 141.

Dentro de esta línea, impulsó un programa de libre cambio en contra de las subvenciones del Estado y las tarifas proteccionistas del gobierno de Agostino Depretis, el cual, consideró esta acción un ataque a su gobierno y tomó represalias contra Pareto, prohibiéndole algunas de sus conferencias y bloqueándolo profesionalmente en la vida pública. Pareto fue postulado al Parlamento en 1880 para ocupar un puesto de elección popular en la circunscripción de Monteverchi, Arezzo y en 1882 por el distrito de Pistoia, en la región Toscana, pero resultó derrotado en ambas elecciones.

Dichos acontecimientos hicieron que Pareto se decepcionara de la vida política, convencido de que no había cabida para su proyecto en un gobierno tan influyente e intervencionista como el de Depretis. Es por ello que consideró hasta el final de sus días al parlamentarismo como la causa de los males de Italia, pues era equivalente al “estatismo”, que en términos económicos se traducía en “proteccionismo”.

Decidido a refugiarse en su villa cerca de Florencia, conoció casualmente en 1890 a Maffeo Pantaleoni, principal economista italiano de la época. Él le comentó a Pareto sobre la obra del prestigioso economista de la Universidad de Lausana, Léon Walras, y la posibilidad de sucederlo en su cátedra de economía pura. Pareto viajó a Suiza el año siguiente y conoció en persona a Walras, quien tuvo una buena impresión de él y por recomendación de Pantaleoni, decidió convertirlo en 1892 en su sucesor sin que el gobierno italiano estuviese enterado.

Pareto estableció su domicilio en una villa en Céligny, cerca de Lausana. Dejó atrás sus folletos y escritos menores sobre cuestiones de economía política para dedicarse de lleno a escribir una teoría económica propia, evitando tratar cuestiones de la política italiana desde la caída del gobierno de Francesco Crispi en 1898 hasta el ascenso de Mussolini en 1922.

Es así que en 1896, apareció en dos volúmenes su *Cours d'économie politique*, obra de gran importancia por la construcción de su curva de distribución del ingreso, cuyas aportaciones metodológicas sirvieron para su transición al

campo de la sociología: “es el descubrimiento de la dependencia mutua de los fenómenos económicos y de los fenómenos sociales, de su interdependencia recíproca dentro del marco de un sistema donde las relaciones entre el todo y las partes producen los efectos que hoy definimos como estructurales”.⁸⁶

De esta manera, Pareto encontraba el equilibrio económico bajo la forma de un sistema de ecuaciones simultáneas⁸⁷, pero todavía tenía que descubrir cómo alcanzar el equilibrio social. Para lograrlo, se enfocó en la distribución de los ingresos, demostrando que la estratificación resultante de la distribución de la riqueza en una sociedad es prácticamente invariable en todas las épocas. Con el fin de afianzar su demostración, Pareto emprendió un estudio de los postulados socialistas, asegurando que “una distribución diferente de la riqueza no resolvería los problemas generales de la actual reestratificación social, tampoco su mejoría para las condiciones de la movilidad entre la clase y los estratos sociales”.⁸⁸

Pareto le reconocía a Marx que la lucha de clases es un hecho fundamental para el curso de la historia, pero consideraba un error creer que esta lucha estuviese determinada exclusivamente por la economía. A su parecer, esta era sólo una forma de lucha de clases en un momento concreto donde se enfrentaban el capital y el trabajo; equiparable de igual manera a las luchas religiosas o militares que poseen la misma relevancia. En consecuencia, pensar que al desaparecer la lucha de clases en su variante económica se terminará el conflicto de clases en general, es un error, pues este tipo de lucha será sustituida por otra y el conflicto permanecerá.

En ese sentido, la sociología paretiana nace como una ampliación de su teoría económica, pues ésta última, al estar construida por diseños lógico-matemáticos, no le permitía analizar el comportamiento no lógico. Su objetivo era demostrar la objetividad a partir de los hechos empíricos, construyendo un

⁸⁶ Giovanni Busino, “Vilfredo Pareto a través de su correspondencia” en *Acta Sociológica*, Nueva Época, Núm. 44, mayo-agosto, 2005, p.155.

⁸⁷ Unas se refieren al promedio individual entre los ingresos y los gastos y otras a la actividad de los empresarios que transforman el ahorro en capital, productos y bienes monetarios, etc.

⁸⁸ Busino, *op. cit.*, p. 155. A diferencia de Mosca, Pareto sí conocía a profundidad los postulados marxistas de primera mano, al punto de haber elaborado en 1893 una introducción a *El Capital*.

conocimiento científico de conductas no científicas. Por lo tanto, la teoría del equilibrio social era una forma de acercarse a la compleja realidad social mediante aproximaciones sucesivas.

Partiendo de estas conclusiones, Pareto emprendió la compleja y laboriosa búsqueda de una teoría del sistema social, introduciendo en ella la hipótesis de trabajo que lo haría famoso: “la circulación de las élites”. Analizando los hechos respaldados en la historia como base del conocimiento teórico, adoptó sin muchos problemas la perspectiva del realismo político, pues repudiaba la pretendida pureza del formalismo jurídico que pregonaba el liberalismo de fin de siglo.

En 1900 realizó una primera insinuación de la circulación de las élites desde la perspectiva sociológica, en un breve artículo titulado *Un'applicazione di teorie sociologiche*, señalando que

los pueblos, salvo breves intervalos de tiempo, son siempre gobernados por una aristocracia, entendiendo este término en el sentido etimológico y queriendo significar los más fuertes, enérgicos y capaces, tanto en el bien como en el mal. Pero para una ley fisiológica del momento cúspide, las aristocracias no duran, de ahí la historia humana es la historia de la alternancia de esas aristocracias; mientras una gente sube y la otra cae. Tal es el fenómeno real, aunque a menudo nos parezca de otra forma.⁸⁹

Sin embargo, el esbozo propiamente dicho se encuentra en su obra *Les systèmes socialistes*, publicada en dos volúmenes en el año de 1902. En ella, Pareto cuestionó los principios del iluminismo, del humanismo, del liberalismo que defendió durante muchos años y, por supuesto, del socialismo en boga. Retomando la idea de Ammon en cuanto a que las aristocracias no duran y tienden a desaparecer, desterró la idea de la permanencia en la élite por un linaje racial o que este hecho sólo sucede cuando una élite ascendente elimina a la élite gobernante mediante un acto bélico.

⁸⁹ Vilfredo Pareto, “Un'applicazione di teorie sociologiche” in *Rivista Italiana di Sociologia*, Anno IV, Fasc. IV, luglio-agosto, 1900, p. 408. La traducción es mía.

Este fenómeno de las nuevas élites, que, por medio de un movimiento incesante de circulación, surgen en las capas inferiores de la sociedad, ascienden a las capas superiores, se desarrollan allí y, después, entran en decadencia, son aniquiladas y desaparecen, es uno de los fenómenos principales de la historia, y es indispensable tenerlo en cuenta para comprender los grandes movimientos sociales.⁹⁰

Esta tesis le permitía descalificar por completo al socialismo, pues si bien ya había comenzado a señalar sus errores en obras anteriores, con este trabajo afirmaba que la dictadura del proletariado es una ilusión, dado que no será el proletariado el que domine una vez concluya la revolución, sino que dominarán los que hablen en nombre del proletariado, o sea, una minoría privilegiada. Paradójicamente, fueron los revolucionarios socialistas quienes comprobaron la circulación de las élites en la práctica política moderna, pues los bolcheviques de 1917 le dieron la razón.

Pareto vinculó el fenómeno de la circulación de las élites con el equilibrio social, atribuyendo la grandeza o decadencia de una sociedad a este aspecto. Criticó duramente a los historiadores por presentar los cambios sociales como una lucha entre aristocracia contra el pueblo, cuando la verdad efectiva demostraba que en realidad se trata de una lucha entre una aristocracia dominante contra una ascendente.

Un simple retraso en esta circulación puede tener como efecto el aumento considerable del número de elementos degenerados que incluyen las clases que poseen todavía el poder y aumentar, por otro lado, el número de elementos de calidad superior que encierran las clases sometidas. En este caso el equilibrio social se hace inestable; el menor golpe, tanto del exterior como del interior, lo destruye. Una conquista o una revolución acaban por trastornarlo todo, llevan al poder a una nueva élite y establecen un nuevo equilibrio, que seguirá estable durante un tiempo más o menos largo.⁹¹

⁹⁰ Vilfredo Pareto, "Los sistemas socialistas" en *Escritos sociológicos, op. cit.*, p. 75. Se utilizará en adelante la selección de textos elaborada por María Luz Morán para referenciar algunas partes de la obra de Pareto.

⁹¹ *Ibid.*, p. 71-72.

Aquí se puede observar la importancia que otorga Pareto a las clases inferiores o “masa”, pues contrario a lo que muchos prejuicios apuntan respecto a su teoría, él reconoce que es ahí donde las élites se nutren, –siempre teniendo en la mira una visión utilitaria del talento– con el fin de mantener el equilibrio social.

También destacaba ya en esta obra la posibilidad de encontrar diversos tipos de élites según las condiciones de la vida económica y social en un determinado tiempo, siendo la riqueza el elemento determinante en los pueblos comerciantes e industriales, el éxito militar en los pueblos bélicos, la dignidad eclesiástica en los pueblos religiosos, etc. Sin embargo, Pareto siempre otorgó gran importancia al uso de la fuerza como elemento para que una élite pueda conservar su poder, señalando que

un signo que anuncia casi siempre la decadencia de una aristocracia es la invasión de los sentimientos humanitarios y de una sensiblería enclenque que la hacen incapaz de defender sus posiciones. No hay que confundir la violencia con la fuerza. La violencia acompaña con frecuencia a la debilidad. Se ve cómo los individuos de las clases que han perdido la fuerza se mantienen en el poder y se hacen cada vez más odiosos por su violencia al golpear mal y a destiempo. El fuerte no golpea más que cuando es absolutamente necesario, pero entonces nada le para. Trajano era fuerte y no era violento; Calígula era violento y no era fuerte.⁹²

Todos estos postulados teóricos serían reorganizados y desarrollados en una versión mucho más esquemática de su pensamiento, publicando así en 1916 su monumental *Trattato di Sociologia Generale* en dos volúmenes. La máxima obra de Pareto reposa íntegramente en la oposición de lo lógico y de lo no lógico, situando su atención en tres temas fundamentales: a) la validez exclusiva del pensamiento lógico-experimental, b) el análisis y la clasificación de los residuos y las derivaciones y, c) la cuestión del equilibrio social en general. Raymon Aron señaló en el prefacio de esta obra que

⁹² *Ibid.*, p. 89-90.

en el *Trattato*, Pareto ha unido en una sola obra todos los elementos de su pensamiento, todo lo adquirido en una vida de sabio, de político frustrado, de aristócrata amargado, de observador lucido, de misántropo y de epicúreo [...] Mediante la afirmación de la constancia de los fenómenos fundamentales, condena los sueños o las ambiciones de los reformadores, sin excluir el hecho de que la violencia de los revolucionarios o la fe de los seudoprofetras tengan finalmente un beneficio benéfico: la indignidad de una elite afecta a la sociedad más gravemente que ningún otro mal.⁹³

A pesar de que su mayor obra se titule *Trattato di Sociologia Generale*, bien puede considerarse una obra de ciencia política al nivel de los *Elementi*, dado que contiene en su teoría la raíz del realismo político, propone un método propio para el estudio de los aspectos más recónditos del poder y es precursora del estudio de las ideologías y la propaganda. Sin embargo, aunque Pareto es famoso por tratar la cuestión de la minoría gobernante en las sociedades al igual que Mosca, se debe advertir que son teorías completamente distintas desde su origen.

Mosca veía en el estudio de las “tendencias psicológicas constantes que determinan la acción de las masas humanas” un campo específico de investigación. Por el contrario, Pareto buscaba delinear en su *Trattato* “la forma general de la sociedad” hasta hallar los principios del llamado “equilibrio social”.

En este vago diseño, la teoría de la circulación de las élites no es sino una de las partes, aunque de las más importantes. Según Pareto, la división de las sociedades en clases selectas y clases no selectas no es sino no de los tantos casos posibles de división social, no es ciertamente el primero y fundamental, como lo era para Mosca la división entre gobernantes y gobernados.⁹⁴

Pareto comienza su *Trattato* justificando la validez de su método lógico-experimental, el cual le induce a dividir las acciones humanas en lógicas y alógicas. Dicha división regirá todo su sistema, dedicando dos tercios de su obra a

⁹³ Raymond Aron, “Vilfredo Pareto” en *Estudios políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 1997, p. 141.

⁹⁴ Carlo Marletti, “Clases y élites políticas: teorías y análisis” en Alberoni, Francesco, *Cuestiones de Sociología*, Barcelona, Herder, 1ª edición, 1971, p. 905.

tratar este aspecto, pues consideraba que la mayoría de los libros de sociología eran análisis no lógicos de formas de conducta no lógicas. Veía las acciones lógicas en los trabajos artísticos y científicos, la economía política y algunas operaciones militares, políticas y jurídicas; cuyo cuerpo lógico es fácilmente identificable.⁹⁵

En cambio, Pareto encontraba en la sociología la posibilidad de tratar los actos alógicos, desafiando una vez más los planteamientos del racionalismo al reprocharle el haber menospreciado las acciones alógicas para la comprensión de la sociedad. Culpó a sus seguidores por el intento de crear una historia desde el punto de vista de lo que debería ser y no de lo que realmente existe, pues una vez que se niegan las expresiones de los sentimientos en las acciones sociales (residuos), se crean pseudociencias cuya guía se compone de justificaciones aparentes de esas expresiones (derivaciones).

Siguiendo este argumento, Pareto estaba convencido que los individuos actúan más por el sentimiento que por el razonamiento, lo cual no implica que considerara las acciones no lógicas de manera peyorativa en sí mismas. Simplemente, actuamos por hábitos, impulsos, sentido del deber o imitación en la mayoría de nuestras acciones cotidianas, no por reflexiones racionales. Por tanto, se concentró en desterrar de los estudios sociales esas justificaciones que buscan conferir una lógica aparente a lo que no lo tiene, pues aun siendo falacias disparatadas, creía que respondían a los intereses de unos cuantos.

En el vocabulario de Pareto, los residuos son los sentimientos o las expresiones de los sentimientos inscritos en la naturaleza humana, y las derivaciones son los sistemas intelectuales de justificación mediante las cuales los individuos enmascaran sus pasiones o confieren apariencia de racionalidad a proposiciones o a formas de conducta que no la tienen. En efecto, el hombre es un ser irrazonable

⁹⁵ Véase Vilfredo Pareto, "Tratado de sociología general" en *Escritos sociológicos, op. cit.*, parágrafo 152.

y razonador. Si rara vez se comporta de modo lógico, en todo caso siempre quiere hacer creer a sus semejantes que lo hace.⁹⁶

Pareto decidió utilizar estos términos con el fin de configurar un lenguaje especializado y científico, separándose del lenguaje común y vulgar. Es preciso destacar la importancia de esta intención para el estudio de la política, pues a Pareto le preocupaba conocer la fuerza persuasiva que pueden llegar a tener estas derivaciones mediante los discursos de los grandes oradores. Su estudio “científico” con términos especializados, contribuiría a probar este hecho, el cual observaba ya materializado en la “voluntad general” de Rousseau y la sociedad sin clases del programa socialista.

Pareto ubicó seis tipos de residuos y cuatro tipos de derivaciones. Sin embargo, sólo desarrolló a profundidad los primeros dos tipos de residuos a un nivel socio-cultural: a) instinto de combinaciones y b) persistencia de los agregados. El primer residuo está ligado a la tendencia a establecer relaciones entre las ideas y las cosas; por consiguiente, está en la base del progreso intelectual de la humanidad y favorece el cambio. En contraparte, el segundo residuo es su contrario y es comparable a la inercia. Es la tendencia a mantener las combinaciones formuladas, a rechazar los cambios y a aceptar de una vez por todas los imperativos. Uno impulsa al cambio y la renovación, el otro a la estabilidad y la conservación.⁹⁷

Dejando en claro la forma en la que comprendía la naturaleza y la acción humana, procedió a enunciar la forma y equilibrio sociales que componen a la sociedad en general en los últimos tres capítulos, relacionando su teoría de los residuos y las derivaciones con la circulación de las élites.

Pareto tiene el gran acierto de señalar que la sociedad no es homogénea, en tanto que las personas son distintas física, moral e intelectualmente. En función de esta diferenciación, ofreció su definición de élite en sentido amplio: “Formemos,

⁹⁶ Aron, *Las etapas del pensamiento sociológico*, op. cit., p. 119.

⁹⁷ Hay aquí un símil con la tendencia aristocrática y la tendencia democrática descrita por Mosca.

pues, una clase con aquellos que tienen los índices más elevados en el ramo de su actividad, a la que daremos el nombre de *clase selecta (élite)*.⁹⁸ No obstante, “para el estudio que realizamos, el del equilibrio social, es útil aún dividir en dos esta clase, es decir, que separaremos a aquellos que, directa o indirectamente, tienen participación notable en el gobierno, quienes constituirán la clase selecta de gobierno; el resto será la clase selecta no de gobierno.”⁹⁹

Es por este motivo que la democracia y su ideal igualitario –entendido como igualdad de *status*–, son para Pareto una derivación creada por los hombres en su necesidad de justificar un proyecto político concreto: la democracia liberal. La considera un sofisma cuyo objetivo es ocultar la decadencia de una sociedad en la que predominan los sentimientos humanitarios, escondiendo la única verdad inmutable: el constante monopolio del poder en manos de una minoría que lo ejerce sobre la mayoría.

Ahora bien, se presenta así una teoría de la minoría gobernante orientada al análisis crítico de la ideología, partiendo en dos estratos a la población en función de sus capacidades y utilidad. En el primer estrato se ubica la “clase no selecta” que ocupa el estrato inferior y en contraparte, se encuentra la “clase selecta” en un estrato superior, que se divide a su vez en dos: a) la clase selecta de gobierno y b) la clase selecta de no gobierno.

Parecería contradictorio si nos preguntamos ¿Cómo es que las élites gobernantes parecen si, se supone, son los miembros más aptos de su campo los que las componen? Pues bien, es ahí donde la circulación de las élites encuentra su relevancia. Pareto se mantuvo fiel a su realismo para analizar los hechos, pues si bien dice que la élite se compone de los individuos con mayor capacidad en sus respectivas ramas, reconoce que factores como la herencia o la riqueza permiten a algunos sujetos integrarse a la clase selecta en general o a la clase selecta de gobierno en particular, aun cuando no deberían pertenecer a esta.

⁹⁸ Vilfredo Pareto, *Forma y equilibrio sociales. op. cit.*, 1980, parágrafo 2031.

⁹⁹ *Ibid.*, parágrafo 2032.

En el estrato superior de la sociedad, en la clase selecta, están nominalmente ciertos agregados, en ocasiones no bien definidos, y que se dicen aristocracias. Hay casos en que la mayoría de los que pertenecen a tales aristocracias tienen, en efecto, los caracteres para permanecer en ellas, y otros en los que un número notable de sus componentes carecen de tales caracteres. Pueden tener participación más o menos grande en la clase selecta de gobierno o bien estar excluidos de ella.¹⁰⁰

Este aspecto era de gran importancia para él, ya que lo consideraba un inconveniente para mantener el equilibrio social en tanto que repercute directamente en la circulación de las élites. Por esta razón, Pareto concluye en su famosa tesis que “las aristocracias no duran. Por las razones que sea, es incontrastable que, al cabo de un cierto tiempo, desaparecen. La historia es un cementerio de aristocracias.”¹⁰¹

El constante intercambio entre elementos provenientes del estrato inferior y superior, modifica directamente los residuos que le ayudaron a la clase selecta de gobierno a apropiarse del poder y conservarlo. Ante su debilidad, la élite gobernante se ve obligada a ceder su posición a una nueva élite ascendente que posee los residuos necesarios con mayor energía y vigor. Por ello, el elemento central que mantiene el equilibrio social mediante una correcta circulación de las élites, es para Pareto, el uso de la fuerza; ya sea por parte de la élite gobernante para conservar el poder, o bien, por parte de quien quiere acceder a él.

El realismo político paretiano, por un lado, postula el desarrollo de una acción política en términos científicos mediante la adecuación a los medios, buscando al fin la conquista y la permanencia en el poder; por otro, postula que esta acción, para ser lógicamente adecuada, se debe desarrollar estimulando la convergencia de las fuerzas políticas y sociales hacia la óptima resolución del ciclo, vale decir, incluso, hacia una condición de la libertad.¹⁰²

¹⁰⁰ *Ibid.*, párrafo 2051. Véase también el realismo de Pareto en el párrafo 2046.

¹⁰¹ *Ibid.*, párrafo 2053.

¹⁰² Héctor Zamitiz, *Vilfredo Pareto. Realismo político y ciencia política*, México, UNAM-FCPyS-Gernika, 1ª edición, 2008, p. 193.

Pareto es sin duda un promotor del uso de la fuerza por parte de la autoridad, pero no por ello hace apología de la violencia. Como ya se observaba desde *Les Systèmes Socialistes* y en plena concordancia con la tradición inaugurada por Maquiavelo; el uso de la fuerza debe emplearse sin vacilación, sólo en caso de ser necesario para mantener el poder y la estabilidad del gobierno.

Entre estos es útil observar que, si la clase gobernante no sabe, no quiere o no puede usar la fuerza para reprimir las transgresiones de las uniformidades en la vida privada, ello es suplido por la acción anárquica de los gobernados. [...] Obsérvese todavía que, donde es débil la actuación del poder público, se constituyen pequeños Estados dentro del gran Estado, pequeñas sociedades dentro de una mayor.¹⁰³

Retomando el tema de la circulación, una vez que Pareto advierte que en la élite gobernante abundan sujetos que poseen residuos del tipo I y II, decide nombrar “especuladores” a los primeros y rentistas a los “segundos”. A continuación, se presenta una tabla en la que se clarifica un poco más esta cuestión.

Agregados cuyo tipo económico es el especulador	Agregados cuyo tipo económico es el rentista
Dominados por el residuo de tipo I	Dominados por el residuo de tipo II
Favorecen la circulación rápida	Favorecen la circulación lenta
Su carácter es de cambio	Su carácter es conservador
Comunes en un orden social comercial o industrial	Comunes en un orden social militar o religioso
Optan por la astucia y el consentimiento	Optan por el uso de la fuerza

Tabla VII. Tipología de los sujetos presentes en la élite gobernante.

¹⁰³ *Ibid.*, párrafo 2180.

En la clasificación de Pareto, la élite gobernante compuesta por especuladores y rentistas se asemeja mucho a los leones y zorros de Maquiavelo, mostrando una vez más la transposición del realismo político en ambos. No obstante, Pareto señala que la combinación de residuos no es de proporciones simétricas en la élite gobernante, repercutiendo de forma directa en el equilibrio social. Una de sus conclusiones apresuradas tiene que ver con culpar a los regímenes democráticos de esta situación, pues opina que su advenimiento ha provocado un aumento desmedido de los residuos del tipo I.

Los zorros son las *élites* que, dotadas de abundantes residuos de primera clase, prefieren la astucia y la sutileza, y se esfuerzan por mantener su poder mediante la propaganda, multiplicando las combinaciones políticofinancieras. Estas *élites* son características de los regímenes llamados democráticos, a los que Pareto denominaba plutodemocráticos.¹⁰⁴

El descontento de Pareto con la democracia responde a que comúnmente los miembros de la élite gobernante son muy tolerantes en este tipo de régimen, acarreado el nacimiento de revoluciones lideradas por élites ascendentes que no temen usar la fuerza para hacerse con el gobierno. Este hecho molestaba y preocupaba mucho a Pareto, pues como buen realista, busca preservar el orden y la estabilidad en la sociedad, equiparando la irrupción revolucionaria con la anarquía.

Por lo tanto, el ideal de Pareto es una élite gobernante donde los residuos de tipo I y II estén mezclados por igual, asegurando por consiguiente el equilibrio social que depende de la presencia de una élite fuerte. Sin embargo, mantener este equilibrio es realmente una cuestión difícil de alcanzar, pues como bien señala Franz Borkenau

[...] en la política, sin embargo, por definición es imposible una circulación de las *élites* perfectamente libre, pues toda actividad política es, sobre todo, una lucha por el poder, y el dominio político significa la posesión de una maquinaria que

¹⁰⁴ Aron, *Las etapas del pensamiento sociológico*, op. cit., p. 181.

tiende hacia la conservación de ese dominio en manos de determinado grupo o de una pluralidad de éstos. Un grupo dirigente no ha aceptado jamás de buen grado una competencia absolutamente libre para el gobierno. A lo más que ha llegado es a admitir inteligentemente a los mejores elementos de las clases inferiores en el grupo dirigente.¹⁰⁵

Teniendo en cuenta este aspecto, Pareto recomendó eliminar a las potenciales élites ascendentes de cuatro formas distintas con el fin de mantener la estabilidad: a) mediante la muerte, b) mediante la cárcel, la ruina económica o la desaparición de los despachos públicos, c) mediante el exilio y, d) mediante la cooptación.¹⁰⁶ Sin embargo, mencionó en cada uno de los casos las consecuencias y riesgos que pueden contraer, incluso utilizando el método de la cooptación, que puede representar un arma de doble filo.

Los gobernantes que, por ejemplo, tienen en abundancia residuos de la clase II y que padecen escasez de los de la clase I, necesitarían tener ciertos nuevos elementos en los que estas proporciones fueran inversas, y tales elementos serían positivos por la natural circulación. Pero si, por el contrario, la clase gobernante se abre sólo a aquellos que consienten en ser semejantes a sus componentes y que, antes bien, con el ardor de los neófitos van aún más allá, lo que hace es aumentar la prevalencia ya dañina de ciertos residuos, y con ello se encamina hacia su propia ruina.¹⁰⁷

Por consiguiente, podemos apreciar y al mismo tiempo criticar que la estructura de la sociedad, en la sociología paretiana, se rige por un carácter psicológico: “el llamado equilibrio social está determinado por la distribución de atributos psicológicos o, más precisamente, por la distribución de los individuos que tienen esos atributos. Se ignoran casi todas las otras condiciones. El resultado, pues, es una concepción según la cual las sociedades cambian poco o nada en absoluto.”¹⁰⁸

¹⁰⁵ Franz Borkenau, *Pareto*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 1997, p. 101

¹⁰⁶ Vilfredo Pareto, *Forma y equilibrio sociales. (Extracto del Tratado de sociología general)*, op. cit., párrafos 2478-2482.

¹⁰⁷ *Ibid.*, párrafo 2484. Esta situación aplica de igual manera en viceversa.

¹⁰⁸ Irving Zeitlin, “12. Vilfredo Pareto (1848-1923)” en op. cit., p. 211.

Esto conlleva a que Pareto, en su pretensión de elaborar leyes universales que expliquen a la sociedad, termine por generalizar demasiado y se olvide de detalles particulares como las diferencias culturales, históricas e institucionales entre un régimen y otro; que para el estudio concreto de las élites, son un aspecto crucial en su comprensión y desarrollo.

De igual manera, la forma en que utiliza la palabra aristocracia como sinónimo de élite es un aspecto muy cuestionable a destacar, pues como hemos apuntado en el capítulo I, el uso adecuado de los conceptos tiene un factor vital en el estudio de las minorías gobernantes. Pareto, que siempre exige precisión conceptual, ofrece términos que son todo menos precisos.

A veces la “*élite*” es una “aristocracia”, y entonces la teoría de las *élites* tiende a probar que, inevitablemente, los mejores mandan en cualquier sociedad. En otras, se pasa por alto el argumento de la aristocracia al tener que referirse a formas de gobierno desagradables y, entonces, la *élite* viene a ser simplemente el grupo que ha logrado mantenerse en el gobierno eficientemente. Más las élites desagradables traen la “decadencia”.¹⁰⁹

Además, la excesiva comparación que hace de la realidad italiana de finales del siglo XIX y principios del XX con el mundo clásico, le impidieron reconocer las virtudes y nuevas instituciones –como los partidos políticos– que acompañaban a la naciente sociedad de masas. Su formación en los clásicos griegos y romanos, el arraigado conservadurismo liberal y su independencia económica producto de la riqueza propia y heredada, lo hicieron aislarse de la realidad social que acontecía.

A pesar de estos inconvenientes, la teoría de la circulación de las élites tiene el mérito de señalar que la renovación equilibrada de los miembros que componen la élite gobernante, es un mecanismo ligado al progreso de las sociedades sustentado en la historia. Paradójicamente, vuelve a estar presente en el ejercicio y composición del poder el justo medio de Aristóteles, pues como explica Hans L. Zetterberg:

¹⁰⁹ Borkenau, *op. cit.*, p. 124-125.

Todas las élites al encontrar efectivamente las exigencias formales de la vida, deben algunas veces embarcarse en acciones innovadoras y otras veces en acciones consolidadoras. De allí que tanto el residuo de combinación y el de preservación son necesarios. La innovación debe estar allí: persuadir, adular, amenazar, manipular al amigo y al enemigo para llegar a las soluciones. La consolidación debe también de estar presente: se debe proporcionar seguridad y estabilidad, mover a los amigos y a los oponentes con una poderosa coerción, cuando la conciencia, la fe y las presiones normales fracasan.¹¹⁰

En los últimos años de su vida, particularmente en la recopilación de algunos de sus ensayos de 1921, *Trasformazione della democrazia*; Pareto evaluaba la sociedad europea y advertía del arribo de una nueva “era de la feudalidad” encabezada por sindicatos obreros. Al explicar cómo fue sucediendo el desarrollo económico y social de la sociedad de su época, argumentaba que en realidad “las denominadas transformaciones de la democracia acompañan a las vicisitudes de la plutocracia.”¹¹¹

Ante dicho escenario, consideró a la democracia una meta irrealizable, pero, al fin y al cabo, era el mejor de los males posibles. Si bien nunca dejó de creer que el dominio de las élites sobre las masas es inevitable, estaba convencido que la nueva tarea de la sociología estaba en encontrar la forma de llegar a tener la mejor de las élites posibles, teniendo en mente la vieja aristocracia liberal conformada a mitad del siglo XIX, cuya antítesis estaba representada por el arribo de la sociedad de masas y extensión de los derechos políticos, propios del siglo XX.¹¹²

En suma, Pareto nos mostró la utilidad que tienen los mitos en la política a fin de legitimar las acciones de quienes detentan el poder. Empero, la mayor lección que heredó a las futuras investigaciones de las élites, fue buscar el

¹¹⁰ Hans L. Zetterberg, “Introduction”, citado en Héctor Zamitiz, *op. cit.*, p. 271.

¹¹¹ Citado en *ibid.*, p. 290.

¹¹² Nótese la similitud que hay en las conclusiones de Pareto y Mosca en la última etapa de su pensamiento, particularmente en el diseño del equilibrio social en el primer autor y el gobierno mixto en el segundo.

ejercicio efectivo del poder sin perder de vista jamás las virtudes de la libertad, pues el uso del realismo político tiene como meta alcanzar dicho equilibrio.

II.4 Precisiones en torno a la ley de hierro de la oligarquía de Robert Michels

La aportación teórica de Robert Michels al estudio de las minorías dominantes es mucho menor con respecto a sus otros dos contemporáneos. Si bien sus contribuciones fueron especialmente novedosas para los estudios del liderazgo, la teoría de la organización, la burocracia y por supuesto, los partidos políticos; es arriesgado considerar que sus postulados están a la altura teórica de los presentados por Mosca o Pareto, sobre todo cuando difícilmente se puede encontrar un *corpus* teórico elaborado por sí mismo para este fin.

En consecuencia, este apartado se enfocará principalmente en demostrar que la “ley de hierro de la oligarquía” de Michels no aporta elementos nuevos al pensamiento de la minoría dominante, en todo caso, reproduce y busca confirmar la doctrina de Mosca y algunas ideas de Pareto. Es importante advertir que con ello no se pretende desdeñar la obra de Michels. En todo caso, se busca romper el esquema tradicional que vincula a este pensador con los clásicos de la minoría dominante, reproduciendo la mal llamada “triada italiana del elitismo” sin una revisión adecuada de sus fundamentos.

Robert Michels fue un pensador cosmopolita en todo el sentido de la palabra, ya que creció en Colonia, ciudad alemana heredera de un vasto legado cultural francés, belga y alemán, claro está. También se relacionó, aunque en menor medida, con la cultura de lengua inglesa, tanto británica como estadounidense; pero sin duda, su convicción ideológica y personal lo hacían afín a la cultura italiana de finales del siglo XIX y principios del XX.

A pesar de provenir de una familia perteneciente a la aristocracia burguesa de Colonia, Michels fue, para sorpresa de muchos, un ferviente simpatizante del socialismo europeo, militando por convicción en el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD, del alemán *Sozialdemokratische Partei Deutschlands*). La visión

internacional intrínseca en su biografía personal, lo llevó a impulsar un socialismo internacional más abierto al intercambio de ideas entre intelectuales y proletarios de distintas naciones, apostando por una clase trabajadora unida sin fronteras.

Se pueden encontrar entre los autores más influyentes de su primera etapa a Karl Marx, Pierre-Joseph Proudhon y George Sorel, orientándolo a defender más el sindicalismo que el socialismo propiamente. Durante sus actividades como militante, mantuvo amistades con Karl Kautsky, Rosa Luxemburgo y Sorel, construyendo con ellos sus posturas ideológicas e intelectuales, dado que no había posibilidad en Alemania de crear una corriente sindicalista o una élite intelectual a la manera de Sorel.

Se convenció de que su vocación estaría en la labor ideológica del partido al ver fracasar su candidatura al *Reichstag* en 1905 por la circunscripción de *Alsfeld-Lautebach* (Alto Hesse). De esta manera, Michels abandonaría todo intento de praxis política o parlamentaria para concentrarse en lo sucesivo a defender sus creencias desde la trinchera de los intelectuales.

Uno de los prejuicios más comunes hacia la figura de Michels es negar sus aportaciones al socialismo y sindicalismo europeo, derivado de la crítica de los demócratas y de los socialistas que lo eclipsaron en su mítica “ley de hierro de la oligarquía”. Suele olvidarse que fue un pionero en discutir en los círculos intelectuales cuestiones como el feminismo y el papel de la mujer obrera¹¹³, la autodeterminación de los pueblos y el control de natalidad. Si se observa cuidadosamente la obra completa de Michels en términos teóricos como prácticos, realmente fue mayor su aportación al programa socialista y la defensa de los más desafortunados en comparación con los elementos que brindó al pensamiento elitista.

Es de gran relevancia mencionar la influencia y amistad que estableció Michels con su maestro, Max Weber, para comprender la segunda etapa de su

¹¹³ Principalmente en su artículo “Attorno ad una questione sociale in Germania” in *La Riforma Sociale. Rassegna di scienze sociali e politiche*, Anno VIII, Vol. XI, Fasc. II, febbraio, 1901, pp. 775-794.

pensamiento y la consolidación de su convicción académica. Se debe al prestigio y la influencia de Weber el hecho de que Michels pasara de escritos breves con carácter periodístico en publicaciones socialistas, a un tratamiento más científico de los mismo temas en publicaciones más reconocidas, como lo demuestran sus artículos en el *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*.¹¹⁴

Como sugieren Mommsen, basándose en la correspondencia, y Roth [...], es verdad que se debe a la influencia de Weber el que Michels haya trasladado su interés por el papel de los intelectuales en política y en los cambios que tienen lugar en el partido cuando cambia la composición social del electorado (temas ya tratados en 1906 y 1907, respectivamente), hacia las relaciones que se establecen entre líderes y seguidores y al concepto de partido como fin en sí mismo.¹¹⁵

Impulsado por esta motivación más científica de estudiar los fenómenos políticos que se presentaban al interior del SPD, Michels elaboró en 1907 su largo y bien documentado artículo "*Die deutsche Sozialdemokratie im internationalen Verbände. Eine Kritische Untersuchung*". En él criticaba al partido con respecto a su postura sobre el pacifismo y la huelga general como medida para evitar la guerra, comparando mediante diversos textos el contraste entre las afirmaciones discursivas y la política efectiva que llevaba a cabo el partido. Dicha crítica desembocó en una afrenta con los líderes del SPD, August Bebel y Viktor Adler, orillando a Michels a distanciarse del partido.

Michels participó en agosto de 1907 en el congreso de Stuttgart de la Segunda Internacional, pero esta vez como delegado de la corriente sindicalista del Partido Socialista Italiano. Pocos meses después del congreso, Michels renunció al partido y puso en duda su convicción de ver materializado alguna vez el programa socialista.

Lo que la gran mayoría llama el "desencanto" por el socialismo de Michels, es realmente su apego a la sociología científica, pues los elementos del realismo cognoscitivo que imprimió en sus investigaciones, son el verdadero motivo de su

¹¹⁴ Weber sugirió a Michels en 1913, convertirse en director adjunto de esta revista.

¹¹⁵ Juan J. Linz, *Michels y su contribución a la sociología política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 1998, p. 48.

cambio de postura ideológica y no una desidealización juvenil como muchos han tratado de mostrarlo.

En ese mismo año, Michels fue nombrado catedrático de la universidad de Turín, donde tuvo la oportunidad de conocer a Gaetano Mosca y su perspectiva organizacional de la clase política junto a las aportaciones de Pareto. Fue entonces cuando contrastó la sentencia de Mosca con la premisa de Weber, la cual considera que todas las sociedades contemporáneas son sociedades de organizaciones, en tanto que los grandes conglomerados humanos requieren de una disposición, orden o estructura para actuar en todas las esferas de la vida política o social.

Como resultado de este diálogo, Michels escribió dos ensayos a finales de 1907 y principios de 1908¹¹⁶, los cuales constituían un primer esbozo de la futura “ley de hierro de la oligarquía” e intentaban conceptualmente cuestionar algunos aspectos de la teorización de Mosca y Pareto.

“El objetivo, pues, del ensayo es muy claro: Michels pretende contrastar las teorizaciones sociológicas acerca de la perenne imposibilidad de separación entre gobernantes y gobernados en cuanto a que ellas “sirven de fuerte obstáculo para el advenimiento de la democracia, y *à plus forte raison*, para el advenimiento del socialismo.”¹¹⁷

Siguiendo esta línea, en 1910 recopiló sus conferencias dictadas en Viena y Budapest para publicar en forma de ensayo *La democrazia e la legge fèrrea dell'oligarchia: saggio sociològico*. En este nuevo escrito, Michels resaltaba y se convencía del papel indispensable de los líderes en la historia.

El problema central para Michels parecía radicar –en este momento de su trabajo– en la comprobación de la verdad o falsedad de la previsión mosquiano-paretiana sobre la necesidad de los dirigentes y, por lo tanto, de saber si el derrumbe social

¹¹⁶ “Die oligarchischen Tendenzen der Gesellschaft. Ein Beitrag zum Problem der Demokratie”, in *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Bd. 27, Heft. 1, 1908, s. 73-135; “L'oligarchia organica costituzionale. Nuovi studi sulla classe politica”, *La Riforma Sociale. Rassegna di questione economiche, finanziarie e sociali*, Anno XIV, Vol. XVIII, Fasc. 12, dicembre, 1907, p. 961-983.

¹¹⁷ Albertoni, “Poder y oligarquía. Una introducción a Roberto Michels (1900-1910)”, op. cit., p. 44.

por él augurado no llevara a nada más, “en la mejor de las hipótesis”, que a un cambio de oligarquía” y no a la “desaparición total del sistema”.¹¹⁸

En ese sentido, confirmamos que el interés de Michels se encontraba en el estudio del liderazgo y no en el de la minoría gobernante o las élites propiamente. Todas las alusiones que hay los conceptos propios de los clásicos de la minoría gobernante en su obra, son para cuestionar y posteriormente aceptar las teorías elaboradas por Mosca y Pareto.

El escepticismo entorno al papel permanente del liderazgo en la historia de la humanidad culminó en el pensamiento de Michels con la publicación en 1911 de su obra más famosa e importante, *Zur Soziologie des Parteiwesens in der modernen Demokratie. Untersuchungen über die oligarchischen Tendenzen des Gruppenlebens*.¹¹⁹

Michels anunciaba en el prefacio que su objeto de estudio sería el problema de la democracia, preguntándose concretamente si la democracia es un ideal que no podemos tener esperanzas de realizar en la práctica, y en qué manera. Mediante la exposición de las tendencias que se oponen a su realización a través del análisis moderno de los partidos políticos, se adentró en el escaso análisis de la naturaleza del partido, formulando la ya conocida “ley de hierro de la oligarquía”, cuya consigna dice: “La organización es la que da origen al dominio de los elegidos sobre los electores, de los mandatarios sobre los mandantes, de los delegados sobre los delegadores. Quien dice organización, dice oligarquía”¹²⁰

Nunca dejó de reconocer la aportación de Marx en cuanto a la importancia fundamental de los procesos económicos para el cambio social. No obstante, considerando la influencia de Weber, Mosca, Pareto, Bryce y Ostrogorsky, por

¹¹⁸ *Ibid.*, p. 46.

¹¹⁹ Un año después, se presentó su versión en italiano con un nuevo prefacio del autor y en 1925 se publicó la segunda edición alemana, versión definitiva que incluía una nueva introducción y algunas adiciones del contexto político alemán desde 1911. La versión a la que nos referiremos en adelante es a la segunda edición en su traducción al español: *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, 2 tomos, Buenos Aires, Amorrortu, 2ª edición, 1972.

¹²⁰ Michels, *op. cit.*, tomo 2, p. 189.

mencionar algunos; opinaba que Marx pasó por alto otras fuerzas igualmente importantes para alcanzar la igualdad planteada por el socialismo.

Terminó por aceptar como inherente a la naturaleza humana el anhelo del poder, el cual, una vez que se obtiene, busca la manera de perpetuarse en sus detentadores. Esta actitud psicológica entra en el grupo de las llamadas “tendencias oligárquicas” por Michels, que dependían de: a) la naturaleza del ser humano; b) la naturaleza de la lucha política; y c) la naturaleza de la organización.

En ese sentido, era fácil probar su tesis en los partidos de corte aristocrático y conservador, dado que estos no suponían ningún compromiso con el ideal igualitario. En cambio, si probaba que estas tendencias se reproducían de igual manera en los partidos revolucionarios, –particularmente el SPD, caso que conocía especialmente bien– cuyos discursos apelaban a terminar con estas tendencias, entonces establecería “una ley universal”, demostrando que las tendencias oligárquicas están presentes en todo tipo de organización.

Sin embargo, debemos comenzar por preguntarnos ¿qué entiende Michels por democracia?, pues a partir de su concepción se explica por qué la considera inviable. Su visión es contradictoria, ya que aun cuando reconoce que debido a la enorme cantidad de ciudadanos que componen las sociedades modernas, es imposible que todos participen en la toma de decisiones y por ello se deba recurrir a la delegación en representantes, Michels juzga a la verdadera democracia de la misma manera que lo hacía Rousseau, citándolo para reafirmar sus premisas.

Podemos considerar a Jean Jaques Rousseau como el fundador de este aspecto de la crítica de la democracia. Define al gobierno popular como el “ejercicio de la voluntad general” y extrae de allí las inferencias lógicas en el sentido de que “ésta nunca puede serle sustraída, y el soberano –que no es más que un concepto colectivo– solo puede ser representado por sí mismo. En consecuencia, desde el instante en que un pueblo se entrega a representantes, deja de ser libre.”¹²¹

¹²¹ Michels, *op. cit.*, tomo 1, p. 81.

Agregó además a esta concepción los argumentos de Carlo Pisacane, Victor Considérant, Proudhon y Marx; convenciéndose de una vez por todas de la imposibilidad democrática y otorgando a Mosca la razón con respecto a la “falsedad de la leyenda parlamentaria”.

En este sentido, representar viene a significar que un deseo puramente intelectual se disfraza y es aceptado como voluntad de la masa. En ciertos casos aislados, cuyas cuestiones son muy simples, y donde la autoridad delegada tiene duración breve, es posible la representación; pero la representación permanente equivaldrá siempre a que los representantes dominen sobre los representados.¹²²

La idea de democracia que defiende Michels es, por lo tanto, una concepción clásica del tipo griego, directa y con un principio de igualdad social entre individuos, descrito anteriormente en el capítulo I. De ello se desprende que el primer error de Michels sea abordar el problema de la democracia liberal de finales del siglo XIX y principios del XX con una interpretación que dejó de responder a la realidad social desde hace varios siglos atrás.

Ahora bien, Michels jamás podría aceptar el elemento moderno de la representación democrática, puesto que sustenta, a su parecer, el origen de las tendencias oligárquicas. Dado que la población aumenta a la par de la división del trabajo, se produce una mayor especialización que requiere de un nivel más amplio de organización para realizar las tareas cotidianas. El caso de la política no es la excepción, ya que surgen políticos profesionales que utilizan sus atributos y conocimientos especializados en la organización,

sin embargo, la especialización implica autoridad: así como el paciente obedece al médico porque el médico sabe más que el paciente pues ha hecho un estudio especial del cuerpo humano en la salud y la enfermedad, así también el paciente político debe someterse a la guía de sus líderes partidarios, quienes despliegan una competencia política imposible de alcanzar por la masa.¹²³

¹²² *Ibid.*, p. 85.

¹²³ *Ibid.*, p. 128.

Por ello, Michels considera que las masas se presentan incompetentes para participar en el proceso de toma de decisiones y requieren necesariamente de un líder a la altura de los desafíos modernos.¹²⁴ “Por razones técnicas y administrativas, no menos que por razones tácticas, una organización fuerte necesita un liderazgo fuerte”.¹²⁵

Es en este punto donde la teoría michelsiana encuentra su punto de quiebre, pues rechaza toda posibilidad de un liderazgo representativo en tanto que tiene en mente una democracia directa, donde, como se ha señalado con anterioridad, es incompatible. “En un plano científico objetivo, quizá pueda “demostrarse” la imposibilidad técnica de que las masas se gobiernen a sí mismas *en forma directa*. Pero en tal caso, lo que se demuestra es la necesidad de una dirección, no de una oligarquía”.¹²⁶

Michels no hizo una distinción cuidadosa entre líderes y oligarcas, puesto que la especialización crea autoridad, pero no necesariamente oligarquía. Bien pudo adentrarse a fondo en la discusión del liderazgo y establecer una tipología que demostrara las diferencias que tienen las organizaciones con un solo líder absoluto y las que poseen varios líderes en constante competencia y contrapeso, pero su pesimismo sobre la naturaleza humana le impidió ver esto y lo conllevó a que su ley estuviese determinada por un prejuicio derivado de una mala conceptualización y falta de rigor teórico.

Lo que él quería demostrar en el fondo era lo inevitable del *abuso* de poder y de autoridad, hasta el punto de socavar la democracia; que quienes se encuentran en posiciones de autoridad para servir a los intereses colectivos pronto desarrollan intereses propios, antagónicos a aquellos. Y parecería que saber si esto sucede o no de hecho es el mejor criterio para determinar cuándo los que tienen autoridad se han convertido en oligarcas. Pero no es así como procede Michels: con

¹²⁴ Esta hipótesis de Michels engloba su trayectoria socialista y nótese que es similar a la de Lenin, quien justificaba su convicción en la necesidad de un partido elitista de revolucionarios profesionales que condujera a las masas hacia el socialismo.

¹²⁵ Michels, *op. cit.*, tomo 1, p. 80.

¹²⁶ Zeitlin, “14. Robert Michels (1876-1936)” en *op. cit.*, p. 256.

demasiada frecuencia, emplea conceptos de dirección y oligarquía como si fueran necesariamente sinónimos e intercambiables.¹²⁷

El caso de Michels prueba la importancia de utilizar los conceptos adecuados en el estudio de la política, pues al emplearlos de forma ambigua y vaga como él, se corre el riesgo de interpretar una realidad completamente ajena. Ya lo hemos observado con su falta de precisión en el concepto de democracia y líder, pero también aplica con su concepción de oligarquía y tendencias oligárquicas. A veces usa el término “oligarquía” para describir la estabilidad de la dirección, en otras la utiliza para referirse a la “aristocracia” del talento y las aptitudes que hacen separar a los individuos destacados de la masa.

Que los líderes de las organizaciones de masas sean parte de la “clase política” dominante, no significa necesariamente que no vayan a continuar oponiéndose a otros sectores de la élite política. Para mantener y extender su influencia deben exigir el apoyo de la masa que los sigue. Por eso continuarán oponiéndose a otros elementos de los estratos gobernantes, tales como las finanzas y la aristocracia. Sin embargo, el objetivo de la élite con base en la masa es remplazar el poder de una minoría por el de otra: ellos mismos.¹²⁸

Finalmente, aquello que llama “tendencias oligárquicas” resulta ser un concepto extremadamente ambiguo en tanto que le otorga múltiples significados. Recuperando la propuesta de Juan J. Linz, se pueden hallar al menos 10 posibles interpretaciones para este término:

a) la aparición del liderazgo, b) la aparición del liderazgo profesional y su estabilización, c) la formación de una burocracia, d) la centralización de la autoridad, e) el desplazamiento de los objetivos y en particular la desviación de los fines últimos, f) la creciente rigidez ideológica, g) la diferencia cada vez mayor entre los intereses y/o los puntos de vista de los líderes por una parte y de los miembros por otra, h) la disminución de las oportunidades de los miembros de participar en las decisiones políticas, aunque estén deseos de hacerlo; i) la

¹²⁷ *Ibid.*, p. 257.

¹²⁸ Seymour Martin Lipset, “Introducción” en Michels, *op. cit.*, tomo 1, p.17.

cooptación de los líderes de la oposición naciente por los líderes confirmados y, j) la tendencia generalizadora de los partidos.¹²⁹

Como podemos inferir con estos sinónimos, la mayoría de las “tendencias oligárquicas” no son contrarias al desarrollo democrático –entendiéndolo como democracia liberal representativa– ya que, como se ha mencionado anteriormente, el problema radica en igualar al líder con el oligarca.

Todo este desarrollo llevó a Michels a afirmar que, al haber probado las tendencias oligárquicas en las organizaciones orientadas a los ideales democráticos, se podía concluir la imposibilidad de la existencia de la democracia en todo tipo de organizaciones; premisas que por supuesto, no se siguen necesariamente a esta conclusión. “Por lo tanto puede concluirse que el haber demostrado la existencia de estas tendencias en organizaciones que se basan en una ideología igualitaria, democrática e incluso revolucionaria y que se dirigen al “pueblo”, no prueba la validez de la “ley férrea” en *todas* las organizaciones.¹³⁰

Además, el marco de observación de Michels estuvo restringido en buena medida por el SPD y el Partido Socialista Italiano, haciendo difícil la elaboración de una generalización. Recuperando a Sartori, Michels formuló una ley de hierro de la burocracia, pero no de la oligarquía, ya que no ofrece suficientes elementos que lo autoricen a pasar de la premisa “los partidos no son democráticos” a la conclusión de que “la democracia no es democrática”.¹³¹ En realidad, la génesis de este argumento se encuentra en la forma en que Michels equipara el partido revolucionario en particular, con el Estado en general, pues señala que

a la larga, sin embargo, los dictadores de este organismo revolucionario que vive dentro del Estado autoritario, apoyado por los mismos medios que aquel Estado e inspirado por igual principio de disciplina, no pueden dejar de advertir que la organización partidaria, cualesquiera sean los progresos que realice en el futuro,

¹²⁹ Juan J. Linz, “Michels, Robert” en Sills, *op. cit.*, volumen 7, p. 89.

¹³⁰ *Ibid.*, p.77.

¹³¹ Remito a Sartori, *Teoría de la democracia 1. El debate contemporáneo*, *op. cit.*, p. 193-194.

jamás logrará ser otra cosa que una copia en miniatura –e ineficaz– de la organización estatal.¹³²

Se comparan estructuras que no son comparables entre sí y por ello se sentencia a la democracia al fracaso e incluso la utopía. No es posible que la “democracia en particular”, observable en organizaciones privadas y pequeñas comunidades, tenga los mismos atributos y fines que la “democracia en grande” como la que se ejerce desde el Estado.

Según Alvin Gouldner, en todas las organizaciones existe “la necesidad de que –al menos en alguna medida– los gobernados aprueben los actos de quienes los gobiernan...Y si todas las organizaciones deben ajustarse a esta necesidad de aprobación ¿no existe, acaso, dentro de los estrechos márgenes de la organización un gran elemento de eso que llamamos democracia?”¹³³

Por consiguiente, se debe mirar la interacción entre organizaciones competitivas y contrapuestas en torno a distintos fines en vez de explorar su interior, puesto que es ahí en donde se desarrolla la esencia de la democracia. Es este aspecto el que no alcanzaron a dimensionar Michels, los marxistas y en el futuro los antielitistas.

¿Por qué y para qué compiten? Lo hacen para conseguir partidarios y porque su fuerza dimana del número de los que le siguen. ¿Cómo compiten? Evidentemente, y abiertamente, prometiéndole ventajas y beneficios a sus seguidores. Al final, resulta que la mayoría desorganizada de los políticamente inactivos se convierte en el árbitro –y en último término en el *tertium gaudens*– en la lucha entre las minorías organizadas de los políticamente activos. Así que, cualquiera que sea el grado oligárquico de la organización de cada minoría cuando se examina desde dentro, incluso entonces el resultado de la competencia entre ellos es, en conjunto, la democracia.¹³⁴

Michels se cuestionaba dos aspectos al concluir su obra: a) si el mal oligárquico de los partidos democráticos es incurable y b) la viabilidad del socialismo. A la segunda pregunta respondió que el socialismo es utópico, pues “no es menos

¹³² Michels, *op. cit.*, tomo 2, p. 156.

¹³³ Lipset, “Introducción” en Michels, *op. cit.*, tomo 1, p. 31.

¹³⁴ Sartori, *Teoría de la democracia 1. El debate contemporáneo*, *op. cit.*, p. 196.

cierto que la riqueza social no puede ser administrada en forma satisfactoria sino mediante la creación de una burocracia numerosa. Todo esto nos conduce, por una lógica inevitable, a la negación categórica de la posibilidad de un Estado sin clases”.¹³⁵ Pueden triunfar los socialistas, pero no el socialismo. Consideraba este proceso como la continua renovación de las oligarquías en tanto que las tendencias oligárquicas siempre se encuentran presentes en todo tipo de organizaciones.

Con respecto a la primera pregunta, es curioso observar que Michels nunca abandonó la esperanza de encontrar una solución a su dilema democrático, pues afirmaba que “la democracia es un tesoro que nadie descubrirá jamás por la búsqueda deliberada; pero si continuamos nuestra búsqueda, al trabajar infatigablemente para descubrir lo indescubrible, realizaremos una obra que tendrá fértiles resultados en el sentido democrático.”¹³⁶

En la última etapa de su pensamiento, Michels se dejó llevar por su propia “ley de hierro” y descartó cualquier diferencia entre un sistema de representación electoral y uno totalitario, resignándose a que la solución de los problemas políticos y el cambio social, yacía en las manos del líder que presentara las aptitudes para llevarlo a cabo, en cuyo caso, lo encontró en la figura de Mussolini.

En síntesis, se ha hecho notar que la aportación de Michels está orientada en primer lugar al estudio de las tendencias organizacionales y a una mala interpretación del fenómeno del liderazgo dentro de estas. No es su intención construir una propuesta teórica que aporte elementos para la conformación y el estudio propiamente dicho de la de la minoría dominante, restringiéndose solamente a reproducir los postulados de Mosca y Pareto para sustentar su análisis.

¹³⁵ Michels, *op. cit.*, tomo 2, p. 170.

¹³⁶ *Ibid.*, p. 193.

Capítulo III. El debate teórico e ideológico entre élites y democracia, en la búsqueda de una perspectiva convergente de las posturas

El verdadero progreso democrático no consiste en rebajar la élite al nivel de la plebe, sino en elevar la plebe a la élite.

Gustave Le Bon

III.1 La difusión de los estudios elitistas en el ámbito internacional. El paradigma en reestructuración

Este capítulo tiene por objeto abordar la segunda etapa del desarrollo de los estudios de la minoría dominante. Se destacará el contexto y las dificultades con las cuales fue acogido el paradigma clásico en el ámbito internacional, particularmente el caso estadounidense, señalando a los autores pioneros que emprendieron la síntesis élite-democracia. De igual manera, se procederá más adelante a analizar cada una de las perspectivas teóricas que componen dicha etapa junto a la profundización de sus elementos esenciales.

En el año de 1935 y 1939, Arthur Livingston emprendió la tarea de publicar los estudios clásicos de la minoría dominante para la cultura de lengua inglesa, usando el título *Mind and Society* para el *Trattato* de Pareto y *The Ruling Class* para los *Elementi* de Mosca. Con ello permitió que las discusiones en torno a este tema alcanzaran un círculo intelectual mucho más amplio que el ofrecido por los pensadores de la Europa continental.

No obstante, una vez difundidos estos estudios en las principales universidades y centros de investigación social, la crítica por parte de la corriente democrática y sus seguidores no se hizo esperar, especialmente en los Estados Unidos de América. El elemento realista inmerso en su cuerpo teórico hizo que los norteamericanos se vieran renuentes a aceptar esos postulados, pues

representaban un serio desafío a la democracia y sus ideales (clásicos) hasta entonces profesados.

Además, hay que recordar que se presentaron en una época en la que los totalitarismos estaban en auge y la doctrina del amigo-enemigo imperaba incluso en las discusiones teóricas. Aquél que dudara de las instituciones libres y democráticas afirmando la posibilidad de que existieran élites en Norteamérica, era considerado un promotor de los regímenes totalitarios y conspiraba, por ende, en contra del pueblo y su “voluntad nacional”.

No es difícil comprender esta actitud cuando se tienen claros los valores defendidos por los estadounidenses, pues como ya hemos mencionado anteriormente, el realismo se enfrenta con los principios democráticos clásicos, señalando que son los menos los que se hacen elegir y que estos pocos no necesariamente son los mejores. A su vez, niega el elemento esencial de la igualdad social de *status*, puesto que recurrentemente demuestra que dicha igualdad es solamente una ficción jurídica y no se practica en el ejercicio político.

La forma en que se tradujeron los clásicos de la minoría dominante tuvo también un importante rol para negar su reconocimiento en el contexto norteamericano. Mosca no fue comprendido en su totalidad debido que muchos buscaron en *The Ruling Class* un libro que tratara y profundizara sobre la clase política, pero se decepcionaron y cuestionaron su rigor intelectual al observar un tratado sobre la política en general, todo ello derivado de la confusión engañosa que tiene el título asignado por el editor.

Dicho motivo conllevó a que la cuestión de las élites se entendiera desde de una visión sociológica derivada de la lectura de Pareto, adoptando y popularizando su concepto de “élite” en detrimento de la aproximación de Mosca. Además, Livingston también cometió el error de presentar la obra de Mosca comparándola con su previa edición de la de Pareto, provocando que los pocos investigadores que se acercaron a la obra del siciliano, estuviesen influenciados por la obra

paretiana e ignoraran por completo las profundas diferencias teóricas y metodológicas con las que fue realizada.

A pesar de este ambiente hostil y poco favorable para el desarrollo de los estudios elitistas, algunos científicos sociales encontraron en el concepto de élite varias respuestas que ayudaban a entender mejor los nuevos sucesos que implicaba el arribo de la sociedad de masas y el siglo XX en general. Las ilusiones del pacifismo internacional, la fe en el progreso científico y la confianza en la economía de libre mercado, habían entrado en una severa crisis; producto de la ineficacia de los acuerdos y órganos internacionales para evitar ambas guerras mundiales, el desarrollo armamentístico sin precedentes como producto de la revolución tecnológica y la Gran Depresión de 1929.

Todo ello contrajo un agotamiento institucional para el sistema capitalista y el gobierno representativo, los cuales no pudieron hacer frente a las demandas populares que compartían el sentimiento de renovar la organización política edificada por las minorías privilegiadas del siglo XIX. En consecuencia, se pusieron a prueba los principios democráticos ante al desafío que suponían los regímenes totalitarios y el comunismo soviético, conllevando a que se elaborara un replanteamiento de la forma en la que se debía comprender la democracia a fin de que pudiese responder a las demandas que exigía el nuevo siglo.

En este contexto histórico, aunado a la inserción de los estudios clásicos de la minoría dominante en la cultura de lengua inglesa, algunos investigadores comenzaron a poner en duda los principios democráticos clásicos que comúnmente se enarbolaban en los discursos políticos, utilizando hábilmente los conceptos propios de los estudios elitistas en el marco de la discusión democrática. Su objetivo era ofrecer una nueva versión de la democracia, más realista –en el sentido que hemos desarrollado a lo largo de la investigación–, pero diferenciándose de Mosca y Pareto en no pretender un retorno al Estado representativo con las características del siglo XIX.

El primer investigador que supo observar estas circunstancias para desarrollar la síntesis entre élites y democracia fue Karl Mannheim, quien pese a rechazar en un inicio los estudios clásicos de la minoría dominante por considerarlos ideologías que permiten a los intelectuales adueñarse del poder en tiempos de crisis¹³⁷; reconoció en 1933 que sus principios realistas de la política son un elemento esencial para explicar el entorno social.

Hoy no podemos ver el pleno alcance de estos problemas; precisamente porque la democracia ha sido realizada en nuestro tiempo, no es para nosotros simplemente un ideal, sino una realidad, que tiene sus aspectos brillantes y sus aspectos tenebrosos. [...] La actitud adecuada con respecto a la democracia ya no es la de considerarla equivalente a cualquier perfección que una fantasía delirante pueda concebir. En vez de eso, la actitud que se debe adoptar ante ella es la de hacer un sobrio inventario que implique la conciencia de sus posibles defectos, como requisito previo para corregirlos.¹³⁸

Mannheim puso en duda uno de sus elementos más esenciales al cuestionarse: ¿No es una contradicción hablar de “minorías” en una sociedad democrática?, ¿No hace desaparecer para siempre la democratización la diferencia entre “minoría” y “masa”? Tomando estas preguntas como guía para observar las sociedades de su época, identificó el hecho de que en todas las democracias es fácilmente identificable la diferenciación entre dirigentes y dirigidos, por lo que la abolición de la capa social minoritaria en los regímenes democráticos es sólo una tendencia y no un dogma que pueda practicarse.

Afirmamos que la democracia se caracteriza no por la ausencia de cualquier capa social minoritaria, sino, más bien, por una forma nueva de selección de minorías y una nueva autointerpretación de la minoría. [...] Lo que más cambia de todo el curso de la democratización es la distancia social entre la minoría y el hombre de

¹³⁷ Véase Karl Mannheim, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª edición, 1987, p. 125.

¹³⁸ Karl Mannheim, “La democratización de la cultura” en *Ensayos de sociología de la cultura*, Madrid, Aguilar, 2ª edición, 1963, p. 245.

la calle. La minoría democrática tiene detrás de sí a la masa; por esto es por lo que puede significar algo para la masa.¹³⁹

Ahora bien, la “distancia social” entre minorías y mayorías a la que se refería Mannheim, estaba aplicada al distanciamiento creado por el poder que ejercen los individuos en sus correlaciones sociales, no a los lugares espaciales como comúnmente denota la categoría. En otras palabras, Mannheim identificaba un cambio sustancial en las relaciones de distancia entre el “yo” (dirigente) y el “otro” (ciudadano), caracterizándose las sociedades democráticas modernas por reducir esa brecha entre ambos.

Si bien en las sociedades aristocráticas, las minorías dirigentes crean y mantienen la distancia vertical entre sus miembros y los grupos dirigidos, relacionándose con estos sólo desde una posición de superioridad; en las sociedades democráticas, en cambio, la distancia social vertical se reduce sin que llegue a desaparecer por completo. La autoridad en estos regímenes es temporal y condicionada a instituciones fundamentales como el proceso electoral o la Constitución, asumiendo la distancia vertical entre minorías y mayorías una forma diferente.

En ese sentido, Mannheim reconoció que los principios fundamentales de la democracia eran tres: “a) la igualdad potencial ontológica de todos los miembros individuales de la sociedad, b) el reconocimiento del *yo vital* de cada uno de los componentes de la sociedad, y c) la existencia de minorías en la sociedad democrática, junto con nuevos métodos de selección de minorías.”¹⁴⁰ Considero que en las sociedades modernas con una democracia representativa, el aspecto distintivo es que

[...] la dirección real de la política está en manos de las *minorías*; pero esto no quiere decir que la sociedad no sea democrática. Pues es suficiente, para que exista democracia, que los ciudadanos individuales, aunque se les impida

¹³⁹ *Ibíd.*, p. 281.

¹⁴⁰ *Ibíd.*, p. 255.

participar directamente en el gobierno de un modo permanente, tengan, al menos, la *posibilidad* de hacer sentir sus aspiraciones a ciertos intervalos.¹⁴¹

Reconocer la existencia de minorías dirigentes en los regímenes democráticos, teniendo en mente siempre que sus características difieren mucho de los regímenes autocráticos, fue un avance trascendental para el desarrollo de la nueva concepción de la democracia, pero también para la interpretación de la élite. Si recordamos las últimas advertencias de Mosca con respecto a dónde debían apuntar los futuros estudios de la teoría que comenzó en 1884, se puede observar que estas nuevas redefiniciones son herederas de su legado y lejos de suponer una ruptura, se perfilan como una continuación del pensamiento en general, manteniendo su morfología conceptual y su esencia teórica.

Por otra parte, en el año de 1942, el prestigioso economista Joseph A. Schumpeter hizo una reestructuración del concepto “democracia” partiendo de una visión competitiva de este régimen. Su propuesta reforzó la postura esbozada por Mannheim y se volvió todo un referente para reconfigurar el paradigma tanto elitista como democrático, sugiriendo incluso la posibilidad de añadir los fundamentos marxistas en esta síntesis.

La idea de “gobierno del pueblo” le parecía a Schumpeter insuficientemente precisa para definir la democracia, puesto que se ha considerado como “pueblo” a diferentes grupos en las distintas épocas de la humanidad. Además, se preguntaba: ¿cómo es posible que el pueblo gobierne técnicamente dadas las condiciones de las sociedades modernas? Era concebible que el pueblo gobernara en comunidades pequeñas y primitivas, pero nunca podría realizarse en las condiciones del siglo XX.

De igual manera, la idea del “bien común” suponía una falla importante a su parecer, dado que en las sociedades imperan intereses de grupos e individuos diferenciados en lugar de un bien común unívoco; e incluso cuando todos

¹⁴¹ *Ibíd.*, p. 254.

aceptaran el mismo tipo de bien común, cada sujeto tendría un método particular y diferente para alcanzarlo.

Schumpeter hallaba el origen del problema en asignarle a la democracia lo que no era: considerarla un ideal, elevarla al grado de fe religiosa y fusionarla al desarrollo de las naciones antes que sólo tomarla como un método político que utiliza una nación para llegar a las decisiones. No obstante, el problema de la democracia tenía una solución para él, siempre y cuando se renunciara completamente a la idea de “gobierno del pueblo” para ser sustituido por “gobierno con la aprobación del pueblo”.¹⁴² De esta manera, el pueblo adquiriría una infinidad de formas posibles para tomar parte en los negocios del gobierno, influyendo e interviniendo en los que efectivamente gobiernan.

Por todo ello, consideró que el “método democrático es aquel sistema institucional, para llegar a las decisiones políticas, en el que los individuos adquieren el poder de decidir por medio de una lucha de competencia por el voto del pueblo.”¹⁴³ Con su nueva definición reconoció, además, incorporar un espacio para el hecho del caudillaje en las democracias. Reconocía que al igual que en la economía, en la política se presenta la competencia “desleal” o “fraudulenta” al momento de competir por el voto, y no reconocer este aspecto de la realidad política conlleva a reducirse a una democracia ideal o de ensueño.

En otras palabras, para Schumpeter la democracia es el gobierno del político¹⁴⁴ y la función primaria del pueblo es la de crear un gobierno, lo cual significa prácticamente decidir quién debe ser el hombre que los acaudille.¹⁴⁵ Como puede observarse, su concepción otorga el papel central de la política en democracia a los dirigentes o élites, enarbolando siempre la libertad para competir por el mando en un ambiente de continuo enfrentamiento de intereses, claro está.

¹⁴² Véase Joseph A. Schumpeter, *Capitalismo, socialismo y democracia*, México, Aguilar, 3ª edición, 1963, p. 316.

¹⁴³ *Ibíd.*, p. 343.

¹⁴⁴ *Ibíd.*, p. 362.

¹⁴⁵ Véase *ibíd.*, p. 348.

Finalmente, Schumpeter enunció en su teoría las condiciones para el éxito del método democrático: a) El material humano de la política debe de ser de una calidad lo suficientemente elevada, b) el dominio efectivo de la decisión política no debe ser demasiado dilatado¹⁴⁶, c) la sociedad industrial moderna debe poder disponer para todos los objetivos de los servicios de una burocracia bien capacitada que goce de buena reputación y se apoye en una sólida tradición, dotada de un fuerte sentido del deber y de un *esprit de corps* no menos fuerte¹⁴⁷, y d) autodisciplina democrática.¹⁴⁸

Teniendo en cuenta estas condiciones, Schumpeter no veía imposible asimilar en conjunto los principios democráticos y los principios marxistas, obviamente redefinidos a su manera. Así como criticó duramente la idea democrática de la “voluntad general”, también rechazó la idea de un gobierno del proletariado y su actitud mesiánica de un futuro régimen sin clases, debido a su inadecuada asociación con la teoría de la explotación que se sustentaba en un enfoque puramente económico de la clase y el interés de clase.

A pesar de tener una fuerte influencia de la forma en que se comportan los agentes económicos, la teoría de la democracia competitiva no es una teoría económica como si lo es la de Anthony Downs.¹⁴⁹ Tampoco se trata realmente de una “nueva teoría” como lo señala Schumpeter, simplemente es un complemento o actualización de la versión clásica. Define mínimamente a la democracia de una forma en la que no se había explicado antes y supera las limitantes que quedaron rebasadas con la sociedad moderna.

¹⁴⁶ En otras palabras, la democracia no exige que todas las funciones del Estado estén sometidas a su método político.

¹⁴⁷ No sólo debe ser eficiente, debe ser también lo bastante fuerte e independiente para guiar. si es necesario, para instruir a los políticos que se pongan a la cabeza de los ministerios. Véase *Ibid.*, p. 372.

¹⁴⁸ Con ello se refería a aceptar el caudillaje, permitirle elaborar un programa y actuar con arreglo al mismo; además de promover en la competencia efectiva por el caudillaje un alto grado de tolerancia para las diferencias de opinión.

¹⁴⁹ Véase Anthony Downs, *Teoría económica de la democracia*, Madrid, Aguilar, 1ª edición, 1973, 338 p.

Empero, es de destacar que la recepción y aceptación de los principios elitistas siempre tuvo –y tiene aún hoy en día– resistencia por parte de quienes defienden los principios democráticos (clásicos), aun con los múltiples esfuerzos que han probado que sus principios sirven para complementar y potenciar el desarrollo de la democracia. Mosca acertó al advertir cuáles eran las causas que impedían su difusión, pues muchos autores se han empeñado dentro de la teoría política en crear una contradicción entre el realismo elitista de jerarquía y el ideal democrático de igualdad.

Prueba de ello fue la crítica elaborada por Georg Lukács, quien afirmaba que “[...] no es casual tampoco el hecho de que el problema de la dirección fuese planteado precisamente por los sociólogos de aquellos países en los que no había llegado a desarrollarse la democracia burguesa.”¹⁵⁰ Dicha sentencia es evidencia del desconocimiento biográfico y contextual de los autores, pues como ya se ha demostrado en el capítulo anterior, ambos autores eran adocráticos antes que antidocráticos, aceptando incluso en la última etapa de sus vidas al régimen democrático como el menos malo de todos los posibles.

Pese a estas precisiones, aceptar la existencia de élites en los regímenes democráticos era una cuestión inconcebible, al grado de ser más factible desconocer un régimen como democrático antes que tolerar las tesis elitistas en su seno. Sólo basta retomar las palabras de Carl J. Friedrich para dar cuenta de ello, pues afirmaba que “aun admitiendo por el momento la exactitud de los ‘datos’, esto demostraría simplemente que la democratización estaba incompleta o, teniendo en cuenta la advertencia de Tocqueville, en retroceso.”¹⁵¹

En el mismo tenor, Friedrich criticó el hecho de que Mosca y Pareto nunca intentaron demostrar la existencia de una clase dirigente o élite cohesionada en las democracias, puesto que la mayoría de sus ejemplos y referentes son de

¹⁵⁰ Georg Lukács, *El asalto a la razón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 1959, p. 508.

¹⁵¹ Carl J. Friedrich, *The new image of the common man*, citado en James H. Meisel, *El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la “élite”*, Buenos Aires, Amorrortu, 1ª edición, 1975, p. 325.

sociedades no democráticas.¹⁵² Más adelante en el desarrollo de esta disertación, utilizó la falacia *ad hominem* refiriéndose al origen siciliano de Mosca como causa de esta actitud, aferrándose a la conclusión de que no hay élites en los Estados democráticamente gobernados.

A pesar de que el trato argumentativo de Friedrich es muy cuestionable, su señalamiento sin duda es certero y trascendental en tanto que reconoce desde una perspectiva democrática, la deficiencia principal de los estudios clásicos de la minoría dominante. Lejos de considerarse una crítica determinante, contribuyó inconscientemente a reflexionar sobre el carácter singular de la élite y redimensionarla en plural, adecuándose así para las democracias del siglo XX.

Sirviéndonos de esta premisa como hilo conductor, retomaremos el nombre de “plural-elitismo” formulado por Puello-Socarras para referirnos a esta etapa del pensamiento elitista¹⁵³. Esta designación reconoce desde una perspectiva eminentemente politológica, la problemática inmersa que suponen todos los criterios de indagación teórica sobre las élites como tema central, integrando además los múltiples tipos de élites presentes en una sociedad.

El uso de este neologismo responde, básicamente, a rechazar la calificación tradicional de “elitismo político” o “democracia elitista” con la que comúnmente suele identificarse esta etapa de pensamiento¹⁵⁴, pues al igual que la mal llamada “escuela italiana de las élites”, representa una falsa generalización que tiende a ser poco precisa para los fines teórico-conceptuales que nos hemos propuesto en esta investigación.

A su vez, es importante destacar que el “plural-elitismo” no es lo mismo que pluralismo político. El primero se concentra exclusivamente en rechazar la idea

¹⁵² *Idem*.

¹⁵³ Véase José Francisco Puello-Socarras, “Élites, elitismo, neELITISMO: perspectivas desde una aproximación politológica en el debate actual” en *op. cit.*, No. 2, enero-junio, 2005, p. 14.

¹⁵⁴ Véase Ettore A. Albertoni, *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, *op. cit.*, 345 p.; Norberto Bobbio, “Élites, teoría de las” en *op. cit.*, pp. 519-527; Eva Etzioni-Havely (ed.), *Classes and elites in democracy and democratization. A collection of readings*, New York, Garland Publishing, 1^o edition, 1997, 335 p.; Geraint Parry, *Political elites*, London, George Allen and Unwin LTD, 1^o edition, 1996, 169 p.

monolítica de una élite que domina la sociedad, abogando por el reconocimiento y la diferenciación de los ámbitos e intereses propios en los distintos subtipos de élites. La segunda categoría, por el contrario, engloba todas las fuerzas y factores que intervienen al momento de la toma de decisiones sin hacer uso del criterio de diferenciación que contempla los altos mandos de la jerarquía.

A partir de una visión panorámica, podemos señalar al menos cinco elementos generales que caracterizan esta segunda etapa del pensamiento elitista:

1. Mantiene la esencia del realismo político al pugnar por un estudio objetivo de la política libre de ideologías.
2. Se reelabora el paradigma clásico de la minoría dominante a partir de una perspectiva sociológica del concepto de “élite” (en plural), en contraposición a los postulados clásicos que parecían sugerir una y no varias.
3. Estados Unidos se convierte en el referente social y cultural para la teorización de las élites en lugar de las sociedades europeas, todo ello derivado de sus implicaciones políticas en el nuevo orden mundial y la influencia de la naciente *political science* norteamericana en las ciencias sociales.
4. La discusión de las élites está íntimamente vinculada con la discusión y desarrollo de la democracia, pero en un sentido moderno altamente diferenciado de sus connotaciones clásicas. Ya no se concibe como una relación incompatible y se considera que el estudio de las élites permite una comprensión más satisfactoria de los problemas que atañen al régimen dominante.
5. Se considera condición suficiente para la democracia la existencia de una pluralidad de élites (diferentes élites y sus distintos tipos), buscando que este aspecto sea el criterio que distingue a los regímenes democráticos de los que no lo son.

Puede inferirse en consecuencia, que la línea de investigación que une a los clásicos de la minoría dominante con los investigadores de la segunda posguerra, se encuentra en la necesidad de una organización social mejor estructurada del mundo moderno, superando la discriminación política de hecho entre los hombres que detentan el poder y los que son excluidos de él; hacia la posibilidad de que existan regímenes donde los dominantes sean más diversos y consideren las opiniones de los dominados.

Si bien se mantiene el principio de que la autoridad para gobernar proviene del pueblo en tanto que es el soberano, los estudios elitistas de la segunda etapa advierten que los ciudadanos no ejercen el dominio a través del gobierno como actividad política. En todo caso, el *demos* adquiere el doble rol de “dominante” y “dominado”, mediado por el aspecto de la representación política como elemento característico de las sociedades modernas.

Si en los clásicos la perspectiva en común era el liberalismo decimonónico, en los investigadores de la posguerra se formaron al menos tres perspectivas teóricas para abordar el objeto de estudio: la perspectiva liberal, la perspectiva marxista y una tercera propuesta crítica donde convergen las dos anteriores. La diferenciación entre una perspectiva y otra está en el tratamiento que hacen a sus preguntas de investigación como punto de partida –las cuales cabe señalar, son el punto en el que se quedó Mosca–: ¿Quiénes componen la minoría? ¿Cuáles son los métodos de reclutamiento, organización y sus fórmulas? ¿Cómo se ejerce la autoridad? ¿Cuáles son las relaciones de la clase política con los otros grupos privilegiados y con el poder y prestigio?

Con ello no se busca, en absoluto, reducir el espectro teórico a estas tres perspectivas ni excluir sin fundamentos suficientemente válidos a un gran número de autores que han trabajado la cuestión de las élites. En todo caso, la intención es sistematizar la discusión teórica a partir de los referentes más destacados en un enfoque de la ciencia política que todavía requiere de mucho trabajo y dedicación.

A continuación, procederemos a explicar y profundizar los elementos característicos de cada perspectiva, reconociendo y destacando su aportación diferenciada en favor de comprender esta etapa de desarrollo en su conjunto.

III.2 La perspectiva liberal y su defensa de las libertades políticas

La perspectiva liberal para abordar el estudio de las minorías dominantes es la más tradicional y recurrente de todas, dado que desde los trabajos de Mosca y Pareto, se observaba ya plasmada la herencia de esta tradición en aspectos muy concretos de la libertad política. Sin embargo, la forma de entender el propio liberalismo y su relación con las élites, se modificó con la llegada del siglo XX, formulando nuevas interpretaciones mediante los trabajos de Mannheim y Schumpeter sobre la materia.

Este grupo de investigadores partía de la premisa elemental del pensamiento elitista: en todos los regímenes existe una minoría dominante y es esta la que dirige a la mayoría que carece del poder. No obstante, había que continuar donde Mosca se quedó, preguntándose en qué se diferencian las élites de distintos regímenes, particularmente las del tipo democrático.

Para emprender esta labor, mantuvieron firme la convicción de que el sistema constitucional es una herramienta útil para indicar la forma en que debe conducirse una sociedad determinada. No es de sorprender este hecho, puesto que el constitucionalismo ha sido uno de los legados más importantes que ha brindado el liberalismo político. Empero, elevaron al mismo rango la importancia del realismo político como perspectiva para comprender los hechos sociales, puesto que la verdadera naturaleza de la sociedad sólo puede entenderse cuando se tienen en cuenta a los hombres que operan el sistema.

En ese sentido, el nombre que se adjudique el régimen no importa, ya que la cuestión está en saber: a) ¿Quién pertenece a la minoría dominante y hasta qué punto es fácil entrar a ella? ¿Es esta más o menos abierta o cerrada?, b) ¿Cuáles

son los privilegios que gozan los miembros de la minoría gobernante? y, c) ¿Cuáles son las garantías que ofrece el régimen a los gobernados?¹⁵⁵

Para profundizar en esta perspectiva, recuperaremos sus postulados más sobresalientes a través de las obras de James Burnham, Harold D. Lasswell y Raymond Aron, siendo este último el que más aportes y discusión realizó sobre el tema. El eje en común que guiaba a estos tres autores era la búsqueda por mantener y garantizar las libertades políticas en las nuevas sociedades de masas a través de los medios democráticos y no al revés.

La democracia dejó de ser considerada un fin para convertirse en un medio, siguiendo la influencia ejercida por Schumpeter en cuanto a entenderla como método político. No se observaba la existencia del gobierno “del” pueblo, en todo caso había gobierno “para” el pueblo y su visión clásica entorno a la igualdad de *status* y autogobierno, pasó a ser considerada la “fórmula”, “derivación” o “mito político” por excelencia de la sociedad moderna.

A diferencia de los clásicos de la minoría dominante y bajo el lema “sin ilusiones, sin pesimismo”, Aron cuestionó los postulados democráticos y el liberalismo decimonónico, afirmando que dichos regímenes habían sido constitucionales antes que populares, interrogándose: a) ¿Pueden los regímenes democráticos hacerse populares y mantenerse constitucionales?, b) ¿No hay una contradicción entre el advenimiento de las masas y la naturaleza de los regímenes constitucionales elaborados y practicados por la burguesía? y, c) ¿Es cierto que la práctica parlamentaria da la realidad del poder a los ciudadanos tal como lo quiere la doctrina?¹⁵⁶

Preguntas guía de este tipo, conllevaron a que sus investigadores vieran al régimen democrático más como la arena donde se hacen escuchar y se enfrentan los múltiples intereses de la sociedad, antes que convertirse en un espacio homogéneo con miras a un único interés en conjunto. En ese sentido, la

¹⁵⁵ Véase Raymond Aron, *Democracia y totalitarismo*, Barcelona, Seix Barral, 1ª edición, 1968, p. 112.

¹⁵⁶ Véase *Ibíd.*, p. 109-110.

democracia era el método idóneo para preservar las libertades políticas y el control del poder.

En la práctica, en el mundo real más bien que en mundo mítico de las ideologías, la “democracia” significa un sistema político en el cual hay “libertad”: es decir, lo que Mosca llama “defensa jurídica”, una medida de seguridad para el individuo que lo protege del poder personal ejercido arbitrariamente y sin responsabilidad. Por otra parte, la libertad o la defensa jurídica se resume en el *derecho a la oposición*, o sea el derecho de los oponentes a la *élite* gobernante a organizarse y expresar públicamente sus opiniones contrarias a las de la *élite*.¹⁵⁷

En consecuencia, “no la unidad sino la diferencia; no el Estado moderno sino todo lo que sea susceptible de oponerse al Estado; no los líderes sino los irreductibles opositores de los líderes; no la conformidad con la opinión oficial sino la crítica persistente, es lo que constituye las defensas de la libertad.”¹⁵⁸ Dicha síntesis entre élite y democracia, rigiéndose por la primacía de la libertad, implicó un desarrollo a profundidad de las insinuaciones superficiales que ya realizaban Mosca y Pareto en sus últimos escritos, presentándose de una forma renovada para enfrentar los desafíos de las sociedades modernas.

Como puede apreciarse, la perspectiva liberal de la minoría dominante niega la existencia de un grupo coherente, consciente y cohesionado al frente de las decisiones que implican el ejercicio del poder en las democracias. A su vez, la idea de un bien común homogéneo y los discursos de unidad nacional son tomados como ficción, pues la esencia de estos regímenes es la competencia y la rivalidad de intereses dentro de las reglas del juego político para alcanzar acuerdos.

La libertad en el mundo real es, por lo tanto, el producto del conflicto y de la diferencia, no de la unidad y la armonía. Y también desde ese punto de vista podemos ver los peligros del “idealismo”, del utopismo y de la demagogia. Los idealistas, los utopistas y los demagogos siempre nos dicen que se logrará una

¹⁵⁷ James Burnham, *Los maquiavelistas. Defensores de la libertad*, Buenos Aires, Emecé, 2ª edición, 1953, p. 248.

¹⁵⁸ *Ibíd.*, p. 254.

sociedad mediante el triunfo absoluto de su doctrina y de su partido. Los hechos nos demuestran que el triunfo absoluto de cualquier partido y de cualquier doctrina solo puede significar la tiranía.¹⁵⁹

Las modernas sociedades trajeron consigo cambios sustanciales con respecto a la constitución y reclutamiento de las élites, tendiendo cada vez más a la pluralidad de los grupos dirigentes antes que a su unificación. Aron se preguntaba ¿cómo se había alcanzado ese grado de disociación de poderes en las sociedades industriales democráticas?

Observaba que cuando la masa se traslada a las ciudades, se crea inevitablemente una multiplicidad de categorías dirigentes para realizar las actividades, a diferencia de la conjunción del poder militar y la propiedad de la riqueza en una sola familia o individuo, propio de las sociedades aristocráticas o regímenes totalitarios. Siguiendo este análisis, el sociólogo francés halló tres rasgos característicos en los regímenes democráticos: a) existencia de pluralidad en los poderes espirituales, b) poder radicalmente civil, cuyos detentores aceptan la endeblez de su ejercicio y, c) organización permanente de los no privilegiados con miras a la reivindicación.¹⁶⁰

A la par de estos hallazgos, podemos decir que los elitistas de tendencia liberal mantuvieron la premisa del barón de Montesquieu en cuanto a que en la vida social real, sólo el poder puede ejercer control sobre el poder.¹⁶¹ Sin embargo, la diferencia sustancial entre ellos y el filósofo francés estaba en la forma de concebir e implementar esta sentencia, pues no era suficiente enunciar en la Constitución la división de los poderes formales. Al aplicar una dosis de realismo político a la fórmula, este principio debía extenderse también a los grupos y fuerzas sociales que intervienen en la sociedad.

¹⁵⁹ *Ibíd.*, p. 117.

¹⁶⁰ Raymond Aron, *La lucha de clases*, Barcelona, Seix Barral, 2ª edición, 1971, p. 133. Es de destacar el último rasgo para las democracias modernas, ya que a diferencia de los esclavos de la época clásica y los siervos de las sociedades feudales que aceptaban su rol social; las masas concibieron organizaciones permanentes con miras a reivindicar su posición, surgiendo así las asociaciones civiles y especialmente los sindicatos obreros que constituyeron todo un referente.

¹⁶¹ Véase Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, Libro XI, Cap. IV, Madrid, Istmo, 1ª edición, 2002, p. 245.

En ese sentido, el concepto de la defensa jurídica de Mosca, cuya raíz parte de una concepción liberal, fue fácilmente acogido y desarrollado por este grupo de pensadores elitistas. Estaban completamente convencidos de que el desarrollo de la democracia plena debía estar compuesto por la constante competición de fuerzas sociales, de tal forma que ninguna pudiese concentrar todo el poder hasta convertirse en un actor determinante o univocista.

Como se ha mencionado en el capítulo I, el concepto de élite es uno de los más complicados dentro de las ciencias sociales, dado que no existe consenso de sus límites y características que permitan ofrecer un significado certero. La perspectiva liberal no es la excepción, pues no existe un concepto general que represente el pensamiento de todos los investigadores inmersos en esta postura aun cuando comparten características similares del mismo concepto.

Por ello, la riqueza de la perspectiva liberal la encontramos en los alrededores del concepto de élite, en la forma de plantear su vinculación con la democracia y el valor que tiene su estudio para las sociedades modernas; no así en el concepto en sí mismo. Difícilmente existe una definición que satisfaga todos los aspectos considerados en los múltiples postulados de la perspectiva liberal, o bien, que se mantenga firme en su desarrollo argumentativo.

Por ejemplo, Burnham predicaba el control inminente de una nueva “clase dominante” cuyo ascenso y control se vio favorecido a partir de la Primera Guerra Mundial. Con la llegada de los “directores” que ejercían poder sobre los medios de producción y el Estado, sin ser ellos sus propietarios, se había gestado lo que denominó la “revolución de los directores”.¹⁶²

Si bien es cierto que los directores y gerentes adquirieron un rol importante en la toma de decisiones y la distribución del poder con la llegada de la sociedad de masas, difícilmente se puede aceptar la propuesta tan radical de Burnham para adquirir el rango de élite. Además, todavía utiliza el concepto de “clase

¹⁶² Véase James Burnham, *La revolución de los directores*, Buenos Aires, Sudamericana, 3ª edición, 1967, p. 98 y 104.

dominante”, cuyo origen descansa en una concepción estrictamente económica que deja de lado a los otros ámbitos del poder social.

Con respecto a Lasswell y su concepto de “élite”, observamos un poco de confusión, dado que con el paso de los años llegó a formular distintas versiones de éste, omitiendo el aclararnos si una determinada definición era un complemento a las anteriores o bien, su sustituto. De tal modo que en sus primeros escritos –influenciados por conocer a Mosca en persona– contemplamos una élite caracterizada por el aprovechamiento óptimo de los bienes y por su destreza para manipular a las masas.

Escribía en 1935 que “los pocos que sacan el máximo provecho de cualquier valor son la *élite*, el resto son el rango y el archivo –refiriéndose a la gente común–. Una élite preserva su ascendencia mediante la manipulación de símbolos, el control de suministros y la aplicación de la violencia.”¹⁶³ Reforzando esta idea, escribió un año más tarde que “los influyentes son aquellos que sacan el máximo provecho de lo que hay que conseguir. Los valores disponibles pueden clasificarse como *deferencia, ingresos, seguridad*. Los que más sacan son *élite*, el resto son *masa*.”¹⁶⁴

14 años después en el seno del Instituto Hoover, se puede observar un cambio sustancial en su definición de élite, enfocándose más en la distribución del poder –entendido como el grado de participación en la toma de decisiones– que en los valores alcanzados por la minoría. “La élite son esos con mayor poder en un grupo; la semi-élite, aquellos con menos poder; la masa, con el mínimo poder.”¹⁶⁵ De esta manera, concluyó su segunda etapa académica dos años

¹⁶³ Harold D. Lasswell, *World politics and personal insecurity*, New York, McGraw-Hill, 1ª edición, 1935, p. 3. La traducción es mía.

¹⁶⁴ Harold D. Lasswell, *Politics: Who gets what, when, how*, New York, Whittlesey House, 1ª edición 1936, p. 295. La traducción es mía.

¹⁶⁵ Harold D. Lasswell and Abraham Kaplan, *Power and society. A Framework for political inquiry*, New Haven, Yale University Press, 1ª edición, 1950, p. 201. La traducción es mía.

después, afirmando que la élite está conformada por “los que poseen poder dentro de un cuerpo político.”¹⁶⁶

Esta última definición, en la que puede apreciarse la influencia de Pareto, es más amplia y versátil que la definición convencional que considera a la élite constituida por aquellos que participan en la toma de decisiones dentro del gobierno. En ella se reconoce desde una perspectiva realista a aquellos sujetos que son ajenos al gobierno pero que también ejercen poder sobre un gran número de personas.

Además, Lasswell fue cuidadoso en cuanto a su concepción de igualdad, pues destacó que “un régimen se define como igualitario, no por el grado en que el *poder* está equitativamente distribuido, sino por el grado de *acceso* al poder.”¹⁶⁷ De esta forma, no tuvo problema en aceptar que las decisiones en una democracia son tomadas por un número reducido de individuos, ya que se puede ser altamente democrático expresándose a través de unos cuantos dirigentes.

Al igual que las definiciones de Lasswell, el concepto de élite empleado por Aron es difuso, poco preciso y carece de constancia a lo largo de su obra. Si bien es cierto que a Aron siempre le preocupaba la claridad en los conceptos y su uso adecuado en el análisis político; no alcanzó a consolidar, mediante el desarrollo de su pensamiento, una definición que llegara a contener de manera sistemática el diálogo y discusión de todas sus obras.

Desde una comparación entre las democracias occidentales y el comunismo soviético, Aron afirmaba en 1950 que la élite es “la minoría que, en cualquier sociedad, ejerce la función de gobernar la comunidad.”¹⁶⁸ La estructura de la élite, entendida como la relación entre los diferentes grupos de la élite que es

¹⁶⁶ Harold D. Lasswell, Daniel Lerner and C. Easton Rothwell, *The comparative study of elites: An introduction and bibliography*, Stanford, Stanford University Press, 1ª edición, 1952, p. 13. La traducción es mía.

¹⁶⁷ Lasswell, *Power and Society*, *op. cit.*, p. 226-227. La traducción es mía.

¹⁶⁸ Raymond Aron, “Social structure and the ruling class: part one” in *The British Journal of Sociology*, Vol. 1, No. 1, March, 1950, p. 9.

peculiar en cada sociedad,¹⁶⁹ era para Aron un reflejo de la estructura de la sociedad y sus grupos sociales.

De hecho, aunque en todas partes hay administradores de empresas, funcionarios gubernamentales, secretarios sindicales y ministros, no están en todas partes reclutados de la misma manera y pueden formar un conjunto coherente o permanecer comparativamente distintos entre sí. –Por lo tanto–, la diferencia fundamental entre una sociedad del tipo soviético y una del tipo occidental es que la primera tiene una élite unificada y esta última una élite dividida.¹⁷⁰

Aron aseguraba que en la URSS, todos los subgrupos estaban subordinados al Partido Comunista (PCUS), impidiendo el desarrollo de aspectos inherentes a toda organización como la competencia y la rivalidad entre ellos. En contraposición, en las sociedades de tipo occidental, cada grupo defiende sus intereses con ardiente pasión, viéndose en la necesidad de generar acuerdos que satisfagan todas las posturas.

Este argumento siguió siendo el centro de discusión al tratar el tema de las élites en sus obras posteriores¹⁷¹, profundizando aún más en el aspecto de las diferencias sustanciales entre un tipo de sociedad y la otra. Al igual que Lasswell, Aron flexibilizó y amplió su definición de “élite” durante las lecciones que impartió en la Sorbona en el curso 1956-1957, prefiriendo adoptar el término “categorías dirigentes” como constante histórica en las sociedades.¹⁷² Hizo a un lado la condición de ser gobernante para incluir a los gerentes de los medios de producción, administradores, dirigentes políticos y agitadores de masas, pues a su parecer, ninguna sociedad industrial moderna puede ignorar su relevancia social.

No obstante, Aron fue cuidadoso en advertir que la disociación de poderes en las sociedades occidentales y su unificación en el régimen soviético, eran tipos

¹⁶⁹ *Ibíd.*, p. 10.

¹⁷⁰ *Ibíd.*, p. 10. La traducción es mía.

¹⁷¹ Véase Aron, *La lucha de clases*, *op. cit.*; Aron, *Democracia y totalitarismo*, *op. cit.*; Raymond Aron, “Clase social, clase política y clase dirigente” en Bendix, Reinhard y Seymour Martin Lipset, *Clase, status y poder*, Madrid, Euramerica, 1ª edición, 1972, pp. 11-32.

¹⁷² Véase Aron, *La lucha de clases*, *op. cit.*, p. 139.

ideales en nuestra mente, pues en la realidad lo que se observaba eran sólo tendencias latentes. De esta forma, puede darse el caso que una persona pertenezca a dos tipos de élite en una sociedad democrática, o bien las élites rivales estén de acuerdo en un punto en común y omitan la disputa. Aspecto similar puede presentarse en el régimen soviético, pues si bien la subordinación al partido oficial es apabullante, el poder religioso, económico e intelectual se mantiene diferenciado. Quizá no se aprecien en distintos actores, pero sí lo hace en las prioridades y la forma en que se ejerce el mando.

En sintonía con la idea de la diferenciación de fuerzas sociales planteada por Mosca, Aron celebraba y reconocía que las sociedades democráticas, o como prefería llamarlas, regímenes constitucional-pluralistas,¹⁷³ tienden a la disociación de los dirigentes aceptando que otros representantes de facciones contrarias sean susceptibles de remplazarles. En otras palabras, aceptan las reglas del juego político y efectúan los cambios mediante reformas moderadas, pues como hemos señalado con anterioridad, un rasgo esencial de los realistas políticos es su desprecio por las transformaciones sociales radicales. Aron lo señala de forma explícita al comentar que

El funcionamiento de una sociedad democrática está comprometido tan pronto como la pluralidad ideológica se transforma en lucha a muerte; en las democracias apaciguadas, la organización de los no privilegiados no es revolucionaria, las reivindicaciones no rebasan los marcos del sistema, la disociación de poderes espirituales no se expresa en una rivalidad implacable. El poder civil es aceptado en su legitimidad propia, es decir, electoral. Desde ese momento aparece una cierta unanimidad de orden ideológico que consiste en la aceptación por todos de las reglas según las cuales el poder se adjudica. La sociedad es democrática puesto que la controversia sigue siendo posible sobre todos los temas; pero el poder es estable gracias a la aceptación unánime o casi unánime de los principios sobre los cuales descansa la organización del Estado mismo.¹⁷⁴

¹⁷³ Véase Aron, *Democracia y totalitarismo*, op. cit., p. 93.

¹⁷⁴ Aron, *La lucha de clases*, op. cit., p. 137.

En ese sentido, las élites en regímenes democráticos deben apelar a la competencia antes que al conflicto. Se observan rivales, no enemigos. Sólo bajo estas premisas es posible reconocer como un factor positivo la presencia de élites dentro de los regímenes democráticos.

Para la perspectiva liberal, los gobernados son un factor importante para el buen funcionamiento del régimen en tanto que no cesan de suministrar elementos que comprenden la lógica del poder, deseosos de incursionar en el círculo de las élites. En un símil con el cuerpo humano y la circulación de la sangre, la masa es vital por mantener la circulación de las élites y prevenir la decadencia que advertía Pareto hacia las élites cerradas.

Por lo tanto, una clase gobernante científica mantendrá sus puertas abiertas; y esto beneficiará a los gobernados no sólo porque permitirá la ascensión al poder de los individuos más dinámicos y capaces, sino –y esto es lo más importante– porque permitirá una expansión más grande de las energías sociales creadoras. [...] En lo que atañe a los gobernantes, la libertad es una salvaguardia contra la degeneración burocrática, un freno para los errores y una protección contra la revolución.¹⁷⁵

Me gustaría cerrar este apartado con una conclusión que sintetiza de manera magistral la perspectiva liberal. En palabras de Aron:

Una élite unificada significa el fin de la libertad. Pero cuando los grupos de la élite no sólo son distintos sino que se vuelven una desunión, significa el fin del Estado. La libertad sobrevive en esas regiones intermedias, que son continuamente amenazadas cuando hay unidad moral de la élite, donde hombres y grupos preservan el secreto de la sabiduría única y han aprendido a combinar la autonomía con la cooperación.¹⁷⁶

Aron siempre estuvo convencido de poder caracterizar cada sociedad en función de su categoría dirigente, pues “el análisis de las clases sociales conduce al de las

¹⁷⁵ Burnham, *Los maquiavelistas*, op. cit., p. 272-273.

¹⁷⁶ Raymond Aron, “Social structure and ruling class: part two” in *The British Journal of Sociology*, Vol. 1, No. 2, June, 1950, p. 143.

categorías dirigentes y el estudio de estas últimas, a su vez, remite al análisis de regímenes políticos. Cuando Aristóteles estudiaba la estructura de las ciudades griegas, no olvidaba ni las distinciones de grupos, ni la diversidad de regímenes.”¹⁷⁷

Por ello, consideramos que el máximo aporte de la perspectiva liberal al estudio de las élites es destacar que las democracias se diferencian de cualquier régimen por tener una minoría diversificada en varios tipos de élites que están en constante competencia. Las interrogantes guía que elaboraron sus exponentes son un valioso esfuerzo intelectual que aun hoy en día merecen revisión y reflexión, pues el estudio de la génesis, comportamiento y renovación de las élites, sigue siendo clave para analizar nuestros regímenes políticos actuales en apego a sus acciones reales dentro del ámbito del poder.

III.3 La perspectiva marxista y su advertencia de la unión de intereses entre élites

La perspectiva marxista podría ser considerada a primera vista la más contradictoria de todas para el estudio de las élites, pues basta recordar que los estudios clásicos de las minorías dominantes surgieron para enfrentar y desmentir la “lucha de clases” como explicación histórica de las sociedades.

Mediante un análisis profundo de ambos enfoques políticos, se puede observar que comparten más similitudes de las que les gustaría admitir. A través de una ponderación realista del modo en que se desenvuelve la sociedad, ambas doctrinas convergen en una conclusión en común: en las sociedades industriales, unos son los que dirigen y otros son dirigidos. La diferencia sustancial se encuentra en las consecuencias que interpretan de este hecho y las futuras acciones a realizar con respecto a esta condición.

Es importante recordar que esta simbiosis entre enfoques no es un aspecto que surge en la etapa del plural-elitismo, ya que Michels fue el primer investigador

¹⁷⁷ Aron, *La lucha de clases*, *op. cit.*, p. 152.

en estudiar y desarrollar aspectos de la minoría dominante a partir de una formación marxista. Él probó que algunas categorías propias del marxismo son una base lo suficientemente sólida para investigar las interacciones entre la minoría dominante y las masas, extrayendo de estos resultados un análisis distinto a las sentencias y métodos que proponían sus partidarios más orientados al liberalismo.

En ese sentido, debemos precisar que al referirnos a la perspectiva marxista en el estudio de las élites, se hace alusión al uso de categorías y conceptos derivados de los postulados establecidos por Marx y Lenin, en sincronía con los que propusieron los clásicos de la minoría dominante. Poco o nada tiene que ver con la implementación de los elementos elitistas para la realización del ideal socialista de una sociedad sin clases.

Para comprender esta perspectiva, retomaremos los polémicos argumentos ofrecidos por Charles Wright Mills, la reflexión posterior de Tom B. Bottomore y finalmente, la verificación de esta perspectiva elaborada por Milovan Đilas y Aleksandar Sekulovič. El elemento particular que vuelve innovadora y a su vez compleja a la perspectiva marxista, es sin duda, su abordaje distinto; o mejor dicho, paralelo a la conclusión final que hace el plural-elitismo en general.

A pesar de que los elitistas marxistas pertenecen a esta segunda etapa del pensamiento de las minorías dominantes, en tanto que contienen las cinco características anteriormente mencionadas; Mills y Bottomore resaltan por no aceptar un pluralismo abierto en el estrato de las élites dentro de las democracias modernas. Esta convicción se debe a su influencia teórica y la defensa de tópicos marxistas como las “clases sociales”, la “conciencia de clase” y el control de los medios de poder como traducción de dominio; llevándolos a sostener en sus estudios la idea de una élite unificada en intereses o hasta cierto punto, monolítica.

Empero, no debe entenderse la unificación en el sentido de que no hay diferenciación entre los ámbitos sociales y sus respectivas élites. Estos autores

reconocen los subgrupos de forma diferenciada en cada ámbito, pero también observan que la sociedad moderna ha conllevado a que los miembros de distintas élites compartan intereses en común, tendiendo más a reunir esfuerzos como clase consiente de sí misma que a enfrentarse entre ellos.

Este es quizá el aspecto más polémico y seguramente, el debate más acalorado que han emprendido los principios elitistas y democráticos a partir de la mitad del siglo XX, dando como resultado una cantidad abrumadora de tinta enfocada a criticar, precisar o desmentir la premisa marxista de las élites. Por tal motivo, emprenderemos la tarea de aclarar con detalle este aspecto, a fin de que se comprenda la intención de esta perspectiva y se despejen las innumerables críticas que han malinterpretado la idea de unificación en la élite, dirigidas en particular a Mills.

Toda la polémica comenzó en el año de 1956 con la publicación de la *Élite del poder*, elaborada por quien se consideraba a sí mismo un rebelde del *establishment* en las ciencias sociales, C. Wright Mills. Bajo la influencia directa de Marx y Weber, Mills emprendió un análisis crítico de las altas esferas nacionales que conformaban la sociedad estadounidense, señalando que las condiciones de la sociedad moderna conllevan a que los grupos más poderosos formaran alianzas para satisfacer sus intereses en conjunto, al grado de conseguir un dominio sobre la sociedad estadounidense nunca antes visto.

Esta forma de concebir el fenómeno de las élites es un punto de quiebre con Pareto y la perspectiva liberal, pues Mills consideraba iluso e ideológico sustentar que el talento es el factor que conduce a los individuos a convertirse en una élite. Según muestra su investigación, en la mayoría de los casos, los miembros de la élite recurren a los especialistas y expertos talentosos para obtener consejos en torno a las grandes decisiones, pero este hecho no implica

que ellos tengan el talento o que sus asesores conquisten los altos cargos dentro de la jerarquía.¹⁷⁸

A su vez, Mills rompía con las bases teóricas establecidas, negándose a utilizar el concepto de “clase dirigente” para describir las minorías dominantes. Consideraba que era una expresión mal entendida con un alto determinismo económico, infravalorando otros estratos fundamentales para comprender las élites dentro de los Estados Unidos.

“Clase” es un término económico, “dirigir” es término político. Así, la frase “clase dirigente” contiene la teoría de que una clase económica dirige políticamente. [...] Concretamente, la frase “clase dirigente”, en sus connotaciones políticas comunes, no concede bastante autonomía al orden político y a sus agentes, y no dice nada de los militares como tales.¹⁷⁹

Tanto el marxismo clásico que concedía protagonismo al burgués capitalista como el liberalismo que se lo otorgaba al representante político, eran para él doctrinas insuficientes para la construcción de un concepto acertado. Es por ello que prefirió acuñar el concepto más flexible de “élite del poder”, concentrando dentro de ella los poderes económico, político y militar.

Entendemos por minoría del poder los círculos políticos, económicos y militares que, como un conjunto intrincado de camarillas que se trasladan e imbrican, toman parte en las decisiones que por lo menos tienen consecuencias nacionales. En la medida en que se deciden los acontecimientos nacionales, la élite del poder está constituida por quienes los deciden.¹⁸⁰

Estos hombres provenientes de diferentes círculos del poder, cuyas decisiones son de gran trascendencia, optaron inducidos por las circunstancias socio-históricas a mitad del siglo XX, por coincidir cada vez más en sus intereses. Sin embargo, Mills atribuye que estas decisiones encuentran su respaldo en los

¹⁷⁸ Véase C. Wright Mills, *La élite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª edición, 2013, p. 361 y 399

¹⁷⁹ *Ibíd.*, p. 322.

¹⁸⁰ *Ibíd.*, p. 36.

cargos que poseen dentro de la jerarquía, pues sólo a través de ellos, los individuos logran ejercer el poder dentro de las sociedades modernas.

Pero la minoría está formada simplemente por los que tienen el máximo, porque no “tendrían el máximo” si no fuera por sus posiciones en las grandes instituciones. Pues esas instituciones son las bases necesarias del poder, la riqueza y el prestigio, y al mismo tiempo los medios principales de ejercer el poder, de adquirir y conservar riqueza y de sustentar las mayores pretensiones de prestigio.¹⁸¹

Aun cuando Mills no lo reconozca de forma explícita, comparte con Mosca el mérito de ver en las instituciones sociales una conexión directa con los miembros que componen la minoría dominante. El estudio del alto estrato del poder no es una cuestión sólo de personalismos y liderazgo, pues se observa que las élites deben su poder, riqueza y prestigio a la posición que ocupan en las instituciones, debido a que estas son las que les permiten ejercer, adquirir y mantener sus privilegios. Mills señalaba que

Detrás de estos hombres y detrás de los acontecimientos de la historia, enlazando ambas cosas, están las grandes instituciones de la sociedad moderna. Esas jerarquías del Estado, las empresas económicas y el ejército constituyen los medios del poder; como tales, tienen actualmente una importancia nunca igualada antes en la historia humana, y en sus cimas se encuentran ahora los puestos de mando de la sociedad moderna que nos ofrecen la clave sociológica para comprender el papel de los círculos sociales más elevados en los Estados Unidos.¹⁸²

Por lo tanto, podemos observar que la argumentación de Mills apela a un método posicional para el estudio de las élites, pues observa que el poderoso es tal, sólo mediante el acceso al mando de las grandes instituciones sociales, dado que a través de ellas el poder puede ser más o menos duradero e importante. En otras palabras, el poder no es un aspecto que posee un individuo, o al menos no en las

¹⁸¹ *Ibíd.*, p. 26.

¹⁸² *Ibíd.*, p. 22.

sociedades modernas. El poder lo ejercen los individuos gracias al acceso que tienen a las posiciones más altas de las instituciones de poder.

Además, parte de esta visión se debe a que Mills compartía con el marxismo clásico la idea de que el control de los medios de poder es un factor determinante en las sociedades modernas. El dominio que se consigue a través de la propiedad de los medios de producción, los recursos del Estado y las armas del ejército; se ve incrementado también por los instrumentos de manipulación propios del siglo XX, dando como resultado un control inédito en la sociedad estadounidense. Por ello, agregaba a su definición:

Al ampliarse y centralizarse la escala de instituciones, ha sucedido otro tanto con la gama e intensidad de los esfuerzos realizados por los elaboradores de opiniones. [...] Por lo tanto, además de sus medios de administración, explotación y violencia, ampliados y centralizados, la minoría moderna tiene a su alcance instrumentos de manejo y manipulación psíquica únicos en la historia, que incluyen la educación universal obligatoria, así como los medios para la comunicación de masas.¹⁸³

Ocho años más tarde, reflexionando el estudio de Mills en torno a la élite y partiendo también de una formación marxista, Tom Bottomore reconoció a la par de Raymond Aron, la ausencia y necesidad de conformar una terminología bien estructurada para profundizar en el campo de las élites. Por ello, en *Elites and Society*¹⁸⁴, se encargó de señalar las diferencias entre los conceptos de “minoría selecta”, “clase política” y “élite”; pues creía que este debía ser el primer paso para aclarar la complejidad del estudio de las élites. En ese sentido, afirmó que la élite

Comprende dentro de la clase política en un grupo más pequeño a aquellos individuos que ejercen efectivamente el poder político en una sociedad y en un tiempo determinado. La extensión de la élite política es, por lo tanto, fácil de determinar; está formada de miembros del gobierno y de la alta administración,

¹⁸³ *Ibíd.*, p. 356.

¹⁸⁴ La traducción se llevó a cabo bajo el cuidado de la editorial Gredos un año después, modificando el título a *Minorías selectas y sociedad*. A partir de aquí, esta será la edición a la que haremos referencia.

jefes militares y, en algunos casos, familias, políticamente influyentes, de una aristocracia o casa real y directivos de empresas económicas poderosas.¹⁸⁵

Bottomore tiene el crédito de realizar la adecuación más pertinente del concepto marxista de “clase dominante” y la concepción mosqueana de “clase política-dirigente”, aplicadas a las sociedades modernas. El sociólogo inglés logró reconciliar la supuesta confrontación de estos dos enfoques, proponiendo un nuevo instrumento para evaluar las sociedades que efectivamente poseen una clase dominante o bien, los estratos más altos de la sociedad que representan intereses particulares. En otras palabras, la democracia se presenta

[...] en las sociedades en que no existe una clase dominante sino una *élite política* que funda su poder en la influencia sobre la administración, o sobre la fuerza militar más que en la propiedad y herencia de bienes y, por último, las sociedades en las que, a pesar de contar con la existencia de una multiplicidad de *élites*, “no puede hallarse un grupo coherente y duradero” de individuos o familias poderosas.¹⁸⁶

Como se puede observar, ambas aproximaciones teóricas son muy similares en cuanto a los estratos que consideran, componen a las élites. Por las circunstancias anteriormente descritas, ambos observaban que los ricos corporativos, los señores de la guerra y el directorio político estaban más interconectados que nunca.

La socialización entre estos estratos, con la intención de formar lazos en común a partir de sus intereses, hizo que el poder se ampliara enormemente y se centralizara decisivamente, teniendo como resultado que las decisiones de estos tres ámbitos se tomaran en conjunto y alcanzaran consecuencias de impacto nacional. De acuerdo con Mills, las tres claves que permitieron el surgimiento de la minoría del poder fueron: a) la psicología de las diversas élites en sus respectivos

¹⁸⁵ Tom B. Bottomore, *Minorías selectas y sociedad*, Madrid, Gredos, 1ª edición, 1965, p. 19.

¹⁸⁶ *Ibíd.*, p. 49. Véase también para una mayor profundización en la conexión que hay entre marxismo y elitismo, José Francisco Puello-Socarras, “Marxismos y elitismos: de Karl Marx a Gaetano Mosca (y más allá...) Los conceptos de clase dominante y clase política” en Estrada Álvarez, Jairo, (ed.), *Marx vive. Teoría y acción política en el capitalismo actual*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1ª edición, 2006, pp. 167-190.

ambientes; b) la estructura y los mecanismos de esas jerarquías institucionales y; c) la unidad de una coordinación más explícita.¹⁸⁷

La primera responde a la similitud que comparten sus miembros en cuanto a su origen y educación, su modo de vida y en general, el tipo social análogo que implica el pertenecer a la capa más alta de la población para socializar más fácilmente. La segunda se refiere al dominio y alcance ligado a los máximos cargos de la jerarquía. Finalmente, la tercera tiene que ver con la habilidad de estos individuos para percatarse que sus intereses diferenciados se realizarían más fácilmente trabajando en conjunto, lo que promueve las alianzas y la pertenencia de grupo.

Siguiendo su formación marxista, Mills emplea en su teoría el concepto de “conciencia de clase”, pero verifica que este suceso se presenta, paradójicamente, en la clase alta y no en el proletariado. Observaba que ellos sí desarrollan una auténtica conciencia de clase, un sentido de pertenencia que difícilmente se percibe en las clases bajas.

En ninguna parte de los Estados Unidos existe una “conciencia de clase” tan clara como entre la élite; y en ninguna parte se encuentra organizada de modo más eficaz que en la élite del poder. Pues por conciencia de clase, como hecho psicológico, se entiende que el miembro de una “clase” sólo acepta aquellos hombres aceptados por su propio círculo como representativos de la imagen que él tiene de sí mismo.¹⁸⁸

Los miembros de la élite del poder se conocen entre sí, se relacionan en la vida social y en los negocios, llegando incluso a unir sus familias mediante el matrimonio para preservar los intereses de grupo. En la mayoría de los casos, se tienen en cuenta unos a otros, se apoyan y tienden a pensar y actuar de la misma manera.

Si bien es cierto que dentro de las élites existen facciones cuyas ambiciones individuales chocan con las de otros miembros, la disciplina interna y

¹⁸⁷ Mills, *op. cit.*, p. 36-38.

¹⁸⁸ *Ibíd.*, p. 328.

la afinidad de intereses terminan imponiéndose a estas divisiones. Más que una unión con base en la amistad, que de hecho llega a presentarse, se desarrolla bajo los intereses y metas que se tornan más fáciles de obtener al unir fuerzas y recursos.

Otra de las tesis de Mills contemplaba que las dos guerras mundiales, especialmente la segunda, hicieron que en los Estados Unidos se unificaran los intereses de los tres sectores más importantes. Debido a su economía bélica y política de intervención permanente, las tres esferas de poder entrelazaron sus intereses y se volvió necesaria la consideración entre ellos para la toma de decisiones.

Cabe destacar que Mills analizó la sociedad estadounidense en uno de los puntos más tensos de la Guerra Fría, explicándose así la relevancia que otorgó a los militares. Si bien es cierto que este sector posee un gran poder en todas las sociedades en tanto que es propietario de los instrumentos bélicos, quizá fue un poco apresurada la conjetura que elaboró respecto a la tendencia de predominio cada vez mayor de los militares en las otras dos esferas.

Esta afirmación encuentra también su origen en la crítica que hizo del estrato político, pues siempre reclamó la falta de hombres con vocación partidista y auténticos burócratas formados en el servicio civil, libres de los intereses creados. Esta debilidad institucional en el sector político produjo, a su parecer, la llegada de intrusos políticos que venían y respondían a los intereses de los medios de producción y de los que controlan las armas.

Dichos argumentos en su conjunto hacen que la perspectiva marxista de las élites defiende la idea de la “élite del poder” (en singular); que como hemos insistido, aprecia la diferenciación entre los tipos de élites pero reconoce una tendencia a la unificación de intereses en favor de cumplir sus objetivos. Dadas estas evidencias, la perspectiva marxista dudó de los supuestos democráticos en las sociedades modernas, pues consideraba que defendían principios de la

democracia clásica ajenos a los hechos que presentaban las democracias de mitad de siglo.

Mills entendía muy bien que la clásica comunidad de públicos, observada en las asambleas populares de Nueva Inglaterra con la llegada de los colonos, se transformó en una sociedad de masas al arribar la modernidad. Esta mutación respondía a cambios en la escala de las personas que se les permite participar y a la organización entre individuos para intervenir ya no como sujetos físicos, sino morales mediante asociaciones o partidos. La rutina de las grandes urbes y su expansión, anuló todo sentido de integridad como público.

Democracia de masas quiere decir lucha de los grupos de intereses poderosos y de gran escala, que se encuentran entre las grandes decisiones tomadas por el Estado, la corporación y el ejército, y la voluntad del ciudadano como miembro del público. Puesto que estas asociaciones de los niveles medios constituyen el principal eslabón que une al ciudadano con los centros decisivos, su relación con ellos es de una importancia primordial. Pues sólo a través de ellas ejerce el poder de que dispone.¹⁸⁹

Mills fue muy crítico también del liberalismo con respecto a su postura en torno a las élites, pues le parecía que difundía un carácter conservador en sus postulados. De acuerdo con sus análisis, el liberalismo era culpable de hacer creer a las personas que las minorías dentro de las democracias actuales se habían dividido hasta el punto de quedarse sin poder decisivo, tal como lo dicta el discurso oficial del gobierno representativo.

Esta imagen de la política es sólo una aplicación de la imagen oficial de la economía: en ambas se logra el equilibrio mediante la presión y el arrastre de muchos intereses, cada uno de los cuales no conoce más freno que las interpretaciones legales formalistas y anormales de lo que el “libre cambio” puede permitir.¹⁹⁰

¹⁸⁹ *Ibíd.*, p. 353.

¹⁹⁰ *Ibíd.*, p. 248.

Según sus apreciaciones, el liberalismo terminó construyendo una ideología para la élite sin que ésta tuviese la necesidad de solicitarla; que no obstante, supo aprovechar a su favor. Decir que los intereses se frenan unos a otros equivale a difundir un *status quo* idílico antes que probar un hecho logrado, ya que el pluralismo se observa en los estratos medios, en la sociedad local. El pluralismo es un fenómeno propio de las clases medias, no de los altos estratos del poder.

Apoyando esta postura, Bottomore creía en una pluralidad de fuerzas sociales (en el sentido marxista del término) antes que una pluralidad de las élites.¹⁹¹ Identificó hábilmente que la idea de élites en competencia es una traslación poco cuidadosa de las asociaciones y organizaciones civiles por parte de los autores de carácter liberal. Reconoció el carácter plural de las élites en las sociedades modernas, pero no estaba convencido de que la pluralidad se tradujera necesariamente en mutua competencia entre ellas.

Estos señalamientos hicieron que poco a poco, el elitismo desde la perspectiva marxista se extendiera hasta llegar a los regímenes socialistas, donde sus postulados fueron cada vez más aceptados por algunos escritores y académicos. Esta escasa minoría se atrevió a cuestionar la doctrina socialista desde su interior, valiéndose de la teoría elitista para contrastar el discurso oficial de sus regímenes con los hechos que acontecían día a día.

Entre ellos, no podemos dejar de mencionar a Milovan Đilas y su famosa obra *La nueva clase*, publicada en 1957 desde la cárcel al haber cuestionado al gobierno en turno. En este libro, Đilas criticó a los militantes comunistas en Yugoslavia y el resto del bloque soviético, señalando su traición a los principios revolucionarios por haber desmantelado la antigua élite para erigirse como una nueva. Además, sustentó que esta élite burocrática desempeñaba el mismo rol de las antiguas aristocracias, puesto que el trabajador seguía sin encontrar su verdadera liberación mediante una sociedad sin clases.

¹⁹¹ Vease Bottomore, *op. cit.*, p. 160

A su vez, publicada en Belgrado a finales de 1982, es importante mencionar *Teorija političke klase* de Aleksandar Sekulović; obra que se convirtió en el primer trabajo dedicado al pensamiento político de Mosca desde una perspectiva socialista en la Europa oriental, reivindicando así el enfoque mosquiano en los países de lengua eslava.

Sekulović se propuso comprobar si eran ciertos los prejuicios contra Mosca extendidos en los países socialistas, pues se consideraba que sólo eran argumentos para justificar los regímenes totalitarios. Su valor radica en demostrar que “la doctrina de la clase política” no es ni conservadora, ni reaccionaria, dado que no se puede tomar por conservador aquello que expone un hecho objetivo.

“La teoría política de Gaetano Mosca no está orientada para justificar el poder público y aquellos que lo detentan, sino para investigar la posibilidad de que el poder público actúe, lo más posible, en el interés de la mayoría.”¹⁹² Reconocía que la concepción que tenía Mosca con respecto al marxismo era muy simplista y en algunos aspectos errónea, pero destacó el hecho de que era un estudioso de “lo posible” antes que “lo deseado”. Por ello, estaba de acuerdo que el estado ideal prometido por el socialismo, aunque se tratara de lo mejor en sentido ideal, era peligroso y nunca perfectamente realizable.

Por ello, la democracia y el socialismo no pueden ser otra cosa que el gobierno de una minoría bajo el control del pueblo, pero a su consideración, el problema fundamental de este tipo de régimen no está en que el pueblo gobierne, sino en tener una minoría responsable, moralmente sana, que se preocupe por los intereses de la comunidad en su labor.

Con la aceptación de los principios elitistas en los regímenes comunistas, la perspectiva marxista y el pensamiento de la minoría dominante en general, cobró mayor relevancia para el análisis político y la comprobación de los principios ideológicos arraigados tanto en las repúblicas soviéticas como democráticas.

¹⁹² Citado en Albertoni, *op. cit.*, p. 309.

El valor de la perspectiva marxista radica principalmente en cuestionar el carácter plural de las élites, ya que tanto Mills como Bottomore nos invitaron a comprobar este hecho antes que asumirlo como una característica innata a la democracia moderna. No cabe duda que el espíritu crítico que caracteriza al marxismo como corriente de pensamiento, es sin duda alguna un elemento a tener presente en toda investigación de carácter político. El constante desafío de lo que parece obvio y la duda metodológica, son una virtud que debemos tener siempre en mente para el futuro desarrollo del pensamiento elitista.

III.4 Los críticos en favor de una tercera perspectiva que recupere al ciudadano como actor esencial en democracia

A partir de la confrontación emprendida por la perspectiva liberal y marxista de las élites a mitad de siglo, surgieron propuestas críticas que no otorgaban la razón a ninguna de las dos. Si bien ambas perspectivas tenían puntos destacables a considerar, sustentándose en los hechos; eran individualmente insuficientes para pretender explicar el fenómeno de las élites en las sociedades modernas, particularmente en los sistemas democráticos.

Sus críticos reconocieron que la controversia entre las élites y la democracia es tan antigua como la tradición política de Occidente. El problema que siempre aparece en todas las épocas es la manera en que los ciudadanos pueden evitar que sus gobernantes se transformen en tiranos. Particularmente en la democracia, consolidada como el régimen dominante a nivel mundial, se volvió obligatorio estudiar las élites y definir el rol que desempeñarían dentro de éstas.

Entre los investigadores que impulsaron alternativas distintas a las dos perspectivas precedentes, se encuentran Peter Bachrach con su teoría democrática del autodesarrollo y Robert A. Dahl con su modelo poliárquico. Ambos, con su método particular, se enfrentaron a la idea del pluralismo como sinónimo de frenos y contrapesos; así como a la idea de una élite monolítica que domina a la sociedad de manera unilateral.

En 1967 se publicó en los Estados Unidos *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, un breve ensayo en el que Bachrach pretendió sistematizar el pensamiento elitista y cómo fue que sucedió su vinculación con la democracia. Desafortunadamente, la forma indiscriminada de abordar a los pensadores elitistas con la que procedió, pone en duda algunas de sus críticas más importantes, pero no por ello dejan de tener valor para la reflexión teórica del problema en general.

Al igual que todos los autores que pertenecen a esta segunda etapa, Bachrach reconocía que el gobierno por el pueblo, en su sentido clásico y estricto, era un hecho imposible de materializar en las condiciones de las modernas sociedades industriales. Con una buena dosis de realismo, aceptó la división de élites y masas, puesto que era una consecuencia directa de la especialización en el trabajo y las organizaciones dentro de los Estados-nación.

Las élites se habían convertido en un factor decisivo dentro de la teoría democrática, pero consideraba que no por ello debía de olvidarse el valioso papel del hombre común dentro del régimen, puesto que aún conservaba la libertad de votar, de ejercer presión sobre los dirigentes e incluso acceder a las altas jerarquías mediante la renovación. Señalaba que

Si el poder “es la participación en la toma de decisiones”, a todas luces la masa no puede ejercerlo, desde el momento en que su magnitud y falta de organización estorban su toma de decisiones. De ahí que, a medida que la masa adquiere poder potencial, debe canalizarlo hacia un líder que esté en condiciones de tomar una decisión en su beneficio y ejercer de esa manera poder. La élite establecida puede prever –al darse cuenta del intercambio alcanzado por el poder potencial de la masa– que si no responde favorablemente a las exigencias de la masa, se invocarán contra ella severas sanciones. Con el objeto de impedir que ello suceda, consiente con las exigencias tácitas de la masa.¹⁹³

Bachrach siempre creyó que la participación ciudadana en todos los asuntos públicos era el medio esencial para el pleno desarrollo de las aptitudes humanas,

¹⁹³ Peter Bachrach, *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1ª edición, 1973, p. 116-117.

por lo que, en consecuencia, debía ser el ideal a defender por parte de los regímenes democráticos. Debido a esta convicción, le parecía un error apoyar la idea de una “democracia elitista” o “elitismo democrático”; ya que esta perspectiva ofrecía, a su parecer, la idea de una élite dominante y creadora, frente a una no-élite sometida y pasiva.

Bachrach siempre mostró una fuerte discrepancia con la tesis de Schumpeter en torno a la manera de considerar la democracia. Le parecía una nueva forma de legitimar el tutelaje de un estrato superior y dar por hecho la incapacidad del estrato inferior. En su opinión, las élites no podían llevarse todo el reconocimiento por el desarrollo social ante una masa pasiva y manipulable, dado que los ciudadanos comunes, en la concepción original e histórica de la democracia, deben ser los protagonistas de las decisiones públicas en tanto que ejercen su derecho como iguales políticamente.

Afirmaba que era peligroso confiar en que las élites buscarían siempre velar por el desarrollo y estabilidad de los regímenes democráticos, pues la idea de que lo harían como uno de sus mayores intereses al estar en juego dentro de este régimen sus privilegios, era una falacia.

Por ejemplo, un amplio y democrático ataque contra el privilegio podría ser muy bien interpretado por las élites poderosas como un ataque contra el sistema; en tal caso, raro sería que disociaran su privilegiada posición de los fundamentos políticos en los que descansa tal privilegio. Afirmar que las élites deben convertirse en las custodias del sistema, por ende, es congelar la democracia dentro de límites muy estrictos [...] o amenazar su existencia misma.¹⁹⁴

Tampoco le parecía correcto confiar en que las élites se frenarían a sí mismas al momento de competir por el poder y defender sus intereses en los distintos ámbitos sociales. Recuperó en alguna medida la premisa de Bottomore, señalando que la presencia de múltiples élites no tiene como consecuencia necesaria una competitividad entre ellas. Añadía además que

¹⁹⁴ *Ibíd.*, p. 92.

El estudio de Sayre y Kaufman sobre Nueva York, por ejemplo, indica que, al menos en el plano político local, eso no ocurre; más bien, cada élite tiende a ejercer dominio en su propia esfera de actividad, y las demás élites no interfieren en sus asuntos ni le provocan preocupaciones. Un pluralismo de élites no genera forzosamente entre ellas una situación de competencia.¹⁹⁵

Por estos motivos, siempre fue renuente en aceptar que la simbiosis élite-democracia ofreciera buenos resultados. Identificaba que el principio democrático de igualdad social entre individuos era opuesto a la insistente categorización de los hombres en órdenes superiores e inferiores por parte de la teoría elitista. En otras palabras, reconoció fácilmente la incompatibilidad de principios que hemos explicado en el capítulo I, pero también dudaba de las personas pudiesen acceder a los puestos de mando en igualdad de oportunidades.

Es oportuno aclarar que la desconfianza de Bachrach se debe a que no tomó en cuenta los dos subtipos que señalamos en el capítulo I con ayuda de Sartori, abordando el problema sin precisión conceptual. En ese sentido, Bachrach está pensando en la segunda subdivisión que considera la igualdad de oportunidades como comienzo igual, o bien, en condiciones materiales idénticas para competir. Por consiguiente, es lógico que no acepte el principio de igualdad para acceder a los cargos como compatible con los principios elitistas, pues al ser entendido de esta manera, es evidente su contradicción.

Los argumentos anteriormente descritos orillaron a Bachrach a descartar los principios clásicos de la democracia al verse rebasados para explicar las sociedades modernas, pero también desconoció las conclusiones que ofrecieron los elitistas de los años cincuenta en torno a la igualdad de oportunidades para acceder al poder. Consideró erróneamente que sus propuestas eran endebles para probar el aspecto empírico de las élites, además de carentes de contenido en el aspecto normativo de la democracia.

¹⁹⁵ *Ibíd.*, p. 69. La referencia que hace es de Wallace S. Sayre y Herbert Kaufman, *Governing New York*, New York, 1959, p. 719-720.

En consecuencia, prefirió redefinir tanto el rol de las élites dentro de las democracias como el de los ciudadanos comunes, sosteniendo que

[...] las élites políticas comprenden a aquellos individuos o instituciones que poseen habitualmente la capacidad de gozar de un gran monto de poder y de autoridad en forma de decisiones y no decisiones que influyen significativamente en los valores de la sociedad. Como las élites políticas ejercen invariablemente autoridad además de poder, la definición ha sido ampliada con el fin de incluir ambos conceptos.¹⁹⁶

Prefirió optar por encontrar la manera de llevar una amplia participación pública al proceso político, antes que aceptar la cada vez más difundida “democracia elitista”. Los ciudadanos debían tener un rol más activo que el conferido por los elitistas, manteniendo una comunicación constante con las élites mediante la presión y el control.

Por ende, se sostiene que la única alternativa es reformular la democracia haciendo hincapié en el carácter estable, constitucional y liberal del sistema de múltiples élites; en la competencia mutua de las élites políticas y la responsabilidad que ellas asumen ante el electorado en las votaciones periódicas; y en los numerosos puntos de acceso al poder de las élites que están abiertos para quienes se toman el trabajo de organizarse con el fin de hacer oír sus reclamos y demandas.¹⁹⁷

Esta nueva propuesta adquirió el nombre de “teoría de la democracia del autodesarrollo”. Consistía en resaltar una constante interacción entre élites y ciudadanos, marcando una oposición tajante con la llamada “democracia elitista”; en la cual, Bachrach agrupó sin criterios de diferenciación tanto a los autores clásicos de la minoría dominante con los de la perspectiva liberal y marxista de las élites. A continuación se muestran las principales diferencias entre ambas posturas, de acuerdo con Bachrach.

¹⁹⁶ *Ibíd.*, p. 127.

¹⁹⁷ *Ibíd.*, p. 28.

Conceptos y enunciación empírica	Elitismo democrático	Autodesarrollo moderno
Democracia	Método político	Método político y finalidad ética
Interés	El interés como resultado final	El interés como resultado final y el interés como proceso
Igualdad	Igualdad de oportunidades	Igualdad de poder
Lo político	Toma de decisiones gubernamentales y todo lo vinculado con ellas	Toma de decisiones que afectan significativamente los valores sociales
Estructura de élite y masa de las modernas sociedades industriales	Inmodificable	Modificable
Propensión antiliberal de gran número de no élites	Confianza en las élites para proteger el sistema	Confianza en la ampliación y enriquecimiento del proceso democrático

Tabla VIII. Comparación entre el elitismo democrático y la teoría de la democracia del autodesarrollo.¹⁹⁸

En síntesis, para la teoría de la democracia del autodesarrollo, la masa puede ejercer poder aun cuando no haya una toma de decisiones real, contradiciendo la idea de que unos pocos tienen mucho poder y los muchos poco. No obstante, creemos que Bacharach omite el hecho de que esos pocos logran imponerse mediante el control y uso de los medios de poder efectivo.

¹⁹⁸ *Ibíd.*, p. 155.

La propuesta de Bachrach carece un poco de realismo al confiar demasiado en la legitimidad concedida a los líderes para actuar y la capacidad de los ciudadanos para deponerlos, dando por hecho que todos los miembros respetarán las reglas del juego democrático en todo momento. Además, su mecanismo de control por parte de las masas está inspirado en los grupos de presión y asociaciones civiles fácilmente perceptibles en Estados Unidos, que si bien es un caso concreto que legitima su postura, no necesariamente se replica en los demás sistemas democráticos modernos.

El problema de fondo vuelve a ser la responsabilidad de las élites, –al menos las políticas–, ante la masa que les otorga tal posición. Sin embargo, Bachrach no considera cuál será el rol de los otros tipos y mucho menos la forma de presionarlas y controlarlas. Implica una tarea nada sencilla y es hasta cierto grado entendible esta omisión, pues ¿es posible exigir cuentas a los otros tipos de élites, especialmente las económicas?

Todos estos planteamientos son producto de un rico ejercicio reflexivo alrededor del binomio élite-democracia, donde lejos de ofrecer soluciones acabadas y postulados determinantes, surgen más dudas ligadas al intento de explicar su interacción. Podemos estar o no de acuerdo con la alternativa de Bachrach, pero el simple hecho de atreverse a ofrecer un nuevo enfoque para abordar el problema, lo hace ya un teórico digno de tener en cuenta para retomar sus pasos.

Si bien es cierto que la propuesta de Bachrach no tuvo un gran impacto dentro del pensamiento elitista y tampoco lo consiguió con los fervientes seguidores de la democracia; muy distinta fue la acogida que consiguió su contemporáneo, Robert A. Dahl criticando los principios elitistas. Dahl es quizá el politólogo que mejor ha comprendido la relación entre élites y democracia aplicada a las sociedades modernas, siempre desde la trinchera democrática, claro está.

Dahl identificó hábilmente que los principios de la democracia clásica estaban rebasados por las modernas sociedades de masas desde sus primeras

investigaciones. Exhortó a las ciencias sociales a marcar la diferencia entre la antigüedad y la modernidad, reconfigurando los principios del régimen democrático para ser adaptados a las necesidades que fueron aconteciendo, particularmente, después de la segunda mitad del siglo XIX.

Fiel a esta convicción, dividió la democracia en dos periodos trascendentales para la humanidad. La primera gran transformación democrática llevaba consigo la idea de la ciudad-Estado, presentándose en el siglo V a.C. en Grecia y Roma, desapareciendo antes de que comenzara la era cristiana. Un milenio más tarde volvió a aparecer en algunas ciudades-Estado medievales en Italia, pero sus gobiernos populares fueron decayendo con el avance del Renacimiento. La constante en ambos casos, fue la incapacidad de mantenerse estables frente a la amenaza cada vez más extendida de las oligarquías y los grandes imperios.

La segunda gran transformación democrática tiene que ver principalmente con un cambio de escala, pues el desplazamiento de las ciudades-Estado por los grandes Estados nacionales, representó una nueva configuración de las sociedades y la forma de proceder de sus gobiernos. Aunado a este cambio, la extensión de la ciudadanía que parcialmente fueron alcanzando los diversos grupos sociales, implicó un nuevo rol del *demos* cada vez más amplio y diversificado, adquiriendo mayor injerencia dentro de las decisiones públicas.

Por estos dos factores antes mencionados, la representación política se volvió la condición esencial para el funcionamiento de los regímenes democráticos en Estados-nación. En los sistemas representativos modernos, se vuelve obsoleta la idea literal del gobierno del pueblo, puesto que ahora una minoría participa hablando y discutiendo, mientras que la mayoría participa escuchando, pensando, cuestionando y votando.

Dahl también aclaró el significado moderno que implica la connotación de igualdad entre individuos, reservando este concepto exclusivamente al ámbito político. Hay organizaciones en las poliarquías que funcionan bien sin la necesidad

de ser democráticas, como el ejército o las escuelas, y ello no implica un detrimento al ideal democrático.

Los miembros de la asociación no pretenden, probablemente no quieren, y ni siquiera tienen necesidad de ser iguales en todos los otros aspectos de la existencia: educación, inteligencia, recursos económicos. Pero, cuando están comprometidos en el proceso de determinación de las políticas de asociación, todos deben poseer los derechos, las libertades, las oportunidades y los recursos necesarios para participar en ellas en tanto que iguales.¹⁹⁹

Sólo cuando los individuos se reconocen como iguales en el ámbito político y desaparece la dominación de un grupo sobre otro, entonces pueden decidir cuáles serán las desigualdades que serán tolerables o el grado de desigualdad justa en los demás ámbitos de la vida.

No obstante, al observar que las personas sobreentienden el concepto de democracia, debido a la falta de consenso en el lenguaje político; Dahl y Lindblom prefirieron nombrar en 1953 a lo que comúnmente se conoce como democracia representativa moderna, “poliarquía”. A su parecer, con ello se consigue librar a la democracia de su abstracción o tipo ideal, respetando el carácter histórico de las ciudades-Estado y emplear entonces un nuevo término adaptado a las condiciones de hecho que presentan los Estados-nación.

Lo que queríamos poner en evidencia con esta palabra era el hecho de que en un país democrático moderno el gobierno, en efecto, es una compleja combinación de elementos democráticos, de jerarquía, de contratación en una estructura política de tipo representativo muy distinta de cualquier otra conocida antes del siglo XIX y antes de la moderna democracia republicana. Queríamos indicar una nueva combinación y queríamos subrayarlo con un nuevo término, queríamos brindar una noción que indicase la posible multiplicidad de los líderes de los grupos en

¹⁹⁹ Robert A. Dahl, *Entrevista sobre el pluralismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 2003, p. 16.

competencia y llegamos al término “poliarquía” con la contribución de un colega del departamento de estudios clásicos.²⁰⁰

Con la pretensión –no lograda, por cierto–, de estandarizar el término para referirse a esta etapa concreta de la historia democrática y dar fin a la confusión que venía heredando la teoría política desde hace ya muchos siglos, Dahl y Lindblom esbozaron la primera versión de la teoría poliárquica, cuya definición original era la siguiente.

La democracia es un fin, no algo ya logrado. Llamaremos poliarquía a los principales procesos sociopolíticos que nos permiten aproximarnos a la democracia (aunque no alcanzarla). [...] Si la democracia es uno de nuestros fines y la poliarquía es un proceso que nos permite aproximarnos a este fin, se deduce que debemos también evaluar a la poliarquía como un medio.²⁰¹

Si observamos con cuidado, encontramos en la definición de la poliarquía una clara influencia de Schumpeter y su democracia competitiva. Pero por si no fuera suficiente, en la entrevista que le hizo Giancarlo Bosseti a Dahl en el año 2002, reconoce dicha influencia como determinante; sin embargo, sentía que su concepción de la democracia era demasiado limitada. “[...] debo reconocer que él introdujo la idea verdaderamente poderosa de la democracia como elección entre élites competitivas, individualizando así un concepto que era necesario, pero no suficiente.”²⁰²

Dahl está de acuerdo y reconoce que las sociedades modernas serán siempre gobernadas por minorías y no por mayorías, dado que es una consecuencia natural del advenimiento del Estado-nación. Por ello, la cuestión no es eliminarlas, sino diseñar instituciones y mecanismos de control social para evitar que su control sea unilateral. En ese sentido, considera que la poliarquía hace posible que los ciudadanos ejerzan un control relativamente alto sobre las élites propias de las democracias representativas modernas.

²⁰⁰ *Ibíd.*, p. 23.

²⁰¹ Robert A. Dahl y Charles E. Lindblom, *Política, economía y bienestar. La planificación y los sistemas político-económicos reducidos a procesos*, Buenos Aires, Paidós, 1ª edición, 1971, p. 67.

²⁰² Dahl, *Entrevista sobre el pluralismo*, *op.cit.*, p. 42.

Pero todos los gobiernos en sentido amplio, que se llaman habitualmente “democráticos”, son en realidad una mezcla de jerarquía (particularmente en la administración), negociación (particularmente en la legislación) y poliarquía (particularmente en las relaciones que existen entre los líderes elegidos y los ciudadanos comunes).²⁰³

En palabras de Richard W. Krouse, “la poliarquía, por tanto, no es el gobierno de la mayoría ni el gobierno de una minoría, sino un sistema abierto, pluralista y competitivo de “regla de las minorías”.²⁰⁴ Si recordamos las premisas básicas de Mosca, observaremos que se recupera el elemento de la organización, ya sea en las élites pero también en organizaciones, pues son los grupos y no los individuos los que están a cargo de la política en las democracias modernas.

Si bien es cierto que Dahl aceptó sin problemas la presencia de élites en las poliarquías como un hecho natural, se mostró muy escéptico en acoger la idea cada vez más difundida en las ciencias sociales de la existencia de una élite político-económica o económico-militar fuertemente cohesionada dominando la vida política estadounidense. Con el mismo recelo dudaba en que las élites fueran los entes activos de la política y los ciudadanos se restringieran al rol pasivo de sólo elegir gobernantes.

Para atender la primera máxima, comenzó un estudio de caso sin predetermined el resultado en la ciudad de New Haven, Connecticut; con una metodología que dejase abierta la posibilidad de verificar la premisa de la élite monolítica, o contradecirla en caso de observar procesos deliberativos más diversificados y pluralistas. A raíz de esta investigación, publicó en 1961 *Who governs?*²⁰⁵, libro donde evidenciaba no sólo quiénes eran los que gobernaban la ciudad, sino también a través de qué procesos es que lo hacían.

²⁰³ Dahl y Lindblom, *op. cit.*, p. 293.

²⁰⁴ Richard W. Krouse, “Polyarchy and participation: the changing democratic theory of Robert Dahl” in *Polity*, Vol. 14, No. 3, 1982, pp. 443. La traducción es mía.

²⁰⁵ Véase Robert A. Dahl, *Who governs? Democracy and Power in an American City*, New Haven and London, Yale University Press, 2^o edition, 2005, 355 p.

[...] el avanzar en el trabajo de análisis de poder en New Haven, me di cuenta que los procesos deliberativos no estaban concentrados en manos de una elite mercantilista dominante y homogénea; estos eran más diversificados y una parte de las elites tendía a ser muy responsable en relación con la opinión pública. No había un flujo unívoco en el ejercicio del poder, no había un dominio en un sentido único, ni siquiera sobre la opinión pública.²⁰⁶

Teniendo como evidencia empírica documentada el caso de New Haven, el catedrático de Yale emprendió una fuerte crítica al elitismo como cuerpo teórico. Recriminó la incompatibilidad de conceptos y terminologías entre sus autores, pues si bien están de acuerdo todos en otorgar gran importancia a los hombres de negocios y dueños de empresas, difieren en cuánta importancia otorgarle a los políticos, funcionarios públicos, militares, intelectuales y otros grupos dirigentes.

Es justo decir que la claridad y precisión conceptual no se encuentran entre las virtudes de las teorías sobre la dominación de una minoría. Su ambigüedad conceptual es en parte, aunque no totalmente, consecuencia de un problema no resuelto aún por la teoría social: cómo especificar el significado de los conceptos que pertenecen a la familia de términos como poder, influencia, control, dominación, hegemonía, coacción, autoridad, etc., y cómo aplicarlos a la experiencia.²⁰⁷

No obstante, cabe destacar que pese a reconocer este problema, Dahl tampoco se interesó por señalar las diferencias dentro de los mismos postulados elitistas. Dentro de su crítica, cometió el error de considerar en un mismo grupo a todos los autores que trataron la cuestión de las élites, unidos por la tesis generalizada de la existencia de un grupo dominante cohesionado al frente de la sociedad. Este descuido no es un aspecto de menor relevancia, dado que tenía en mente por iguales los postulados tan distintos de Pareto, Mosca, Michels, Marx, Lenin, Gramsci y Mills; y eso sin tomar en cuenta el hecho de que ignoró aportaciones valiosas de investigadores pertenecientes a la etapa del plural-elitismo.

²⁰⁶ Dahl, *Entrevista sobre el pluralismo*, op.cit., p. 32-33.

²⁰⁷ Robert A. Dahl, *La democracia y sus críticos*, Barcelona, Paidós, 1ª edición, 1992, p. 327.

Sin tener en cuenta una diferenciación más minuciosa y especializada, Dahl ofreció una definición propia que le permitiera situar el objeto de estudio y a partir de ahí elaborar una crítica más profunda a lo que llamó el modelo de élite gobernante.

Una élite gobernante, entonces, es un grupo controlador menos que una mayoría de tamaño que no es un artefacto puro de las reglas democráticas. Es una minoría de individuos cuyas preferencias prevalecen regularmente en casos de diferencias en la preferencia sobre cuestiones políticas clave. Si queremos evitar una regresión infinita de las explicaciones, la composición de la élite gobernante debe ser más o menos definitivamente especificada.²⁰⁸

Dahl señalaba que el modelo de la élite gobernante está equivocado en tres de sus aparentes “pruebas” para validar su teoría. La primera prueba incorrecta tiene que ver con confundir una élite gobernante con un grupo que tiene un alto potencial para el control. El alto potencial para el control no es equivalente al control real, pues carece de unidad entre los miembros para generar acuerdos entorno a una alternativa política clave y un conjunto de acciones concretas de aplicación

El aspecto de la unidad no sucede en las democracias modernas por el alto grado de pluralismo y los intereses de cada sector, por lo que sólo hay grupos con alto potencial para el control. En suma, la ausencia de una élite con ambas características hace que rechace la visión monolítica de una élite.

La segunda prueba incorrecta está en señalar que la élite gobernante es un grupo de individuos que posee más influencia que cualquier otro en el sistema. Está de acuerdo que en toda organización humana, algunas personas tienen más influencia sobre las decisiones clave que otras, pero es falaz suponer que la ausencia de igualdad política demuestra la existencia de una élite gobernante. Es un argumento simplista y muy general, además de que la consecuencia no se

²⁰⁸ Robert A. Dahl, “A critique of the ruling elite model” in *The American Political Science Review*, Vol. 52, No. 2, June, 1958, p. 464. La traducción es mía.

sigue necesaria a la causa. En todo caso, las investigaciones deben medir los grados de influencia en vez de presentar opciones bidireccionales tan tajantes.

La tercera prueba incorrecta critica la tendencia a generalizar el control de la élite desde un solo ámbito de influencia. “Ni lógicamente ni empíricamente se sigue que un grupo con un alto grado de influencia sobre un ámbito necesariamente tendrá un alto grado de influencia sobre otro ámbito dentro del mismo sistema. Se trata de un asunto que se debe determinar empíricamente.”²⁰⁹

En conclusión, Dahl afirmó que el único modo de probar la hipótesis que valide la existencia de una élite gobernante es si:

- a) La élite gobernante es un grupo bien definido
- b) Hay una muestra justa de los casos que implican decisiones políticas clave en las que preferencias de la élite gobernante hipotética se oponen a las de cualquier otro grupo probable que pueda sugerirse
- c) En tales casos, las preferencias de la élite prevalecen regularmente.²¹⁰

Si la élite no prevalece en todos los casos en los que no está de acuerdo con un grupo contrario, no se le puede llamar apropiadamente élite gobernante. “Y sólo podemos descubrir estos puntos mediante un examen de una serie de casos concretos en los que se toman decisiones clave: decisiones sobre tributación y gastos, subsidios, programas de bienestar, política militar, etc.”²¹¹

Si observamos con detenimiento, podremos percatarnos que Dahl no se opone a las élites en las poliarquías, al contrario, considera que son una consecuencia natural y con un rol relevante. Su crítica en realidad se concentra en desmentir el modelo monolítico de la élite que domina unilateralmente, pues no encuentra fundamentos empíricos que sustenten dicha circunstancia.

De igual manera, es crucial el señalar que las consideraciones anteriores fueron elaboradas por Dahl desde la óptica del método decisonal, condicionando

²⁰⁹ *Ibíd.*, p. 465. La traducción es mía.

²¹⁰ *Ibíd.*, p. 466. La traducción es mía.

²¹¹ *Ibíd.*, p. 469. La traducción es mía.

todas sus conjeturas a esta metodología para analizar élites. No es de sorprender que reproche a sus contemporáneos, C. Wright Mills y Floyd Hunter, el no justificar sus conclusiones mediante la observación de las decisiones públicas para cada caso concreto. Estimaba que Mills era muy general al hablar de los Estados Unidos a nivel federal y Hunter desprendía conclusiones generales sólo del caso de Atlanta.

Al final de su crítica del modelo elitista, Dahl se adelantó y ofreció seis dificultades y objeciones que podrían llegar a hacerse a su crítica, ofreciendo respuestas contundentes a todas ellas. Empero, nunca consideró o al menos jamás señaló que los otros análisis estuvieran diseñados con una metodología distinta y, por lo tanto, ofrecieran resultados diferentes al proceder con una óptica diversa a la suya.

Para Mills funcionaba la “élite del poder”, ya que analizaba a sus miembros desde un enfoque posicional. Lo propio sucedió con la investigación de Hunter y su método reputacional. En cambio, Dahl jamás podría aceptar dichas tesis puesto que la diferenciación de ámbitos entre élites es un factor determinante para un enfoque decisional como el suyo. Siguiendo su lógica, por ejemplo, un importante hombre de negocios será evidentemente influyente en el campo empresarial, pero su posición en el cargo no le concederá el mismo grado de influencia al tomar decisiones en el campo político o militar.

En cuanto a la idea de las élites como actores activos y los ciudadanos comunes como actores pasivos, Dahl desarrolló una bien estructurada crítica al tutelaje y la meritocracia. Con respecto a esta última aplicada al gobierno, sostenía que

Es una concepción poderosa. Siempre ha sido el competidor más fuerte de la visión democrática y lo sigue siendo hoy, cuando tantos regímenes –de izquierda, de derecha, revolucionarios, conservadores, tradicionales– se justifican así mismos apelando a esta concepción para que los legitimen. Si la democracia declinara y aun desapareciera de la historia humana en los siglos por venir, creo que su lugar

sería tomado por regímenes basados sobre la visión del gobierno en manos de tutores virtuosos y sabios.²¹²

Destacó que encargar los asuntos de gobierno exclusivamente a las élites por su calidad de “mejores” o “más aptos”, sólo propicia una dependencia paternalista y fomenta el caudillaje. “Entre adultos, ninguna persona está tan definitivamente mejor calificada que otras para gobernar como para dotar a cualquiera de ellas de autoridad completa y final sobre el gobierno del Estado.”²¹³

Entonces, si no debemos ser gobernados por tutores, ¿por quién hemos de ser gobernados? La respuesta de Dahl apunta a que debemos hacerlo nosotros mismos. Puede que los ciudadanos comunes no tengan talentos excepcionales, pero la premisa base descansa en que nadie es mejor que uno mismo para defender sus intereses, ya sea individuales o como grupo. Si el *demos* no sabe cómo gobernarse, debe aprender en el proceso antes que cederlo a quienes dicen tener las habilidades para hacer uso de ese derecho y libertad.

Pero hay otro aspecto de la cuestión, para el cual la democracia es aún más exigente: todos los regímenes políticos deben permitir que la gente se comprometa en empresas colectivas para proteger derechos que el mercado no puede garantizar de manera espontánea.²¹⁴

Crear que un grupo ajeno defenderá los intereses propios, es renunciar a la libertad de expresión y a la capacidad de negociación en las decisiones públicas. Además, la historia ha demostrado que aquellos que pretenden abanderar las causas de todos, terminan por olvidarse de ellos, consolidando el despotismo y el interés de grupo en detrimento de las otras posturas.

Los gobernantes requieren ayuda de los expertos, especialmente en sociedades tan complejas como la de nuestros tiempos, pero como dice el viejo

²¹² Robert A. Dahl, *El control de las armas nucleares. Democracia versus meritocracia*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1ª edición, 1987, p. 59.

²¹³ Robert A. Dahl, *La democracia. Una guía para los ciudadanos*, Madrid, Taurus, 1ª edición, 1999, p. 87.

²¹⁴ Dahl, *Entrevista sobre el pluralismo*, *op. cit.*, p. 45.

dicho: los expertos deben estar a la mano, no con la mano en el mando. Una cosa es que los cargos públicos busquen la ayuda de expertos; pero otra completamente distinta es que una élite política posea el poder de decidir sobre las leyes y las políticas que estaremos obligados a obedecer.

Es por ello que el tutelaje y la meritocracia no tienen cabida en la poliarquía, pues a pesar de que la mayoría cometa errores, es mejor que aprenda de ellos y se forme en el proceso de ejercer el gobierno. Sólo de este modo se garantiza, según la postura de Dahl, el carácter plural inherente a los regímenes poliárquicos.

Por lo tanto, el problema no reside tanto en asegurar que cada ciudadano sea políticamente activo en todos los problemas, como en asegurar que todos los ciudadanos tengan aproximadamente la misma oportunidad de actuar, dando a la palabra “oportunidad” un sentido realista más bien que legalista. Si todos los ciudadanos tienen una oportunidad aproximadamente igual de actuar, hay muchas probabilidades de que quienes actúan representen aproximadamente a quienes no lo hacen.²¹⁵

Como se puede observar, la teoría de la poliarquía sintetiza de una manera muy especial los principios elitistas con los democráticos, reconociendo la jerarquía como compatible a la igualdad de oportunidades para acceder a los altos cargos. A su vez, refuerza esta asociación de principios al optar por un control recíproco entre dominantes y dominados. “Los ciudadanos comunes controlan a sus líderes inmediatos y son controlados por ellos. Estos líderes controlan, a su vez, a otros líderes y son controlados por ellos. Por consiguiente, existe una sociedad de relaciones recíprocas para controlar la política del gobierno.”²¹⁶

Sólo los controles y equilibrios sociales de la pluralidad dan sentido a los controles y equilibrios prescritos por la Constitución. Así es como Dahl ofrece una solución a la amenaza de la tiranía por parte de los gobernantes, sin embargo, es cauto al señalar que el dogma del pluralismo no debe ser llevado hasta sus

²¹⁵ Dahl y Lindblom, *op. cit.*, p. 327.

²¹⁶ *Ibíd.*, p. 320.

extremos, puesto que acontecería entonces la parálisis del gobierno ante la imposibilidad de acuerdos.

En conclusión, observamos que la poliarquía es como todas las propuestas reales a problemas de gran envergadura, muy imperfecta. No obstante, es un avance de enorme trascendencia para dar una explicación a las sociedades modernas en las que coexisten las élites y la democracia, “pues la poliarquía se distingue de la jerarquía por el alto grado de control que los no-líderes ejercen sobre los líderes, y se diferencia de la democracia por el hecho de que los líderes no comparten de ninguna manera un control igual sobre la política con los no-líderes.”²¹⁷

Estamos en un punto de transición entre la cruda realidad que representan los principios jerárquicos de las élites y los fundamentos ideales de igualdad que enarbola la democracia. El dedicado trabajo de toda una vida que emprendió Dahl, lejos de ser la respuesta a las interrogantes del histórico debate entre élites y democracia, es sólo el punto de partida que reconoce su compatibilidad y deja por delante un vasto espacio para la discusión teórica y su consecutivo perfeccionamiento.

²¹⁷ *Ibíd.*, p. 300.

Conclusiones

A lo largo de esta obra hemos podido comprobar la complejidad y riqueza inmersa en el pensamiento elitista. Sus bondades, contradicciones y desafíos, han sido plasmadas alrededor de tres capítulos enfocados en un objetivo primordial: sistematizar el pensamiento elitista y explicar el vínculo de compatibilidad entre los principios elitistas y democráticos.

Hemos ofrecido elementos que sustentan la necesidad de una terminología precisa que facilite la comprensión de un objeto de estudio específico en el campo de la política, destacando la necesidad de diferenciar el concepto “élite” de los otros términos empleados comúnmente en las ciencias sociales, tales como “aristocracia”, “oligarquía”, “clase política”, “clase dirigente”, “clase dominante” o “grupo de poder”.

Recuperamos y destacamos el valor del realismo político para observar los hechos factibles, desarrollando la manera en que esta perspectiva de análisis dota al pensamiento elitista de sus principios constitutivos. No obstante, hemos sido cuidadosos de indicar la medida que debe tenerse de esta perspectiva a través de una dosis de idealismo, puesto que contribuye a guiarnos para seguir luchando por alcanzar una mejor condición humana mediante la política.

Ha quedado claro que la democracia de los antiguos: directa, abocada al interés comunal y sin consideración del individuo; está muy lejos de ser la democracia de los modernos: representativa, de carácter nacional y preocupada por el bienestar de la persona.

Difícilmente alguien pondría en duda el valor que tiene el liderazgo dentro de la política hoy en día, pues comúnmente se exalta el valor decisivo que implica esta cualidad al momento de generar acuerdos entre múltiples intereses y dirigir equipos de gobierno. Desafortunadamente, pareciera que este aspecto del poder no logra encontrar su reconocimiento y consolidación dentro del régimen

democrático, pues el carácter mayoritario y su legado clásico que lo acompaña, se imponen con recelo a la idea de la minoría dominante.

Si tenemos en cuenta que la democracia representativa moderna nació como una forma de gobierno para llevar a los “seleccionados” (en plural) al poder, oponiéndose al gobierno que lo hacía mediante las armas o la herencia en virtud de su talento excepcional para convencer y gestionar los múltiples intereses; damos por válido entonces los principios elitistas y su concepción de que deben ser estos sujetos los que se encarguen de dirigir a la mayoría.

En ese sentido, las democracias destacan por producir minorías selectas (en plural) que dirigen, no una minoría dominante y unificada (en singular) que manda y dispone por todos. A su vez y a diferencia de los otros tipos de régimen, las mayorías mantienen un valor crucial en la democracia en tanto que son ellas las que poseen el instrumento electoral, garantizando la circulación de las élites y determinando quiénes serán los que tomarán las decisiones que importan a todos.

Bien cabe retomar la claridad conceptual que ofrece Sartori para rescatar la valiosa contribución de las mayorías en conjunto de las minorías, dentro de un régimen democrático moderno, puesto que

Al hablar de “gobierno del pueblo” no se está considerando el sentido literal de la palabra, se trata de un principio que concierne a la legitimidad del poder. Significa que el poder es legítimo sólo si se otorga desde abajo, sólo si constituye una emanación de la voluntad popular, y solamente si descansa en algún consenso básico manifiesto.²¹⁸

Teniendo claridad conceptual y teórica como base previa a la profundización de los estudios elitistas, estamos satisfechos en haber elaborado una periodización cronológica y esquemática que evidencie el estado del arte de los estudios teóricos de las élites y sus principios elementales. Si bien retomamos el valioso trabajo de Puello-Socarras para esta tarea, creemos que las modificaciones

²¹⁸ Sartori, *Teoría de la democracia 1. El debate contemporáneo*, op. cit., p. 59.

hechas a su propuesta facilitan el entendimiento del objeto de estudio y abren múltiples posibilidades para continuar su investigación y desarrollo.

En consecuencia, hemos advertido de tres etapas generales que conforman el pensamiento elitista moderno: a) los clásicos de la minoría dominante, b) el plural-elitismo y c) el neoelitismo; abocándonos para efectos de esta tesis a las primeras dos etapas.

Aportamos elementos para refutar la posibilidad de agrupar a los pensadores clásicos de la minoría dominante en una “escuela italiana de las élites”, esperando detener la difusión de esta concepción arbitraria dentro de la literatura politológica. En el mismo sentido, se ofrecieron elementos para separar a Michels de este grupo, pues si bien reconocemos que su investigación sobre los partidos políticos emplea parte de los fundamentos elitistas para formular sus sentencias; no hemos encontrado indicios de un desarrollo teórico propio que permita estar en igualdad de condiciones con respecto a Mosca y Pareto.

Mención especial requiere a su vez el habernos adherido al grupo de investigadores que buscan desmitificar la obra y figura de estos autores. Hemos profundizado y ratificado las tesis que desvinculan a estos teóricos de la doctrina totalitarista, particularmente el fascismo italiano. Además, hemos encontrado en sus últimas obras aspectos que permiten justificar su propensión por el régimen democrático como producto de un arduo proceso de reflexión histórica y teórica, siempre enarbolando su férrea convicción con los principios del liberalismo político.

A su vez, podemos afirmar con toda seguridad que el mayor logro de esta investigación es haber posicionado la confrontación histórica que ha acompañado a los principios elitistas y democráticos dentro del debate político moderno en poco más de un siglo, explicando las causas que permitieron su mutua complementación para coexistir en los actuales regímenes democráticos representativos.

Creemos que el desarrollo teórico que elaboramos de la segunda etapa del pensamiento elitista, contribuye a rescatar algunos autores y trabajos de poca difusión pero de gran calidad y trascendencia para la teoría política del siglo XX. Las tres perspectivas que componen al plural-elitismo, ayudan a redefinir la manera en que puede ser abordado el pensamiento elitista a la vez que el democrático, encontrando en su argumentación más coincidencias entre ambos enfoques de las que el lector podría imaginar en un inicio.

La profundización en lo que aparentemente es incompatible, nos permitió desterrar el mito ideológico y acceder, en el campo de la teoría, a una simbiosis en la que las élites adquieren un rol decisivo para el buen funcionamiento de la democracia, tomando en cuenta la participación esencial del *demos*.

Aquellos que creen que las élites deben erradicarse y que el *demos* es por sí mismo suficiente para fortalecer y mantener los complejos regímenes democráticos de nuestros días; sólo acrecientan en los ciudadanos el escepticismo hacia la democracia moderna al hacerles creer que puede cumplir cuestiones para las cuales ya no está hecha desde hace varios siglos.

En efecto, regímenes democráticos tan diversos –clásico y representativo– demandan teorías diferentes. La propuesta de Rousseau y sus seguidores se torna anacrónica para los desafíos y complejidades de nuestra época. Por esta razón, estamos convencidos que el estudio de la democracia tomando en cuenta el factor de las élites, ofrece aun hoy en día una cantidad de posibilidades en el análisis político para ofrecer respuestas a desafíos inciertos.

Por tanto, ni toda la confianza en el *demos*, ni toda la confianza en las élites; ambos deben tener un papel activo y complementario en las democracias representativas modernas. Reproducir la idea de un bando democrático y uno elitista sin diálogo posible, es una concepción rebasada que hemos intentado explicar a lo largo de los tres capítulos precedentes y nos ha conllevado a conclusiones bastante fructíferas en favor de la teoría política.

En primer lugar, hemos corroborado la imposibilidad aun hoy en día de conformar una teoría general de las élites. Desde el paradigma Mosca-Pareto hemos resaltado el carácter plural y específico que impide agrupar de forma homogénea estas maneras tan distantes de acceder a un mismo objeto de estudio, ofreciéndonos múltiples teorías en lugar de una sola.

Sin embargo, consideramos que lejos de ser una debilidad para este enfoque, supone una ventaja para el desarrollo de su *corpus* teórico. Al converger dentro del pensamiento elitista general múltiples teorías, perspectivas y modos de abordar las elites políticas, tenemos ante nosotros uno de los enfoques de análisis político más sólidos y enriquecedores que la disciplina ha podido brindar en favor de las ciencias sociales.

En segundo lugar, confirmamos que el principio teórico de jerarquía inmerso en las teorías elitistas es compatible con el principio de igualdad democrático, si y sólo si se entiende a este segundo principio como acceso igual de oportunidades a los cargos de poder político y no como igualdad social entre individuos.

La investigación permitió corroborar la hipótesis con la cual comenzó este estudio, observando que la aparente incompatibilidad no se encuentra propiamente en las élites, sino en la teoría democrática. En otras palabras, es la interpretación que se hace de ella y la capacidad de diferenciar su versión clásica de la moderna, la que permite desentrañar el iluso “nudo gordiano” que viene arrastrando este apartado de la teoría política prácticamente desde sus orígenes.

En retrospectiva, volvemos al punto donde comenzó el pensamiento elitista moderno: cuestionar la forma en que se entiende el concepto de “igualdad”. Conforme a la idea que tengamos de este concepto, se subordinará el modo en que los regímenes busquen materializar este principio en los hechos. El socialismo se ha desplomado, por lo que sólo los regímenes democráticos pueden tratar de alcanzar en algún punto de la historia su implementación.

Es por este aspecto que hemos dedicado un espacio a tratar la manera en que la democracia debe comprender el principio de igualdad, sugiriendo una combinación acertada pero inacabada con los elementos constitutivos de las élites. Observamos en las democracias modernas representativas una respuesta útil y en operación para alcanzar esta meta, pero también estamos convencidos que todavía queda mucho por decir en esta nueva etapa para la comprensión del principio de igualdad.

Por último, hemos concluido teóricamente que a mayor unidad y compartimiento de intereses por parte de las élites dentro de un sistema político, menos democrático es, y viceversa; a mayor diversidad y rivalidad en los intereses de las élites, más democrático es el sistema. Aunque este argumento encuentra sus antecedentes más acabados en las obras de Aron, consideramos haber aportado elementos que desarrollan la idea original y dan cabida a una manera de abordar los regímenes democráticos de forma empírica desde el criterio de las élites.

Así como hoy en día es común observar el análisis comparado de los regímenes políticos a partir de su legislación en vigor, instituciones o intervención de las asociaciones civiles para determinar el grado de democratización que existe dentro de ellos; sugerimos para una investigación posterior analizar los regímenes democráticos en función de la unidad de intereses de las élites o la competencia y necesidad de negociar entre ellas para proceder en el actuar político.

Este criterio de clasificación permitiría determinar si un país está más cerca de la democracia o el autoritarismo; no mediante las instituciones formales que actualmente se comparan, sino a partir de los actores formales e informales que ejercen poder a través de ellas.

Los hallazgos encontrados nos permiten, por tanto, cuestionarnos si las élites son un mal necesario presente en todas las democracias representativas modernas que debemos erradicar; o por el contrario, son un aspecto decisivo en el funcionamiento de este tipo de régimen al cual deberíamos prestar mayor atención

en los futuros análisis del ejercicio del poder. Esta disyuntiva sintetiza el debate histórico que hemos tratado de sistematizar a lo largo de la investigación y, por supuesto, optamos por creer en la segunda opción.

Los teóricos de las élites y sus provocadoras investigaciones en sus diferentes etapas, contribuyeron a redimensionar directa o indirectamente los principios constitutivos de la democracia, particularmente la forma de entender y ejercer la igualdad entre individuos. Con ello, obligaron a los científicos sociales a reconfigurar los conceptos con los cuales suele procederse en el lenguaje democrático especializado, acarreado una revisión del régimen democrático mismo de la cual no han podido desentenderse incluso sus principales detractores.

En efecto, la historia del poder político es una continua sucesión de élites. Empero, la diferencia del determinismo pesimista que envolvía la tesis de Pareto y la visión actual que tenemos sobre este tema, yace en que no debemos impulsar el control absoluto de estos individuos y dejar que se conduzcan libremente sin mecanismos de contrapeso que limiten su poder.

Hoy sabemos que aun cuando todos los regímenes de todas las sociedades indudablemente poseen élites en la parte más alta de la jerarquía, son de características muy diferentes entre sí, radicando en este punto el valor de su estudio en la actualidad. Por ello, encaminamos los futuros esfuerzos a insertarse en la tercera etapa del pensamiento elitista o “neoelitismo”, para poder materializar esta ambiciosa pretensión.

Desde que en 1980 John Higley y Lowell Field publicaron su obra *Elitism* en los Estados Unidos y dieron inicio a esta tercera etapa, se refrendó una vez más la diversidad característica de este enfoque de análisis político y un serio compromiso empírico y metódico para probar con datos cuantificables los postulados de sus antecesores en las dos etapas previas.

Al día de hoy se ha apostado por estudiar las élites a través del respaldo estadístico y los estudios de las realidades concretas mediante la política comparada, retomando irónicamente el rumbo que Mosca sugirió para que el pensamiento elitista cobrara fuerza y un lugar destacado dentro de la disciplina.

Quizá en nuestra época sea más fácil llevar a cabo esta tarea en tanto que vivimos en un mundo más desideologizado en comparación al que vivieron los anteriores teóricos. No obstante, tenemos que asegurarnos en primer lugar de desterrar del imaginario colectivo la imagen errónea de contraposición entre élites y democracia. Creemos haber contribuido a ese propósito con esta investigación, pues estamos seguros que el lector podrá responder con argumentos sólidos a la pregunta ¿las élites y la democracia son compatibles?, una vez que haya terminado de leer esta obra.

Pese a que es un gran avance para el fortalecimiento del enfoque elitista, todavía se requiere de mucha investigación y datos por aportar para sentirnos satisfechos y dignos sucesores de una corriente del pensamiento político que ha acogido a las mentes más brillantes en cada época de la humanidad. Especialmente en nuestros tiempos, donde la democracia se ha reducido a una suma de cantidades enfocada en reunir la mayor cantidad de votos en las urnas a cualquier costo.

Nosotros apelamos al retomar la cualidad y la calidad, recuperando el sentido original de la élite y su carácter “selecto” en función de la excelencia mostrada en dicha materia, que en este caso engloba la comprensión de la política y el ejercicio del gobierno. Por ello, hacemos un llamado a prestar más atención a los perfiles que aspiran a acceder al poder, ya sea al momento de ejercer el sufragio o desde el seguimiento académico.

Nos gustaría concluir señalando que el pensamiento elitista le recuerda al politólogo su compromiso con el estudio crítico y científico de la realidad política, alejándose de las ideologías, los prejuicios y la elocuente retórica; para centrarse de lleno en la explicación objetiva de los hechos, penetrar la corteza formalista del

ejercicio del poder y sustraer los aspectos ocultos que se deciden mediante la negociación y el liderazgo de los individuos. En otras palabras, el pensamiento elitista refrenda la idea de que la política no es otra cosa que el arte de lo posible.

Fuentes de consulta

Diccionarios y Enciclopedias

Baca Olamendi, Laura, et. al., *Léxico de la Política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1º edición, 2000, 831 p.

Bobbio Norberto, Nicola Matteuci y Gianfranco Pasquino, *Diccionario de política*, México, 2 vol., Siglo XXI Editores, 15º edición, 2007, 1698 p.

Bogdanor, Vernon (edit.), *Enciclopedia de las instituciones políticas*, Madrid, Alianza Editorial, 1ª edición, 1991, 805 p.

Borja, Rodrigo, *Enciclopedia de la política*, 2 tomos, México, Fondo de Cultura Económica, 4ª edición, 2012, 2072 p.

Bottomore, Tom (edit.), *Diccionario del pensamiento marxista*, Madrid, Tecnos, 1º edición, 1984, 858 p.

Gallino, Luciano, *Diccionario de sociología*, México, Siglo XXI Editores, 1ª edición, 1995, 1003 p.

Görlitz, Axel, *Diccionario de ciencia política*, Madrid, Alianza Editorial, 1ª edición, 1980, 628 p.

Raynaud, Philippe y Stéphane Rials (edits.), *Diccionario Akal de filosofía política*, Madrid, Akal, 1ª edición, 2001, 206 p.

Sills, David L., *Enciclopedia de ciencias sociales*, 11 volúmenes, Madrid, Aguilar, 1º edición, 1974.

Libros

Albertoni, Ettore A., "Poder y oligarquía. Una introducción a Roberto Michels (1900-1910)" en Rafael Pérez Miranda (comp.), *La circulación de las élites en las nuevas condiciones mundiales*, México, UNAM-Escuela Nacional de Estudios Profesionales Acatlán, 1ª edición, 1993, pp. 19-66.

_____, *Gaetano Mosca y la formación del elitismo político contemporáneo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1º edición, 1992, 345 p.

Aron, Raymond, "Clase social, clase política y clase dirigente" en Bendix, Reinhard y Seymour Martin, Lipset, *Clase, status y poder*, Madrid, Euramerica, 1ª edición, 1972, pp. 11-32.

_____, *Democracia y totalitarismo*, Barcelona, Seix Barral, 1ª edición, 1968, 315 p.

_____, *La lucha de clases*, Barcelona, Seix Barral, 2ª edición, 1971, 295 p.

_____, "Vilfredo Pareto" en *Estudios políticos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 1997, p.122-142.

_____, "Vilfredo Pareto" en *Las etapas del pensamiento sociológico*, tomo II, Buenos Aires, Ediciones Fausto, 1ª edición, 1996, p.117-217.

Bachrach, Peter, *Crítica de la teoría elitista de la democracia*, Buenos Aires, Amorrortu, 1ª edición, 1973, 173 p.

Borkenau, Franz, *Pareto*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 1997, 180 p.

Bottomore, Tom B., *Minorías selectas y sociedad*, Madrid, Gredos, 1ª edición, 1965, 201 p.

Burnham, James, *La revolución de los directores*, Buenos Aires, Sudamericana, 3ª edición, 1967, 372 p.

_____, *Los maquiavelistas. Defensores de la libertad*, Buenos Aires, Emecé, 2ª edición, 1953, 278 p.

Calvino, Italo, *Por qué leer los clásicos*, México, Tusquets Editores, 1ª edición, 1992, 278 p.

Dahl, Robert A., *El control de las armas nucleares. Democracia versus meritocracia*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1ª edición, 1987, 159 p.

_____, *Entrevista sobre el pluralismo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 2003, 157 p.

_____, *La democracia y sus críticos*, Barcelona, Paidós, 1ª edición, 1992, 476 p.

_____, *La democracia. Una guía para los ciudadanos*, Madrid, Taurus, 1ª edición, 1999, 246 p.

_____, *Who governs? Democracy and Power in an American City*, New Haven and London, Yale University Press, 2º edición, 2005, 355 p.

Dahl, Robert A. y Charles Lindblom, *Política, economía y bienestar. La planificación y los sistemas político-económicos reducidos a procesos*, Buenos Aires, Paidós, 1ª edición, 1971, 527 p.

Downs, Anthony, *Teoría económica de la democracia*, Madrid, Aguilar, 1ª edición, 1973, 338 p.

Etzioni-Havely, Eva (ed.), *Classes and elites in democracy and democratization. A collection of readings*, New York, Garland Publishing, 1º edición, 1997, 335 p.

Fiorot, Dino, "Las élites políticas en Vilfredo Pareto" en Pérez Miranda, Rafael y Ettore A. Albertoni (comp.), *Clase política y elites políticas*, México, Plaza y Valdez-UAM, 1º edición, 1987, pp. 91-112.

Gramsci, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, tomo 5, México, Ediciones Era-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 1º edición, 1999, 556 p.

Lasswell, Harold D., *Politics: Who gets what, when, how*, New York, Whittlesey House, 1ª edición 1936, 461 p.

_____, *The comparative study of elites: An introduction and bibliography*, Stanford, Stanford University Press, 1ª edición, 1952, 72 p.

_____, *World politics and personal insecurity*, New York, McGraw-Hill, 1ª edición, 1935, 307 p.

Lasswell, Harold D. and Abraham, Kaplan, *Power and society. A Framework for political inquiry*, New Haven, Yale University Press, 1ª edición, 1950, 295 p.

Lechner, Norbert, "11. ¿Qué es realismo en política?" en *Obras II. ¿Qué significa hacer política?*, México, Fondo de Cultura Económica-FLACSO, 1ª edición, 2013, pp. 259-263.

Linz, Juan J., *Michels y su contribución a la sociología política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 1998, 135 p.

Lukács, Georg, *El asalto a la razón*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 1959, p. 508.

Mannheim, Karl, *Ensayos de sociología de la cultura*, Madrid, Aguilar, 2ª edición, 1963, 355 p.

_____, *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª edición, 1987, 305 p.

Maquiavelo, Nicolás, *Obras*, Madrid, Gredos, 1ª edición, 2011, 689 p.

Marletti, Carlo, "Clases y élites políticas: teorías y análisis" en Alberoni, Francesco, *Cuestiones de Sociología*, Barcelona, Herder, 1ª edición, 1971, pp. 901-952.

Marsh, David y Gerry Stoker, *Teoría y métodos de la ciencia política*, Madrid, Alianza Editorial, 1º edición, 1997, 338 p.

Meisel, James H., *El mito de la clase gobernante. Gaetano Mosca y la "élite"*, Buenos Aires, Amorrortu, 1ª edición, 1975, 361 p.

Michles, Robert, *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*, 2 tomos, Buenos Aires, Amorrortu, 2ª edición, 1972, 430 p.

Mills, C. Wright, *La élite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 2ª edición, 2013, 495 p.

Montesquieu, *El espíritu de las leyes*, Madrid, Istmo, 1ª edición, 2002, 829 p.

Morán, María Luz, "Capítulo III. La teoría de las élites" en Vallespín, Fernando (ed.), *Historia de la teoría política, 5. Rechazo y desconfianza en el proyecto ilustrado*, Madrid, Alianza Editorial, 1ª edición, 1993, pp. 132-188.

Mosca, Gaetano, *Historia de las doctrinas políticas*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1º edición, 1941, 346 p.

_____, *La clase política*, México, Fondo de Cultura Económica, 1º edición, 1984, 351 p.

Oakeshott, Michael, "Qué es ser conservador" en *El racionalismo en la política y otros ensayos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1ª edición, 2000, pp. 376-402.

Pareto, Vilfredo, *Escritos sociológicos*, Madrid, Alianza Editorial, 1ª edición, 1987, 395 p.

_____, *Forma y equilibrio sociales. (Extracto del tratado de sociología general)*, Madrid, Alianza Universidad, 1ª edición, 1980, 332 p.

Parry, Geraint, *Political elites*, London, George Allen and Unwin LTD, 1º edition, 1996, 169 p.

Platón, “Leyes” en *Diálogos*, tomo IX, Madrid, Gredos, 1ª edición, 1999, 362 p.

Portinaro, Pier Paolo, *El realismo político*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1ª edición, 2007, 144 p.

Puello-Socarrás, José Francisco, “Marxismos y elitismos: de Karl Marx a Gaetano Mosca (y más allá...) Los conceptos de clase dominante y clase política” en Estrada Álvarez, Jairo, (ed.), *Marx vive. Teoría y acción política en el capitalismo actual*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1ª edición, 2006, pp. 167-190.

Sánchez Garrido, Pablo, (ed.), *Historia del análisis político*, Madrid, Tecnos, 1º edición, 2011, 651 p.

Sartori, Giovanni, *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, México, Fondo de Cultura Económica, 3ª edición, 2002, 336 p.

_____, *Teoría de la democracia*, 2 tomos, Madrid, Alianza Editorial, 1º edición, 1988, 626 p.

Schumpeter, Joseph A., *Capitalismo, socialismo y democracia*, México, Aguilar, 3ª edición, 1963, 512 p.

Vega García, Pedro de, “Gaetano Mosca y el problema de la responsabilidad social del intelectual” en *Estudios político constitucionales*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Jurídicas, 1º edición, 1980, pp. 70-99.

Wittgenstein, Ludwig, *Investigaciones filosóficas*, México, UNAM-IIF, 1ª edición, 1988, 547 p.

Zamitiz Gamboa, Héctor, *Vilfredo Pareto. Realismo político y ciencia política*, México, UNAM-FCPyS-Gernika, 1ª edición, 2008, 319 p.

Zetlin, Irving, *Ideología y teoría sociológica*, Buenos Aires, Amorrortu, 2ª edición, 2001, 365 p.

Revistas

Aron, Raymond, "Social structure and the ruling class: part one" in *The British Journal of Sociology*, Vol. 1, No. 1, March, 1950, pp. 1-16.

_____, "Social structure and ruling class: part two" in *The British Journal of Sociology*, Vol. 1, No. 2, June, 1950, pp. 126-143.

Borjas García, Hugo Alejandro, "Élites: apuntes para su entendimiento" en *Élites y Democracia*, Año 2, No. 3, julio-diciembre, 2012, pp. 12-20.

Busino, Giovanni, "Vilfredo Pareto a través de su correspondencia" en *Acta Sociológica*, Nueva Época, No. 44, mayo-agosto, 2005, pp.139-179.

Dahl, Robert A., "A critique of the ruling elite model" in *The American Political Science Review*, Vol. 52, No. 2, June, 1958, pp. 463-469.

Krouse, Richard W., "Polyarchy and participation: the changing democratic theory of Robert Dahl" in *Polity*, Vol. 14, No. 3, Spring, 1982, pp. 441-463.

Michels, Robert, "Attorno ad una questione sociale in Germania" in *La Riforma Sociale. Rassegna di scienze sociali e politiche*, Anno VIII, Vol. XI, Fasc. II, febbraio, 1901, pp. 775-794.

_____, "Die oligarchischen Tendenzen der Gesellschaft. Ein Beitrag zum Problem der Demokratie", in *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Bd. 27, Heft. 1, 1908, s. 73-135.

_____, "L'oligarchia organica costituzionale. Nuovi studi sulla classe politica", *La Riforma Sociale. Rassegna di questione economiche, finanziarie e sociali*, Anno XIV, Vol. XVIII, Fasc. 12, dicembre, 1907, p. 961-983.

Pareto, Vilfredo, "Libertà" in *Gerarchia*, Anno II, No. 2, luglio, 1923, pp. 1059-1063.

_____, "Pochi punti di un futuro ordinamento costituzionale" in *La Vita Italiana*, Anno VIII, Vol. XXII, settembre-ottobre, 1923, pp. 165-169.

_____, "Un'applicazione di teorie sociologiche" in *Rivista Italiana di Sociologia*, Anno IV, Fasc. IV, luglio-agosto, 1900, pp. 401-456.

Pergolesi, Ferruccio, "Appunti sulla scienza politica di Gaetano Mosca" in *Bolletino dell'Instituto Luigi Sturzo*, Anno 2, No. 3, luglio-settembre, 1957, pp. 213-268.

Puello-Socarrás, José Francisco, "Élites, elitismo, neoelitismo: perspectivas desde una aproximación politológica en el debate actual" en *Espacio Crítico*, No. 2, enero-junio, 2005. Disponibile en http://www.espaciocritico.com/sites/all/files/revista/recrt02/n2_a02.pdf
Consultado el 4 de abril de 2018.

Sereno, Renzo, "Note on Gaetano Mosca" in *The American Political Science Review*, Vol. 46, No. 2, June, 1952, pp.603-605.

Susca, Emanuela, "Recidere il 'nodo gordiano': ancora su Vilfredo Pareto e il fascismo" in *Studi Urbinati B. Scienze umane e social*, Anno LXXX, 2010, pp. 69-92.

Zannoni, Paolo, "Il concetto di elite" in *Rivista Italiana di Scienza Politica*, Vol. 7, No. 3, dicembre, 1977, pp. 357-391.

Zuckerman, Alan, "The concept 'political elite': Lessons from Mosca and Pareto" in *The Journal of Politics*, Vol. 39, No. 2, May, 1977, pp. 324-344.